SANDRA FRID

LA MUJER QUE NACIÓ TRES VECES

LA NOVELA DE
NAHUI OLIN

Planeta

SANDRA FRID

LA MUJER QUE NACIÓ TRES VECES

LA NOVELA DE
NAHUI OLIN

Planeta

CONTENIDO

PRIMERA PARTE
CIUDAD DE MÉXICO 1914
SAN SEBASTIÁN 1915
CIUDAD DE MÉXICO Diciembre, 1912
CIUDAD DE MÉXICO Febrero, 1913
SAN SEBASTIÁN 1915
CIUDAD DE MÉXICO Agosto, 1913
SAN SEBASTIÁN 1916
SAN SEBASTIÁN Últimos días de noviembre, 1920
CIUDAD DE MÉXICO Diciembre, 1920

SEGUNDA PARTE
CIUDAD DE MÉXICO Barrio de San Ángel, julio, 1921

TERCERA PARTE
Julio, 1933

Acerca del autor
Créditos

Para Mónica Sheimberg B.,
dulce luz infinita.

Desgraciada de mí,
no tengo más que un destino: morir
porque siento mi espíritu
demasiado amplio y grande para ser comprendido
y el mundo, el hombre y el universo
son demasiado pequeños para
llenarlos.
Quiero morir
es necesario desaparecer
cuando no se está hecho para vivir
cuando no se puede respirar
ni desplegar las alas.

«Lloro de dolor».
À dix ans sur mon pupitre, NAHUI OLIN

Sé que el placer proviene de un deseo
de dejar salir un poco de nuestro infinito por nuestra piel.

Câlinement je suis dedans, NAHUI OLIN

PRIMERA PARTE

«Te extrañaba», susurró alguien. La sombra se detuvo. Sigilosa, se aproximó al panel de cristal esmerilado que impedía reconocer los cuerpos que se hallaban al otro lado. Otra voz respondió: «No más que yo». Esta vez fue claro. Era su voz. Se echó hacia atrás. Necesitaba dudar. Correr. Abandonarlo todo. Pero se detuvo. Adelantó el cuerpo violentamente, era necesario tener respuestas. Quizá más necesario que huir. Oyó un jadeo y se pegó contra el cristal. Su oreja sintió el frío y, con él, la siguiente frase la inundó: «Tu lengua». Como una serpiente, aquella voz le descargó todo su veneno en el corazón.

La opacidad del cristal impedía ver los cuerpos detalladamente, pero en las esquinas el vidrio era límpido, lo suficiente para que su ojo alcanzara a ver la corbata azul a rayas que le había regalado en su cumpleaños. Sus piernas flaquearon, su corazón batió con tal fuerza que no logró entender la frase siguiente. Ni la otra. ¿O no hablaban ya?

Inhaló, retuvo el aire cuanto pudo y lo soltó despacio, intentando sosegarse. Su imaginación había vagado por aquellas hondonadas, lo intuía, pero su orgullo le negaba la verdad. Se llevó la mano al vientre, lo sintió moverse; una patada, náuseas. Cerró un párpado para enfocar mejor la escena. Los dedos de él desabotonaban una camisa. Ella se irguió. Frunció el ceño tratando de reconocer el cuerpo que su marido tocaba. Era aquel jovencito de las clases de pintura. ¡Desde entonces!

CIUDAD DE MÉXICO
1914

Carmen recorrió con la mirada los vestidos colgados en el ropero. Junto a ella, sobre el edredón de plumas de ganso, había dos maletas abiertas: la suya, casi vacía; la de él, llena y lista.

—Date prisa, el tren sale a las seis —la apremió—, y ojalá corramos con suerte, leí que los de la bola bloquean las vías y asaltan a los pasajeros.

Ella encogió los hombros restándole importancia. Confiaba en su buena suerte y prefería imaginarse en la cubierta del barco, con el viento marino despeinándola y a su alrededor la luminosidad del cielo, donde los astros parecen estar al alcance de la mano.

—Hará frío —dijo al sacar su abrigo de mink—. Llevaré esto encima, sin ropa.

Manuel la miró a través del espejo en el que él, esmeradamente, se anudaba la corbata.

—Poco apropiado para el clima de Veracruz.

—Si me acaloro, me lo quito.

Carmen dejó la piel sobre la cama y abrió un cajón. Sus dedos acariciaron la seda de las medias que guardaba en una caja de raso; la tomó y vació su contenido en la maleta. Manuel, que no había dejado de observarla, volteó:

—Son demasiadas, ¿no crees?

—Nunca lo son.

Abrió otro cajón, el de los camisones. Como le gustaba dormir desnuda, eligió solo dos.

La criada se anunció con ligeros golpecitos en la puerta. Carmen le

indicó qué vestidos meter en el baúl grande. Los sombreros, envueltos en papel para evitar que se estropearan, ya estaban, cada uno, en su estuche. A punto de perder la paciencia, Manuel llamó al mozo para que cerrara el equipaje y empezara a cargar los bultos.

Parsimoniosa, ella se sentó en el canapé de su tocador. Con una borla se polveó la cara, cepilló sus rizos, mezcla de oro y cobre, y se pintó los labios en tono frambuesa; frambuesa madura que su marido no ansiaba morder. La incomprensión de aquella indiferencia a los seis meses de casados la hizo fruncir el entrecejo. Suspiró. Recogió los objetos esparcidos en el peinador y los guardó en el neceser.

Se caló el sombrero de faya color aceituna, los guantes de cabritilla y salió sin mirar atrás.

El enorme buque llenó las pupilas de un Manuel novato en la navegación. Le temía al mareo que, según había oído, a algunos puede mantenerlos recluidos en el camarote durante todo el trayecto. *La escala en La Habana me dará un respiro*, decidió al abordar. Su sobresalto creció mientras un grumete los dirigía al compartimento: desde ahí, las tres chimeneas negras se elevaban, descomunales, hacia un cielo sin nubes. *¡Qué multitud! Si esto se hunde, ¿cuántos moriremos?* El calor y la humedad se adherían a su cuerpo. Le urgía quitarse el saco, la corbata y meterse bajo un chorro de agua fría.

Ya instalados, Carmen, radiante, se puso guantes de hilo y unas gotas de perfume. Cuando la sirena anunció que estaban a punto de zarpar, abrió la puerta del camarote.

—Vamos a ver cómo se aleja el barco del muelle, el gentío despidiéndose…

—Hará mucho viento, prefiero quedarme aquí.

Ella anudó las cintas del sombrero bajo su barbilla y salió, dejando la puerta abierta. Colérico, Manuel se levantó a cerrarla. Se asomó un momento por la claraboya y, seguro de haberse mareado, regresó a la cama.

Carmen miraba sonriente los tres navíos que, tras ellos, los acompañaban hasta la boca del puerto. Además de los oficiales, algunas personas agitaban pañuelos y vociferaban adioses que el estruendo de la sirena ahogaba. Entonces, Carmen miró el horizonte y pensó en su padre. «¡Falta poco para vernos!», gritó al viento. Antes de volver al camarote, decidió familiarizarse con el barco.

Manuel abrió la puerta y asomó la cabeza en espera de ver pasar a un

camarero.

—¿A qué hora llegaremos a Cuba? —preguntó.

—Al mediodía. ¿Se siente usted mal, señor?

—Un poco mareado.

—Puedo llamar al médico o, si me lo permite, le sugiero beber jugo de limón en medio vaso de agua con dos cucharadas de azúcar y no tomar café durante el viaje.

—Eso haré, gracias.

Luego de un día en altamar, la costa habanera se distinguía a la distancia. Carmen corrió para ganar un espacio en la proa. Junto a ella, un hombre mayor señaló una fortaleza.

—Es el castillo de San Carlos de la Cabaña —le explicó—. ¿Lo conoce?

—Habré estado aquí hace años, pero no lo recuerdo.

De pronto, apareció Manuel. Su cara, recién afeitada, relucía. Olía a *after shave* y llevaba el sombrero ladeado.

—¡Estás guapísimo! —Soltó Carmen tras un silbido.

—Y listo para pisar tierra firme.

Del frescor del edificio de la aduana salieron al calor de la plaza de San Francisco. Pasearon un rato, pero la sombra de los árboles no les daba suficiente cobijo. Se refugiaron en un café. Más tarde volvieron al barco que, anclado, apenas se balanceaba. Aprovechando la estabilidad y colgándose de su brazo, Carmen lo llevó a explorar la nave; después permanecieron en cubierta oteando el horizonte.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó para sugestionarlo.

Manuel asintió sin mucho convencimiento y cuando zarparon, regresó a la penumbra del camarote.

Ella deambulaba por el navío, leía recostada en una tumbona, gozaba las cenas de cinco tiempos, el vino y las horas que pasaba reclinada en la barandilla observando la piel del mar. A la mañana siguiente, mientras se ataviaba con un vestido blanco de lino, insistió:

—Manuel, toma más agua de limón azucarada y vamos afuera, el aire te hará bien. Además, hay personas interesantes. Si te distraes, olvidarás el mareo.

—La verdad, estoy un poco aburrido. ¿Me esperas? Me cambio de ropa y me peino, no tardo. —Accedió levantándose de la silla.

Poco después, salió con ella en un traje azul claro, camisa inmaculada y corbata de moño. Fueron a un salón. La gente jugaba cartas o ajedrez. Asqueado por el humo de los cigarros, sugirió ir al exterior. Sentados bajo una sombrilla, ordenaron sendas limonadas. Carmen sacó de un bolsón lápiz y cuaderno. Al dibujar el perfil de su marido, descubrió las miradas y ciertas

sonrisas que él cruzaba con un joven de ojos grises y tez morena. Para disimular que los observaba, su mano continuó moviéndose sobre el papel. Juraría que se guiñaron un ojo. Su corazón se agitó. Apretó los labios. Giró la silla para quedar frente al extraño. El movimiento arrancó a Manuel de su abstracción. Nervioso, sorbió su limonada y se atragantó; un acceso de tos le encendió el rostro, extrajo un pañuelo, secó el sudor de su frente, echó la cabeza hacia atrás y, poniéndose el sombrero sobre la cara, musitó que tomaría una siesta. El joven moreno fijó la vista en Carmen. Sonrieron. La mujer cruzó una pierna y se subió la falda arriba de la rodilla. Sin dudarlo, él se acercó.

—*Bonjour*. ¿Me permite invitarla a tomar algo?

—Con gusto.

—¿Coñac? O… ¿prefiere limonada?

—Coñac.

El joven dio dos palmadas. El camarero acudió. Las bebidas no tardaron en llegar.

—¿Marido y mujer?

—Hermanos.

Él asintió, deslizando la mirada hasta el muslo femenino. Chocaron las copas.

—¿Viaja usted solo?

—*Oui*… —continuó en francés—; *non*, mi esposa está indispuesta, parece que el viaje no le sienta bien. ¿Nos reunimos más tarde?

—Quizá —dijo ella antes de levantarse.

Esa noche Carmen lució un vestido de raso color violeta. Aunque el modelo llevaba un prendedor que cerraba el escote, decidió no ponérselo. Manuel, con traje gris perla y cera en el cabello, fue a cenar con su esposa. Desde que salieron del camarote, sus miradas vagaban en busca del mismo hombre que en el comedor, a cierta distancia, compartía una mesa con una señora y dos niñas. Manuel retiró la silla para que su mujer se sentara, pero ella permaneció de pie y alzó el brazo para llamar la atención del francés. Él la vio. Carmen, con naturalidad, le lanzó un beso. Manuel sintió que le ardía el rostro y se agachó como si buscara algo. Risueña, su esposa tomó asiento. Él tuvo el impulso de salir corriendo, sin embargo, se obligó a guardar la compostura, temía hacer el ridículo ante sus compañeros de mesa y aquel joven moreno que, afortunadamente, le daba la espalda.

Después de once años, París la recibió con nubes grises y espesas que parecían reclamarle su ausencia. Carmen alzó el cuello de su abrigo, el mink acarició sus mejillas y un regocijo que hacía tiempo no sentía la invadió: estaba a punto de reencontrarse con su padre y con ese amado país donde vivió los años de su infancia. Se olvidó del frío, tomó la mano de Manuel y aceleró el paso.

—Te mostraré *Paris,* el de mi niñez, el del amor, la *Ville Lumière*, el Sena, los puentes… *Les bruits, les nuits, les folies, les femmes jolies, les paradis, sont à Paris* —le dijo emocionada.

Arrastrado por su mujer, Manuel agrandó los ojos. Él también se alegraba de estar allí. ¿Quién no ha dicho alguna vez que nadie puede morir sin conocer París? ¡La capital del mundo, del arte y la moda!

La gente iba y venía; los automóviles y calesas circulaban entre las pequeñas calles que separaban edificaciones descoloridas cuyas chimeneas lanzaban conos de humo al cielo. Cocheros con sombreros altos gritaban azuzando a sus caballos.

De pronto, mientras se acercaban a su destino, la desazón de convivir con sus suegros bajo el mismo techo en una ciudad extraña enturbió el alborozo de Manuel. *Doña Mercedes es metiche y torpe, pero el general… ese viejo inflexible y abominable me perturba*.

Nueve meses sin ver a su suegro le resultaron pocos cuando, al entrar a la casa, lo saludó. Un rígido apretón de manos que, como siempre, le provocó temblores. Manuel Mondragón lo miró con auténtico desdén. *Renuncia o destierro, da igual,* pensó el yerno, *el chiste es que no pudo detener el avance de las tropas revolucionarias… urgía deshacerse de él. Y helo aquí, viviendo en Francia, rodeado de lujo gracias a ese veinte por ciento de aumento que exigía a los proveedores extranjeros por cada pieza de artillería que compraba el gobierno mexicano. ¡Bribón!*

Había una recámara lista para los recién llegados. La chimenea caldeaba el ambiente; el lecho, alto y con dosel, tenía sábanas bordadas y en el buró hallaron un florero con dos rosas, ¡una verdadera ostentación en aquel invierno parisino!

En cuanto la servidumbre dejó el equipaje, Manuel Rodríguez Lozano se apresuró a pedirles que se retiraran.

—Tenemos órdenes de ayudarles a desempacar…

—No será necesario —dijo.

La criada y el mozo se miraron contrariados.

—Es que doña Mercedes…

—Descuiden, yo le explicaré. —Aseguró antes de cerrar la puerta.

No había pasado ni una hora en esa casa y el vocerío ya le resultaba

insoportable. *¿Cómo podré vivir entre tanta gente?* Su esposa se había quedado en el despacho con el general, así que aprovechó para acomodar sus pertenencias a su gusto. Un rato después entró su mujer. La sonrisa que le iluminaba el rostro lo molestó.

—Hay demasiada gente viviendo aquí, ¿no te parece? —le preguntó.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué le vamos a hacer? Ni creas que mis hermanos me hacen gracia, y sus mujeres, menos. De todos ellos, prefiero a Lola.

—Todavía me confundo, ¿Lola es tu hermana mayor?

—Y María Luisa, la menor. Ni te molestes en aprenderte los nombres de mis cuñadas. —Se quitó el sombrero, varios rizos cayeron sobre su espalda —. Me acabo de enterar, precisamente por Lola, de que mis tías supervisan la preparación de las comidas porque papá desconfía de la servidumbre.

—¿De…?

—Teme que lo envenenen. ¿Quién querría envenenarlo?

Manuel guardó silencio. No sería él quien le explicara a la hijita mimada que muchos consideraban al general un traidor y asesino.

De pronto se abrió la puerta y un instante después, gritos y risas.

—Son los hijos de Guillermo —dijo Carmen—. Escuincles odiosos.

Manuel cerró con llave. *Esto es un manicomio*, pensó y se concentró en el lado amable de su situación: *Estoy en la capital de Europa, aquí llegan artistas de todas partes del mundo; aprenderé las técnicas de los grandes, visitaré el estudio de Picasso, de Matisse…, beberé ajenjo con sus modelos, vestiré a la última moda.*

Durante el viaje, él y Carmen lo habían platicado: ambos deseaban dedicarse a la pintura.

—El prestigio de París crece día con día. Iremos a Montmartre —le había dicho entusiasmada—, centro de pintores y escritores. ¿Sabes quién es Paul Poiret? ¡El mejor modisto francés! Así que a él también lo visitaremos.

Una mañana, con las cúpulas de Sacré Coeur a la vista, subieron los escalones que desembocan en aquel barrio. Pasearon por la plaza entre artistas que, frente a sus caballetes, esgrimían sus pinceles. Había cuadros reclinados en postes, sillas y bastidores. Se embelesaron con una naturaleza muerta cuyos colores la avivaban; un paisaje lluvioso que deslavaba árboles y gente con paraguas. Querían comprarlos todos; solo adquirieron la miniatura de un ramo de flores. Luego se sentaron en un café. A dos mesas de distancia alguien hablaba español, español mexicano, advirtió ella. Volteó. Diego Rivera, atraído por esa mirada, interrumpió su diálogo y le sonrió. Carmen, impresionada ante su enorme figura y sus ojos grandes, negros y vivaces, le devolvió la sonrisa.

—¡Es Diego Rivera! Lo vi en la escuela de San Carlos… —dijo Manuel.

El pintor ya se acercaba sin despegar las pupilas de la joven.

—¡Mexicanos! ¡Qué gusto! —dijeron sus labios gruesos—. ¿Turistas?

—No, hemos venido a estudiar pintura —afirmó Carmen.

Acostumbrado a que los hombres lo ignoraran cuando estaba junto a su mujer, Manuel se levantó y extendió el brazo.

—Mucho gusto, Manuel Rodríguez Lozano. Es usted Diego Rivera, ¿verdad? Nos conocimos en…

—Lo soy, ¿y la señorita…?

—Carmen, mi esposa —se apresuró a anunciar.

Diego besó la mano femenina sin apartar la vista de aquellos ojos que lo embobaban. Quería verla de pie para evaluar su cuerpo. Los invitó a la mesa que compartía con Juan Gris. Manuel notó la mirada de Diego fija en las nalgas de su mujer, torció los labios y se interpuso entre ellos. Tras las presentaciones, Diego pidió dos vasos más y les sirvió vino. Manuel, cohibido, apenas mojó sus labios en el tinto; ella bebió la mitad y le preguntó al madrileño sobre su obra.

—He empezado a trabajar en una nueva técnica, *papier collé.* Son recortes de cartón y papel que pego en el lienzo, luego aplico óleo —explicó Juan, arqueando sus cejas oscuras.

Carmen no podía creerlo. *¡Gris y Rivera junto a mí, en la misma mesa!* Sus pupilas iban de uno a otro, no quería perderse una sola palabra del diálogo que ambos mantenían. De pronto, los interrumpió:

—¿Dónde está su estudio?

—En Montparnasse.

—¿Podemos ir? —El brillo de sus ojos no permitía una negativa.

—Ahora no, pero los llevaré a un lugar interesante.

La mano de Diego rozó la de Carmen; retiró la silla para ayudarla a levantarse y tomó su bastón tallado. Gris prefirió quedarse; los demás se dirigieron al Bateau-Lavoir.

Dentro de aquella casa ruinosa que alguna vez fue una fábrica de pianos, los Rodríguez miraban extasiados paletas, frascos con pinceles, brochas, trapos, cajas con carboncillos, tubos de pintura y lápices; bocetos en los muros desconchados, en caballetes y en el piso. Una joven posaba desnuda, dos hombres delineaban su cuerpo en hojas grandes. Olía a humedad, a solventes y a barniz, a polvo y a colillas amontonadas en latas y botellas. Caminaron por corredores oscuros, gélidos y laberínticos; subieron y bajaron escaleras. En el piso superior, frente a una ventana, alguien pintaba. Diego los animó a acercarse advirtiéndoles que lo hicieran en silencio. Durante unos minutos observaron al artista. Carmen lo identificó, sus ojos se agrandaron y abrió la boca. Se llevó las manos a las mejillas, miró al esposo, luego a Diego;

le urgía gritar. Como si lo adivinara, este la tomó del brazo y la guio a otra área. Manuel fue tras ellos.

—¡Pablo Picasso! Vi a Picasso, Manuel, ¿te diste cuenta? ¡Es Picasso! Tenemos que volver.

—No pensarás interrumpirlo, sería una falta de respeto.

—¡Es nuestra única oportunidad!

—Pablo anda tristón —explicó Diego—, su padre falleció el año pasado. Prometo presentárselo otro día. —Ofreció negándose a perder la atención de Carmen.

—Y usted, ¿en qué está trabajando? —interrumpió Manuel.

—En un marinero. ¿Conocen el cubismo? —preguntó, observando a Carmen—. Cuatro dimensiones.

—Como quebrar el cuerpo en pedazos —respondió ella.

—Dudar entre realidad e ilusión. —Se aventuró Manuel.

—Demoler la perspectiva —agregó Diego.

—Es lo que hace Picasso —dijo Carmen.

—Pablo copia mis ideas —aseguró el pintor alzando la voz.

—¿Podemos verlo trabajar? —preguntó ella alzando la cabeza hacia aquel gigante de barba corta y descuidada, cuyo pequeño bigote no le cubría el labio.

Los ojos del guanajuatense volvieron a recorrer el cuerpo de la dama.

—Usted puede hacerlo cuando quiera.

Manuel, incómodo, tomó la mano de su mujer y dio un ligero tirón para sacarla de ahí; pero ella se soltó.

—No tengo la dirección —dijo acentuando el singular.

—Bueno, podemos encontrarnos aquí pasado mañana a esta hora.

Dos días después regresaron al Bateau-Lavoir. Se dirigieron al sitio donde vieron a Picasso. En su lugar estaba un joven, casi un adolescente, de rasgos finos, lentes sin varillas y el cabello peinado hacia atrás. Carmen le preguntó por el malagueño.

—Ayer abandonó Montmartre —respondió en español con acento francés.

—¡Se fue! Por tu culpa perdí la oportunidad de conocerlo.

Su voz retumbó en los oídos de Manuel, quien volteó para ver si alguien era testigo del regaño, pero los artistas que estaban cerca ni siquiera lo notaron.

Apenado por la escena, el jovencito se presentó:

—Jean Charlot, *enchanté*.

Él no la devoró con la mirada, más bien estudiaba sus rasgos. ¡Le gustaría tanto dibujarla!

—Mucho gusto, soy Carmen. —Buscó a su alrededor y, con cierta ansiedad, preguntó—: ¿Y Diego Rivera?

—¿Son amigos?

—Sí —afirmó—. Además, queremos aprender a pintar, nos citó aquí para llevarnos a su estudio.

—Yo también soy aprendiz. Diego es amable. —Charlot, pensativo, hizo una pausa—. No creo que venga hoy, mejor vayan a Montparnasse, seguramente lo hallarán en algún café.

Manuel, ajeno al diálogo, observaba a un pintor que esbozaba un rostro femenino con ojos pequeños y largas trenzas, pero lo que lo abstraía era la belleza del artista.

Charlot notó el pasmo de Manuel y dijo:

—Es Modigliani. A veces viene aquí, otras se va a pasear por los cafés de la plaza de la Ópera donde, por unas monedas, les hace retratos a las mujeres.

Lo miraron trabajar hasta que el italiano tomó una botella medio vacía, bebió y se marchó.

—Siempre hace retratos. —Jean Charlot se limpió los dedos con un trapo arrugado—. Si no bebiera tanto… Si gustan, les doy varias direcciones donde dan clases de pintura.

—Le estaríamos muy agradecidos —dijo Manuel.

Antes de ir a Montparnasse en busca de Diego Rivera, el matrimonio visitó las academias que Jean Charlot les sugirió. Se decidieron por la que tenía el espacio más amplio y el maestro menos hosco. Los neófitos debían presentarse la semana siguiente con sendos cuadernos de dibujo, lápices y carboncillos. Con el dinero que su padre le regalaba sin chistar, Carmen compró lo necesario y pagó dos meses por adelantado.

Desde hacía más de cincuenta años, en el café Au Lapin Agile se reunían pintores, prostitutas, escritores, bailarinas de cancán, escultores, modelos y críticos de arte. En sus alrededores se ubicaba una variedad de talleres, talabarterías, grabadores e imprentas, cafés y academias. Había artistas que, al llegar a París, en cuanto descendían del tren se dirigían directamente a aquel barrio que para entonces empezaba a dejar de ser un suburbio. Allí vivían

refugiados políticos y artistas pobres vestidos con overoles y sandalias.

Los Rodríguez Lozano no entraron al Au Lapin Agile, pues a unos metros, en la plaza Ravignan, se toparon con Diego Rivera, quien recién salía después de beber unas copas. Tras los saludos, cumplió la promesa de llevarlos a su estudio.

Dentro de una vieja casona, los tres subieron por una escalera curva y angosta hasta el tercer piso. Resoplando, Diego abrió la puerta.

Pasaron a una estancia amueblada con dos anchos divanes, cajas de cartón apiladas, maletas convertidas en roperos y una mesa de madera rústica; había varias sillas, una estufa, un sarape mexicano y un caballete. En los muros colgaban algunos dibujos hechos por el artista y al fondo, a través de un gran ventanal, se distinguían incontables techumbres de pizarra y los andenes de la estación del tren.

Carmen se acercó a la ventana.

—¿Por ahí se abre paso la luz que requiere para pintar? —preguntó Manuel.

—La luz y el polvo de carbón de las locomotoras —respondió Diego, torciendo los labios.

Manuel se adelantó para ver el cuadro a medio terminar que descansaba en el caballete: trazos geométricos sobre una tela grande. Al centro había un rectángulo: un rostro con un ojo abierto y el otro cerrado; la nariz, una línea que terminaba en un bigote.

—El marinero del que les hablé —dijo, dejándose caer en el sofá. Carmen se sentó junto a él—. Es necesario aprovechar la luz, por eso me levanto temprano —continuó sin prestar atención a lo que murmuraba Manuel—. Salgo poco de día, prefiero hacerlo cuando la oscuridad me impide seguir.

Carmen lo observaba: *No es guapo, sin embargo, hay algo sensual en su boca, en su manera de hablar, en la blancura de sus dientes.*

Una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

—Angelina —dijo el pintor, dirigiendo su mirada hacia una mujer que salía de detrás de un biombo—, te presento a Carmen y a…

—Manuel Rodríguez Lozano. —Completó este extendiendo el brazo.

—Es mi esposa, Angelina Beloff.

La rusa y Manuel tomaron asiento en el otro diván. La conversación duró poco, Diego y su señora tenían un compromiso. En ese rato, los invitados se enteraron de que la beca otorgada a Diego por el estado de Veracruz no les alcanzaba para vivir.

—Ya ven —dijo—, comparto la misma suerte que tantos otros artistas. Si no fuera por la pensión que sus padres le envían a Angelina, quizá

viviríamos en la calle.

Por fin empezaron las clases. Ella y Manuel eran los primeros en llegar y los últimos en irse del estudio. Entre caballetes manchados de pintura, muros agrietados cubiertos de esbozos y cuadros sin enmarcar, copiaban frutas, botellas y cuanto el maestro les ponía al centro del salón. Carmen era buena caricaturista, sin embargo nunca había dibujado bodegones. Se esmeraba; al regresar a casa repetía el bosquejo una y otra vez. Las horas corrían sin sentirlas.

En la academia, un joven español, rubio y con el cabello más largo de lo usual, solía instalar su caballete a la izquierda de Carmen. Manuel se mudaba de sitio en búsqueda de ángulos distintos para sus bocetos.

—Quédate a mi lado —le pidió Carmen una tarde.

—Prefiero estar frente a ti, de ese modo, además del modelo, puedo verte —afirmó—. Me gustan los gestos que haces cuando te concentras.

A Carmen le agradó el comentario. Entonces decidió observarlo. *¿Qué muecas hará él?* Cada tanto dirigía la vista hacia su marido. En varias ocasiones notó que, al descubrir su mirada, Manuel se desplazaba unos centímetros como ocultándose. Ese raro pudor le provocó cierta gracia.

—¡Eres tan vanidoso como yo! —le dijo divertida al salir—. Mañana es tu cumpleaños, vamos a Printemps para que elijas tu regalo.

—¡Qué locura! Debe ser carísimo.

—No importa. —Tomó su mano y aceleraron el paso.

Esa noche Manuel estrenó una corbata azul a rayas.

—Hace juego con tus ojos —dijo ella tras besarle la comisura de los labios.

En clases posteriores, al voltear a la izquierda para comentarle algo a su vecino, a Carmen le pareció que se hacía señas con su esposo. Pensó en la posibilidad de salir juntos los tres a beber una copa. A Manuel no le pareció buena idea.

—Es un tipo extraño —aseveró.

No obstante, la dulce ebriedad que le provocaban las clases, las visitas al Bateau-Lavoir, sus paseos por las Tullerías y aquel gozo de sentarse en una mesa exterior de algún bistró a beber vino mientras dibujaba terminó una noche en el comedor de la casa.

—Nos vamos —sentenció el general.

¿Abandonar París?, se lamentó Carmen mientras su padre, dando por terminada la reunión familiar, se retiró. Fue tras él, lo alcanzó en su despacho. Se miraron. *¡Hace mucho tiempo que no pasamos un largo rato solos!*, pensaron, nostálgicos. Al observarlo, descubrió en la frente del general dos nuevas arrugas que nacían en las cejas y se cruzaban con tres líneas horizontales. A sus cincuenta y cinco años seguía siendo muy delgado y conservaba su cabello oscuro.

—Papá, dime la verdad.

—No podemos quedarnos. —Señaló un periódico—. ¿Lees las noticias? ¿No has visto los edictos pegados en las fachadas llamando a tomar las armas?

—Sí, pero se rumora que la guerra será corta.

—No lo creo. Francia ya perdió algunas batallas; los aviones que oímos ayer bombardearon el este de París. Mi obligación es poner a salvo a la familia. —Volteó hacia la ventana, no soportaba ver la tristeza en los ojos de su hija—. Si en mis manos estuviera, no te quitaría el gusto de vivir aquí. Ahora ve a empacar.

El general Manuel Mondragón, aun en el exilio, mantenía buenas relaciones con funcionarios de varios gobiernos europeos con los que había tenido tratos durante su carrera militar. Además, como pertenecía a la Legión de Honor, viajaba sin pasaporte. Así, mientras en los patios de algunas embajadas se apilaban maletas y bultos cuyos dueños esperaban un permiso para salir, y aunque los trenes iban llenos de soldados y civiles, Mondragón consiguió sacar de París a toda su familia.

Sentada en el vagón que los distanciaba de la guerra, Carmen pensaba en su maestro de pintura, en Diego y su esposa, en Gris, Charlot y Picasso. *¿Qué será del dueño del café Rotonde?* Cuando compartió con su esposo su preocupación por todos aquellos artistas, él le aseguró que el general exageraba.

—Tranquilízate, la guerra durará poco y volveremos a París. Seguramente en España hallaremos alguna academia donde aprenderemos nuevas técnicas.

Tras cruzar la frontera, a lo largo de los kilómetros que restaban para llegar a San Sebastián, quiso convencerse de que su esposo tenía razón y logró entusiasmarse. *Vivir cerca del mar será maravilloso.*

—La reina María Cristina veranea aquí —comentó ufana una mujer que, a falta de un asiento vacío, compartía su mesa en el carro comedor—. En

nuestro casino —continuó como si fuera la dueña— me he topado con Ravel, con toreros, duques y condes. Y usted, señorita, ¿de dónde es?

—De México.

—¿Viaja sola? —preguntó de nuevo, alarmada.

—¡Ojalá! —soltó Carmen sin pensar—. Voy con toda la familia. Más de treinta, imagínese.

—¡Qué afortunada! Yo enviudé y mi único hijo vive en Portugal. Es arquitecto.

—Yo me dedico al arte —afirmó Carmen.

—¿A cuál?

—Soy escritora y también pinto.

La mujer, cautivada ante la idea de que una mexicana tan joven fuera artista, encendió un cigarro para disfrutar la charla.

—Me gustaría saber qué escribe.

Carmen sonrió, feliz de conversar con aquella dama.

—Poemas, vivencias y sueños —dijo con la vista clavada en el paisaje que desfilaba veloz detrás del vidrio—. Empecé a escribir muy niña, precisamente en París, allá crecí. —Por un momento guardó silencio, recordando la mesa baja donde se sentaba con su cuaderno a anotar sus inquietudes de niña precoz—. Desde entonces me apasionaba leer y la poesía se apoderó de mí. Leía en francés a Lamartine, a Voltaire.

—¿A qué edad?

—A los diez años —respondió, volviendo la mirada a su interlocutora.

—¡Válgame! —exclamó la mujer, sacudiendo la ceniza del cigarro—. Una nena prodigio.

—En realidad fue antes —aseveró Carmen—. Cumplí diez cuando regresamos a México y ya los había leído.

—¿Cuánto tiempo vivió usted en Francia?

—Seis años.

—¡Qué interesante! Y si se puede saber, ¿con qué motivo se mudaron tan lejos de su patria?

—Mi padre es un genio diseñando armamento. Él inventó el primer fusil automático en una época en la que ni siquiera existían las ametralladoras, y como en México no había fábricas para producir esos rifles, el presidente lo envió a París, donde debía concretar la fundición de ciertos cañones.

—Cuénteme, ¿qué la impulsó a escribir? A mí me hubiera encantado poder hacerlo.

—Al regresar a México continué llenando mi cuaderno escolar con versos y reflexiones… Tenía una maestra que reconocía mi talento, mi inteligencia, y comprendía mis prematuras ansias de libertad. La quise mucho

y le regalé ese cuaderno.

—¿Recuerda usted algún pasaje o guarda alguna copia? Me apetecería leerlos.

Carmen echó la cabeza hacia atrás, dichosa ante el interés de aquella extraña con la que se sentía tan a gusto.

—No tengo ni una copia. Tampoco sé si ella guardó la libreta. Titulé uno de esos textos «Incomprendida». —*Otro fue «Mi alma está triste hasta la muerte»,* recordó pero no quiso mencionarlo.

—¿Y también pinta?

—Sí. Aunque la verdad, apenas empecé.

—Le deseo mucho éxito, señorita. Ha sido un placer conocerla.

—El placer es mío, ojalá nos encontremos de nuevo.

Las dos casas contiguas que alquiló el general, aunque menos grandes que la de París, eran suficientemente amplias para albergarlos a todos. De techos altos y paredes tapizadas en tonos claros, contaban con jardín, dos terrazas y una cocina enorme. A diferencia de la otra, cuyos pisos de madera estaban protegidos por tapetes, estas, además de carecer de alfombras, los tenían embaldosados.

Desde el monte Igueldo, reclinada en la barandilla, Carmen cerró los ojos e inhaló profundamente, llenándose de brisa marina. El viento jugaba con las alas de su sombrero y el vuelo de su falda. No quería extrañar París, pero la nostalgia de aquellos cafés, la Gare Montparnasse, caminar a orillas del Sena, los paseos en Montmartre, con la expectativa de encontrarse con los grandes artistas del momento, se había incrustado en su mente, en su pecho. Ir al casino no le interesaba. Permanecer en casa con los treinta y tantos parientes era un fastidio. Pintar, su deseo era pintar.

—Vamos al campo —le propuso a Manuel unos días después de haberse instalado—, agarra tus bártulos y busquemos un espacio para practicar antes de que enloquezca.

—¿Tú y yo?

Lo miró frunciendo el ceño.

—Sí, yo y tú, ¿o quieres invitar a tu suegra y a sus hermanas?

Obediente y gustoso, Manuel tomó el estuche de pinturas, el cuaderno y fue tras ella.

SAN SEBASTIÁN
1915

Olor a tarde lenta, a leche en un pocillo sobre el fuego que al hervir se derramó: burbujas blancas se amontonaban como orugas, se unían, bailaban, reventaban. De aquel siseo se desprendían humos casi transparentes que ondulaban al ritmo de un cuplé:

> Hay una pulga maligna
> que ya me está molestando…

Cantaba la grabación del disco y cantaba ella, impetuosa, alzando la voz para que él la escuchara y comprendiera:

> … para este infame no hay salvación…

Ha dicho *este* aunque la cupletista usó el femenino, pero ella se dirigía al que, de espaldas, fingía concentrarse en la escritura de una carta.

> Yo descansaba leyendo
> una novela preciosa
> cuando esa pulga insolente
> vino a ponerme nerviosa…

Se acercó al marido:

… no habrá perdón,
no habrá perdón,
no habrá…

—¡Basta, Carmen, quita esa música endiablada! —gritó él sin darse vuelta, pues no quería enfrentarse a su mirada.

… Ya más no corre,
ya más no pica,
entre mis manos
por fin murió.

La leche continuaba hirviendo, se consumía, su olor se expandió agriando más el ambiente, pero Manuel no acudió a apagar el fuego.

Sentada en un *bergère* estilo Luis XV, Carmen se abanicó con el periódico. Luego lo extendió sobre la mesa camilla para leer: «El ejército alemán invade Bélgica y Luxemburgo. El gobierno de Su Majestad, Alfonso XIII, ordena estricta neutralidad a los súbditos españoles…». *Papá tenía razón, qué bueno que abandonamos París,* pensó al dirigirse a la cocina. Extinguió la lumbre sin importarle el reguero que ensuciaba la estufa. Al volver a la sala, miró las flores ya marchitas que ella misma recogió dos días antes, el 6 de agosto, en un intento por alegrar su segundo aniversario de casada. Entonces recordó aquella noticia, oída en una reunión, sobre el atentado sufrido por los reyes de España ocho años atrás cuando, después de la boda, regresaban en su carroza al Palacio Real y un anarquista les arrojó una bomba escondida en un ramo de flores. *¡Maravillosa idea!,* sonrió con malicia y contempló la espalda de ese hombre que ni la miraba ni la tocaba, que apenas le hablaba. *¿Cómo puede rechazarme? Mi cuerpo es perfecto, soy una diosa, soy Venus, mi sangre arde mientras él prefiere mojar su pluma en el tintero.*

Decidida, se colocó al lado de Manuel; desprendió las horquillas que le sostenían el chongo y las dejó caer, una a una, sobre el escritorio. Tras la lluvia metálica, él, obligado a interrumpir su tarea, permaneció inmóvil. Carmen desabotonó su blusa blanca sin despegar las pupilas de ese rostro inmutable aunque hermoso, hermosísimo. Poco a poco se descubrió el pecho; desató la

falda que resbaló, formando un círculo violáceo a su alrededor. Luego soltó las cintas del corsé. Él volteó hacia ella; sus ojos se enfrentaron a dos pezones erectos que apenas asomaban sobre las copas de encaje negro. Tomó los senos con ambas manos, liberándolos y oprimiéndolos muy fuerte para causarle dolor. Quería lastimarla, pero ella gozaba. Abrió la boca, gimió y llevó su propia mano a su entrepierna. Manuel se levantó, la arrastró a la recámara por la muñeca y la empujó bruscamente. Carmen cayó sobre el lecho, abrió las piernas; él la penetró y, tras vaciarse, regresó al salón.

Carmen abrió los ojos: de nada servía mantenerlos cerrados si el sueño se negaba a llevársela lejos, a otro mundo más cautivador. Volvió a contar los días de retraso; se mordió los labios, apretó el puño y golpeó el colchón. No creía tener instinto materno. Ahora que empezaba a disfrutar las salidas al campo armada con el caballete, la tela y las pinturas, cuánto le estorbará un escuincle meón. *Me atará a su llanto, a su boca ansiosa, a la cuna y los pañales apestosos. Libertad, deseo mi libertad. Además, en esta casa ya somos demasiados.*

—¡Carmen, levántate!

Detrás de la puerta, la voz de su madre la obligó a consultar el reloj.

Casi las once. Se cubrió la cabeza con la almohada. Ojalá, de toda su prole, ninguno hubiera regresado de ese corto viaje que habían hecho a la playa. Se estaba tan bien en la casona vacía, sin tíos ni sobrinos, sin su mamá siempre husmeando y ordenando. Carmen prefería quedarse con su dizque marido, que convivir con aquella parentela ruidosa. Solo extrañaba a su padre, los ratos junto a él en el pequeño despacho; aunque no hablaran, su cercanía la confortaba. Dichosamente, esa semana Manuel había dormido en otra habitación, liberándola de su presencia, del olor aceitoso y repulsivo de la brillantina que se untaba en el cabello. La escena de aquella tarde, tres meses atrás, apareció de nuevo frente a ella. *Yo lo provoqué, si estoy embarazada es porque lo empujé a la cama, así que ni te quejes,* se recriminó. *Soy una mujer deseable y a cualquier hombre, hasta a uno tan altivo como él, tan poco fogoso, puedo encenderlo hasta calcinarlo.*

Arrojó la almohada al piso, se estiró voluptuosa, como un felino, y al girar su vista, cayó en la fotografía enmarcada en plata: el vestido blanco de seda y encaje, el tul y azahares que cubren su cabeza, los guantes largos, la mirada triste de novia arrepentida.

—Mamá, no me quiero casar —le había dicho a doña Mercedes cuatro días antes de la boda.

Durante varios segundos, los párpados de su madre permanecieron muy abiertos, sin pestañear; las manos, que llevaban una taza a su boca, se paralizaron a medio camino. Cuando por fin recobró la movilidad, temblorosa, depositó la bebida en el plato, derramando un chorro de café.

—¿Te volviste loca?

—No quiero casarme. —Repitió.

Doña Mercedes frunció los labios y movió la cabeza de un lado a otro. Sus ojos buscaron a alguien que le brindara apoyo, un consejo, pero solo la rodeaban cuadros, muebles y porcelanas. Tomó aire y miró a su hija.

—Tú lo elegiste, tú te encaprichaste con ese joven de poca alcurnia, tú le propusiste matrimonio. ¡Poco faltó para que le pidieras a tu padre que te lo trajera envuelto para regalo! —Su tono aumentaba; el temblor de sus manos, también—. Y ahora me sales con tu berrinchito. Si se pelearon, ya se contentarán. ¡No seré el hazmerreír de nadie!

El silencio tensó aún más los nervios de doña Mercedes.

Carmen la miraba impasible, odiando sus ojos inertes, las aletas de la nariz que oscilaban como branquias de pez lobo. Maldijo a esa señora a la que, desde que tenía uso de razón, le había deseado la muerte innumerables veces. *Qué débil fui aquel día en el que no me animé a empujarla cuando, detrás de ella, bajaba yo, silenciosa, por la escalera que conducía al sótano.*

—Pagamos el banquete, las flores, las invitaciones se entregaron con la debida anticipación… —Sacó un pañuelo del escote, rozó su frente y luego perforó con sus pupilas el rostro de esa hija rebelde que, desde niña, la desafiaba—. Te casas o te vas a un convento, ¿me entiendes? Te casas con Manuel Rodríguez Lozano o con Dios, tú decides.

CIUDAD DE MÉXICO
Diciembre, 1912

—¡Los zapatistas ahora amenazan con tomar la capital! Y Madero, tan chaparro, nepotista y nervioso, ¿qué hace? Va al teatro y se entretiene invocando espíritus. —La voz de Manuel Mondragón retumbó hasta la cocina, donde una sirvienta, la más joven, dejó caer una canasta con bolillos —. Bien dice *El Imparcial:* «Todo se afloja y descoyunta, todo amenaza ruina y derrumbamiento. Solo una cosa se yergue alta, firme, serena, admirable: el Ejército Nacional…».

—Ya no te alteres, Manuel, te hará daño —le dijo su señora—. La comida está lista, ¿vamos a la mesa?

—Antes tengo que hablar con Carmen. Que venga ahora mismo.

Doña Mercedes, harta de discutir con su hija por cualquier nimiedad, le pidió a una sirvienta que fuera a buscarla. Mientras, permaneció en el patio fingiendo que inspeccionaba las flores de las macetas. Cuando Carmen entró al despacho, la madre se acercó sigilosamente.

—El mes próximo habrá un baile que ofrece la Secretaría de Relaciones Exteriores, ¿quieres ir?

—¡Claro! ¿Seré tu acompañante?

—Iremos los tres —dijo, seguro de que su mujer oía la conversación.

Desde el pasillo, doña Mercedes agitó la campanita de plata, señal de que los hijos debían de presentarse en el comedor. Uno a uno fueron ocupando sus lugares: el primogénito y su esposa, a la derecha del general Mondragón; luego Dolores y el marido; y a pesar de que después de Lola seguían, en orden de edad, dos hermanos, tiempo atrás el general había ordenado que Carmen se sentara a su izquierda. De nada sirvieron los

reclamos de Guillermo y Alfonso: «Se callan. Aquí mando yo», había dicho.

La noche del 13 de enero, del brazo de su padre, Carmen entró al salón con un vestido de terciopelo celeste, adornado con cenefas de satén y un collar de zafiros que su madre insistió en ponerle. *Que luzca*, pensó doña Mercedes al sacarlo del estuche, *con suerte consigue marido y se la lleva de aquí.*

Con el otro brazo, el general, de uniforme y cargado de medallas, llevaba a su señora vestida con un traje oscuro y un sombrero de plumas.

La orquesta tocaba música de Vivaldi; los mozos ofrecían *choux* con paté, queso o champiñones, y los invitados se saludaban con fingida cordialidad. El secretario de Relaciones Exteriores, don Pedro Lascuráin, y dos subalternos se acercaron al general Mondragón. Mientras hablaban, su esposa y su hija se unieron a un pequeño grupo de conocidas.

—Manuelito, esa es la hija del general Mondragón, la del vestido azul claro —le dijo su tío señalando a Carmen—, ocúpate de que nada le falte.

Manuel dio sendos jaloncitos a los puños de su camisa para que, de cada manga de la levita, asomaran exactamente dos centímetros de tela blanca y se encaminó hacia su objetivo. Cuando se aproximó, aquella hermosura lo inhibió. Por unos segundos permaneció inmóvil observando esos ojos enormes de un verde inexplicable; las pestañas largas, el cutis como una perla blanca y perfecta. Al sentir el peso de la mirada, Carmen volteó. Su asombro no fue menor: a solo tres pasos estaba un joven que, a pesar de su corta estatura, refulgía belleza. Su nariz recta tenía la proporción exacta para ese rostro de frente amplia sobre la que un mechón se empeñaba en caer.

—Señorita Carmen —dijo al fin—, soy Manuel Rodríguez Lozano. Estoy a sus pies. Si puedo ayudarla en algo…

—Encantada.

Ella alargó el brazo. Inclinándose, él tomó su mano y la rozó con los labios que, en ese momento, Carmen deseó besar.

—¿Trabaja en la secretaría?

—Sí, entré hace poco.

Su respuesta fue breve; siendo ella hija del general intuyó que lo mejor sería omitir su renuncia a la carrera militar.

—Quisiera ser diplomático —agregó.

Un mesero les acercó una charola con copas de champaña; embebidos, observándose, lo ignoraron. *Este es mi amor desconocido,* pensó Carmen justo cuando anunciaron que los invitados pasaran a sentarse. Antes de que él lo ofreciera, ella lo tomó del brazo y ambos, erguidos, entraron al salón comedor.

La gente los miraba; algunos se codearon señalándolos.

Manuel la acompañó hasta su mesa. Retiró la silla y, al inclinarse, le susurró al oído:

—Desde mi lugar estaré atento por si algo se le ofrece.

—Ya se me ofreció. Quédese junto a mí.

Por un momento, no supo qué decir. Era el primer gran evento al que acudía, su tío solo le había dado instrucciones de atender a la señorita Mondragón y los asientos estaban asignados… Debía disculparse, mas el tono de la voz femenina no pedía, exigía que se quedara. Para su fortuna, los lugares se ocuparon.

Durante la cena, entre las mesas adornadas con dalias y alcatraces, Carmen lo buscó con la mirada. No lo encontró porque él se hallaba bastante lejos, pero alerta por si la veía levantarse.

Después del postre varias parejas se dirigieron a la pista. Carmen, de pie, recorrió con los ojos el salón. Inmediatamente, el tío de Manuel le ordenó al sobrino que fuera hacia ella. La dama dio por hecho que la invitaría a bailar y estiró el brazo. Él tomó su mano. Ambos, buenos bailarines, giraron al compás de las notas de Strauss. La exquisita elegancia del joven, su mirada melancólica y sus finos modales la embelesaban.

—¿De dónde saliste? —preguntó tuteándolo.

—¿Perdón?

—¿Dónde has estado los últimos diecinueve años?

Manuel sonrió y, cohibido, bajó la vista.

—¿Quieres saber dónde he estado yo? —continuó Carmen—. En una *chaise longue* esperándote.

El rubor pintó las mejillas de Manuel. En ese momento, se acercó el general Mondragón.

—¿Me permite?

No era pregunta; tomó la mano de su hija y, con ímpetu, la impulsó lejos del muchacho.

—¿Te diviertes?

—Bastante.

—¿Quién es?

—Tu tocayo. Trabaja en la secretaría y quiero que me lo regales.

—¿Tanto te gustó?

—Tanto y más.

—Si eso deseas…

—De buena fuente sé que el general Mondragón está averiguando quién eres.

Manuel asintió despacio al oír las palabras del tío.

—Desde el baile, ¿has vuelto a ver a su hija?

—No. Solo le mandé las flores y la nota como usted me aconsejó.

—Agradeciéndole por la velada y pidiéndole permiso para visitarla, ¿correcto?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Bueno… es una mujer bellísima pero…

—Si el general Mondragón indaga, es por algo. Ese hombre no pierde tiempo en naderías. Supongo que te abrirá las puertas de su casa. —Pensativo, añadió—: Ve con cuidado, esa hija es la luz de sus ojos.

CIUDAD DE MÉXICO
Febrero, 1913

Detrás del escritorio del general colgaba, como un óleo de Rembrandt, el «FUSIL PORFIRIO DÍAZ, SISTEMA MONDRAGÓN, MODELO 1908» (texto grabado en el cuerpo metálico del arma). Erguido y tieso en su sillón, don Manuel observó al jovencito que, de pie, esperaba licencia para sentarse y así ocultar el temblor de sus piernas. Después de un largo y fragoso silencio, con un ademán le indicó el asiento. El muchacho se sentó en la orilla de la silla y entrelazó las manos, que también se sacudían incontrolablemente.

—¿Por qué abandonó usted sus estudios en el Colegio Militar? —preguntó sin preámbulo.

El zagal tragó saliva.

—Con todo respeto, señor general, prefiero la carrera de diplomático.

—Es usted muy joven —dijo estudiando los rasgos finos en aquella cara en la que, para su propia sorpresa, halló galanura—. Me informan que su tío, el que trabaja en Relaciones Exteriores, le consiguió el empleo.

—Así es, mi general. Se trata…

—Mi hija está entusiasmada con usted, quiere casarse.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y el color desapareció de su rostro. Sus pupilas huyeron a un punto lejano y entonces comprendió que nadie contradecía al general Mondragón.

—Carezco de recursos para una boda de su categoría, mi general —logró balbucear.

—Ese no es problema —afirmó el general.

Aunque tenía ganas de torturar un poco al mancebo, el tiempo apremiaba. Consultó el reloj; debía llegar al Hotel Majestic en una hora.

—Estamos viviendo una revolución, señor Rodríguez. Tumultos políticos.

—Estoy consciente, general, si usted…

Lo interrumpió por segunda vez:

—Cásense a mediados de año. Ahora, retírese. ¡Ah!, y en su camino a la salida, haga usted el favor de decirle a la sirvienta que necesito ver a la señorita Carmen.

Manuel, atónito como un maniquí, se levantó. Las palabras del general giraban velozmente dentro de su cabeza. *Cásense*, resonó la voz cavernosa. *¿Casarme? ¿Yo?* Salió al corredor. Frunció el ceño. Sus pasos lo llevaban sin que lo notara. Ni siquiera reparó en las pinturas que decoraban los muros de la galería. Estaba por adentrarse a un mundo desconocido, de costumbres extrañas, donde sería impensable infringir las reglas. De pronto, alguien se detuvo frente a él.

—Joven, lo acompaño.

—El señor general desea hablar con la señorita Carmen —dijo antes de partir.

Sin llamar a la puerta, la hija entró al despacho.

—Vi salir a Manuel. ¡No pidió verme!

—Yo le ordené que se marchara —aclaró su padre, apoyándose en el respaldo—. Necesito darte dos noticias. A pesar de su importancia seré breve, pues llevo prisa. Siéntate.

Carmen obedeció.

—Ese muchachito y tú tienen mi permiso de casarse dentro de cinco o seis meses. La segunda, como muchas otras que te he confiado, no debes repetirla —hablaba sin hacer pausas ni gestos—. Muy pronto habrá una revuelta y no quiero que abandones la casa por ningún concepto. Ni tú ni nadie.

—¿Corres peligro?

—No te preocupes.

Ambas noticias revoloteaban en su mente, como pájaros enloquecidos, agitando su pecho. Parpadeó varias veces tratando de colocar cada una en su sitio, pero no lograba separarlas, pues a pesar de la calma que mostraba su padre, más que azahares y tules veía demonios.

—¿Que no me preocupe? ¡Imposible!

—Hija mía, sabes cuánto te amo, por favor, no me entretengas. Piensa en ti y en tu nuevo prometido. Yo estaré bien, sé cuidarme. Ahora dile a tu madre que venga.

Con el ceño fruncido y la mirada en el piso, abandonó el despacho.

Doña Mercedes, erguida y apretando los labios, llegó casi de inmediato.

—¿Te acuerdas del jovencito con el que se divertía Carmen en el baile de la secretaría? —preguntó don Manuel y, sin esperar respuesta de su esposa, atajó—: Les di permiso de casarse.

—¡Vaya! Creí que se quedaría a vestir santos… este año cumple veinte. ¿Cuándo sería la boda?

—Julio, agosto… Ya se pondrán de acuerdo. —El general unió la punta de los dedos frente a su pecho—. Es retraído y medroso, pero con el carácter de Carmen, unirla con un hombre intrépido sería como encerrar a dos fieras en una jaula. —Ella asintió; tras una pausa, don Manuel sentenció—: Mi hija tiene que salir bien casada de aquí.

Doña Mercedes suspiró y, al expulsar el aire, un alivio que no esperaba le aflojó los músculos de la espalda. Imaginó su hogar sin Carmen, sin los caprichos ni las sonrisitas que le dedicaba al general, ¡esas fruslerías que lo ablandaban! Podría mudarse con el marido a la casita de atrás… Además, le entusiasmó la idea de preparar una boda: la lista de invitados, flores, música, adquirir modelos franceses y la tela para su vestido…

—Mercedes —advirtió don Manuel al notar que su esposa tenía la mente en otro lado—, me ausentaré uno o dos días. Nadie debe abandonar esta casa hasta que yo lo ordene.

Ella asintió.

Antes de salir a su cita, el general se detuvo frente al espejo. Alisó sus pobladas cejas y su bigote prusiano con el peine de plata que, después de limpiar con un paño húmedo, volvió a dejar sobre la charolita, junto al cepillo.

Tras la última reunión, el grupo había decidido que la siguiente ya no sería en casa del general ni en la de Rodolfo Reyes, sino en el Hotel Majestic, en la calle Plateros. Manuel Mondragón, con su andar castrense, atravesó el corredor sin notar los azulejos que decoraban zócalos y columnas. En el enorme comedor ya se encontraba la mayoría de los que, más tarde, serían llamados traidores. Manuel, con su media sonrisa, comprobó que cada vez el número de asistentes aumentaba. Esa tarde afinarían importantísimos detalles: concentrarse en dos columnas, levantar varios cuarteles, liberar a Félix Díaz y a Bernardo Reyes, tomar Palacio Nacional, detener al presidente Madero y al jefe de las fuerzas militares. Rodolfo, según órdenes de su padre, redactaría la proclama que leería junto a Félix Díaz y Manuel Mondragón.

El golpe, que originalmente se había planeado para el primer día de

enero, debió aplazarse hasta el 5 de febrero y luego para el 11. Sin embargo, esa tarde, al enterarse de que el gobierno ya conocía sus planes, decidieron levantarse la madrugada del día siguiente: 9 de febrero.

Ojeroso, tras varias noches de insomnio, el general se puso la ropa que había dejado lista en el perchero: pantalones de montar, chaqueta, botas y sombrero de ala corta. Armado con un revólver y una botella de coñac, por si fuera necesario persuadir a alguien, se miró en el espejo. Se sentía disfrazado sin su uniforme militar; luego le dijo a su imagen: «¡A salvar a la patria!».

Sin importarles el frío ni los vientos que se arremolinaban en las bocacalles, él y Gregorio Ruiz, al frente de un grupo de cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes, se dirigieron al cuartel de Tacubaya. Mientras, los alumnos de la Escuela de Aspirantes, ubicada en Tlalpan, subían a los trenes que de allí partían hacia la capital. Ya en el cuartel de San Cosme, se unieron a otro grupo que los esperaba con armas y parque.

Desde su lecho, Carmen había oído los pasos inconfundibles de su padre encaminándose a las caballerizas. A pesar de la distancia que la separaba de los portones, los oyó abrirse y, después, el galope de la yegua. Su corazón también se desbocó. Salió de entre las sábanas y se asomó por la ventana. La oscuridad y el frío que se colaba por las rendijas la convencieron de volver a acostarse. La imagen de su padre ordenando el montaje de la artillería apareció ante sus ojos. Poco después, unas detonaciones la sobresaltaron; luego, el silencio fue más hondo.

Los minutos se arrastraban, lentos. Se arrebujó en un chal, abrió la cortina y, sentada en el alféizar, decidió no moverse de allí hasta ver a su padre aproximarse a la casa.

A las cinco, la ciudad comenzó a despertar: pregones de leche, pulque y cabezas de cordero asadas para la cruda; voceadores, carros y el trotar de caballos y mulas. A sus oídos no llegaban los gritos de: «Muera Madero», pero sí escuchó el estruendo de los tiroteos. Rayos de sol y angustia perforaban su piel. «¡Muera el gobierno! ¡Viva el general Mondragón!». Algunos civiles se unían a los conspiradores, mientras otros, horrorizados, corrían a refugiarse detrás de tapias, en zaguanes o debajo de los coches. Los cañonazos retumbaban.

La familia Mondragón se reunió en la sala. Vociferaban. Iban y venían. Uno de los nietos abrió la ventana, doña Mercedes le dio un manotazo y lo mandó a buscar a las sirvientas, quienes, aterradas, se guarecían en la bodega.

En cuanto don Manuel supo que Bernardo Reyes había sido liberado, se dirigió a la cárcel de Santiago Tlatelolco, encabezando la columna procedente de Tacubaya. Bernardo ya montaba su caballo cuando vio llegar a Manuel, anunciándole: «¡El triunfo es nuestro, general!». De algunos balcones salían gritos de aliento para Reyes. Mientras, enterado del motín, Madero galopaba por la avenida Reforma. Félix Díaz, Manuel y la mayoría de los alzados se detuvieron en una de las esquinas del Zócalo. Ráfagas de ametralladoras, relinchos de caballos. Incautos caían atravesados por el fuego cruzado. Bernardo se desplomó herido de muerte.

«¡Papá!», gritó Carmen desde su recámara, «no te vayan a matar!».

Muchas horas después, sin comer ni beber, sin salir de su habitación ni despegar los ojos de la calle desierta, Carmen lo vio. Primero creyó que alucinaba; luego así, descalza, corrió hacia las caballerizas a recibirlo. La fatiga del militar solo se notaba en el tono de la piel; el brillo de su mirada y su andar eran los de un semidiós. La besó en la frente: señal de impaciencia. Entonces apareció doña Mercedes y, detrás de ella, el resto del clan.

—Voy a asearme —dijo el general—, debo volver.

—¡No, Manuel! Me tienes muerta de preocupación —gritó la esposa siguiéndolo de cerca.

Carmen lo esperó reclinada en el portón. Cuando él se disponía a marcharse, ella se le acercó.

—Dime adónde vas.

—A la Ciudadela. Descansa. —Y le besó la frente.

Otra vez recluida en su habitación, Carmen veía a su padre con el fusil disparando, ordenando. Cañonazos. Fuego de ametralladoras. La Ciudadela contraatacando. A ratos, silencio. Más cañonazos. Uno, tres, ocho… treinta y cinco disparos consecutivos.

Una sirvienta entró a su cuarto sin llamar.

—Disculpe usté, señorita Carmen, le traigo por encargo de su hermana Lola este cafecito con leche y un bolillito con nata.

Carmen se incorporó. *¿Cuánto tiempo ha pasado?,* se preguntó.

—¿Hay periódicos?

—Sí, ora le… —Nuevos disparos ahogaron las palabras de la criada.

La mujer reapareció con *El Imparcial*: martes 11 de febrero, 1913. «Huerta ha sido herido. El Correo y Palacio Nacional están destrozados por los proyectiles de artillería. Hay más de 500 víctimas».

Carmen por fin salió. Quizá su madre o sus hermanos sabrían algo más. Los encontró en el comedor. La mesa estaba cubierta de periódicos, migajas, vasos y tazas vacías.

—Han incendiado las redacciones de *Nueva Era* y *El Diario* y pronto

harán lo mismo con *El Imparcial* —dijo el primogénito entrando por la otra puerta—. Están llevando los cadáveres a Balbuena, donde los apilan y los bañan con petróleo para incinerarlos.

—¡Dios santísimo! —gritó doña Mercedes, tapándose las mejillas con las palmas.

—¿Y papá? —preguntó Carmen.

Todos voltearon a mirarla.

—¡Vaya! Por fin apareces —espetó su madre—. ¡Y en esa facha! ¡Ve a cubrirte!

—Él está bien —respondió su hermano—. Hay rumores de que incendiaron la casa de Madero y que, por fin, renunció. Pero cada noticia que recibimos luego resulta falsa.

Carmen rumiaba la idea de ir a buscar a su padre. *Sería desobedecerlo,* pensó, *y si los tiroteos siguen… No debo arriesgarme, se lo prometí.* Del otro Manuel, su futuro esposo, apenas se acordaba.

Al fin, tras diez días de cañonazos y disparos, un propio se presentó muy agitado a anunciarles:

—Mi señor general don Manuel Mondragón me manda a informarles que ya llegó el orden, el presidente Madero y su hermano Gustavo están presos.

—Entonces, ¿por qué sigo oyendo ráfagas de ametralladora? —preguntó Carmen.

Por un instante, el mensajero le sostuvo la mirada. Bajó la vista y conjeturó que aquella preciosísima mujer alucinaba, pues él no oía ni un tiro.

—Será que la noticia los hace disparar al cielo de pura felicidad, señorita —se aventuró a contestar.

SAN SEBASTIÁN
1915

El embarazo no borraba el deseo. El vientre, esa extensión estorbosa de su cuerpo que entorpecía sus movimientos, le era, al mismo tiempo, algo ajeno. Estaba harta de la indigestión y del dolor de cintura. Había mandado sacar el espejo de la recámara, pues se negaba a ver su figura deforme. En las mañanas acariciaba sus pechos crecidos, sensibles y ansiosos de que una lengua varonil los recorriera.

Se incorporó, abrió las cortinas y observó el cielo: requería luz para pintar, necesitaba llenarse de energía solar, bañarse en rayos dorados, sentir esa tibieza que, como un barniz, la cubría. Se puso un vestido suelto, se caló el sombrero y, armada con su caja de colores, la tela y el caballete, dirigió sus pasos al campo.

Dos pintores del grupo que había organizado meses atrás ya estaban allí. Los árboles y el perfume del follaje rodeaban a los artistas en ciernes. Alguno preguntó por Manuel; Carmen alzó los hombros.

—Afortunadamente, hace tres días que no lo veo.

Los presentes fingieron no oírla.

Aún sin terminar, los girasoles en la tela lanzaban destellos bajo un sol apenas velado por la bruma que empezaba a disiparse. El pincel recogió un poco de amarillo; sus trazos finos daban vida a las hojas que, lánguidas, cortejaban a las cuatro flores.

Cortejar. La palabra quedó suspendida en el manojo de pelos del pincel. Carmen sonrió. Acalorada, sosteniendo el pincel entre los labios, soltó tres botones del vestido. Como si hubiera esperado aquel impulso, el viento penetró a través de la tela y los encajes de la ropa interior. Un estremecimiento

la recorrió.

De vuelta a casa, mientras su madre se alimentaba de chismes y urdía maleficios remojados en té con primas y cuñadas, Carmen buscó el ejemplar de las *Tragedias* de Séneca que su padre le obsequió al cumplir quince años. ¡Lo había leído tantas veces…! Con el libro bajo el brazo, esquivando la sala donde el tintineo de cucharitas se mezclaba con voces afectadas, se encaminó al despacho de Manuel. No Manuel esposo, sino Manuel padre, el hombre fuerte que había dirigido vidas y destinos.

Entró sin llamar. Aún llevaba los tres botones desabrochados y sus pechos, más turgentes por el embarazo, ofuscaban. La mirada del general se quedó allí, sin prisa ni disimulo. Ella se inclinó para besarlo; por un segundo el escote se agrandó.

—¿Qué traes? —preguntó el general.

—Lo reconocerás en seguida. Tú me lo regalaste. —Apareció una sonrisa ladina en su rostro—. Trabajas mucho, pensé que te gustaría distraerte.

Se sentó frente a él y abrió el tomo donde el listón sanguíneo marcaba la página deseada.

—«Sombra de Tiestes. Abandonando los tenebrosos lugares del infernal Dite aquí estoy…».

Mientras ella leía, el general Mondragón recordó ese y otros regalos que le había dado: un espejo con empuñadura de nácar; la novela *Fanny Hill;* un pergamino japonés donde aparece, veladamente, una escena erótica; una rosa de malaquita… *Como tus ojos*, pensó al contemplar los labios entreabiertos de esa hija amada.

—«… sobre este trono se sientan los que llevan el cetro con mano soberbia. ¡Pero qué pequeña es la culpa del anciano…!».

Carmen, se dijo el hombre en silencio, y repitió: *mi Carmen, tu cabello dorado aquel día, bajo las ramas del árbol, recostada sobre el pasto, remolino de verdes, tus ojos.*

—«… no acogí estas palabras con temor, mas acepté el sacrilegio. Así, para que yo, su progenitor, me uniese a todos mis hijos, forzada por el destino mi hija lleva en su grávido vientre un hijo digno de mí, el padre. La naturaleza ha sido trastocada: he mezclado al padre con el abuelo —¡qué sacrilegio!—, al marido con el padre, a los nietos con los hijos —el día con la noche…».

—Carmen —interrumpió, esta vez, en voz alta—, tu nombre en latín significa canto, poema. ¿Sabías? En árabe, *karm,* viña, jardín, huerto; y en hebreo *karmel,* viña del Señor.

—Inquieta e independiente, según leí.

—Música, conjuro, hechizo.

Una criada llamó a la puerta:

—Señor general, doña Mercedes lo espera en el comedor.

CIUDAD DE MÉXICO
Agosto, 1913

Enormes arreglos de gladiolas, claveles y alcatraces, todos blancos y frescos, adornaban la iglesia del Buen Tono, en la plaza de San Juan. A través de las linternillas y los vitrales importados de Francia, los rayos solares iluminaban el interior. Bajo sus arcos, los invitados cuchicheaban mientras esperaban que la ceremonia comenzara.

—¡No llega el novio! ¿Se habrá arrepentido? —dijo alguien.

—No me extrañaría. Se rumora que es del bando de los cuarenta y uno.

—Yo solo vine para cerciorarme de que la tal Carmen sea la mujer más bonita de México.

—Lo es —afirmó otro.

Desde la madrugada de aquel día, doña Mercedes intentaba calmar sus nervios con tisanas y mascarillas, pero en cuanto se recostaba, algún imprevisto la hacía levantarse y llamar a las criadas: «¿Ya plancharon el vestido de Lola?». «Revisen que no le falte ni un botón a la casaca del general». «Tú, Juana, ¿dónde dejaste el canasto con los pétalos de rosa?». «Señora, dice la costurera que si le pone más azahares al tocado de la señorita Carmen». «¿Ya llegó el cochero?». «¡No encuentro mi prendedor!».

Y es que las palabras del esposo y la humillación que sufrieron de parte de los Huerta, el mes anterior, aún vibraban en su cabeza.

—¿Sabías, Manuel, que el domingo se casó Luz, la hija de Huerta?

—Sí —contestó lacónico.

—¡No nos invitaron! ¡Ni a la iglesia ni a la recepción! —dijo doña Mercedes con voz quebrada.

—Ya lo sé, no vengas a quitarme el tiempo —espetó el general.

—¿Piensas invitarlos a la de Carmen? Después de todo, Victoriano es el presidente.

—Escúchame bien, Mercedes, Huerta es un traidor.

—¡Él te nombró secretario de Guerra y Marina!

—Está en mi contra y dentro de unas semanas nos iremos todos de aquí. Pensaba decírtelo después de la boda. Ahora ya lo sabes.

Estremecida, la señora salió del despacho maldiciendo a la familia Huerta.

Manuel se atusó el bigote y cerró los párpados. Las acusaciones de los huertistas de ser culpable del avance de los revolucionarios «por su incapacidad y pésima planeación…» le acuchillaban las vísceras. *¡Llamarme incapaz!,* se repetía apretando la mandíbula. *Yo, que he sido un héroe… ¿A quién le confió don Porfirio la misión de ir a Alemania a comprar armamento? ¡A mí! ¿Quién, sino yo, creó la eficaz defensa costera contra los gringos? Fui yo el que supo colocar los cañones para controlar la zona marítima de Salina Cruz. Yo diseñé el primer rifle semiautomático de la historia, el cañón de 70 milímetros…* Abrió los ojos y contempló su casaca que, de un gancho, pendía en el perchero; como muchas otras veces, contó las medallas prendidas y el orgullo le abultó el pecho.

El órgano, fabricado en Reino Unido, lanzó los primeros acordes. El novio, a pesar de su belleza y de su andar erguido, exudaba inseguridad. Carmen, del brazo de su padre, caminaba despacio. Llevaba la cabeza cubierta por un velo largo sostenido por una diadema de azahares y flores diminutas. El vestido, con algunos bordados, se recogía en la cintura. Sus manos enfundadas en guantes largos cargaban, como sin fuerzas, un ramo poco llamativo. Sus ojos no sonreían, sus labios tampoco.

SAN SEBASTIÁN
1916

Aunque la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado quedaba medianamente lejos, Carmen prefirió caminar. Se puso unos zapatos cómodos, se caló el sombrero y salió con la idea de comprar, ahí mismo, un pincel nuevo y varios carboncillos. Era temprano pero el embarazo le impedía dormir. Atravesó el portón y, antes de adquirir sus bártulos, decidió saludar a un profesor que solía ser el primero en llegar. Sin prisa, siguió por el largo pasillo.

—Te extrañaba —susurró alguien.

Se detuvo, curiosa y atenta. Sigilosamente se aproximó al panel de cristal esmerilado que impedía reconocer a quien se hallaba del otro lado.

—No más que yo —respondió una voz, familiar e inconfundible.

Dudó, por un momento dudó, necesitaba dudar. No, lo mejor es tener certezas, evidencias. Los pelos de la burra en la mano, diría su padre. Oyó un jadeo. Se acercó hasta que su oreja rozó la superficie.

—Tu lengua…

Esa voz descargó, como una serpiente, todo su veneno en el corazón de la mujer que espiaba.

La opacidad del cristal impedía ver los cuerpos detalladamente, pero en las esquinas el vidrio era límpido. Carmen se inclinó un poco, lo suficiente para que su ojo viera la corbata azul a rayas que ella misma le había regalado en su cumpleaños. Sus piernas flaquearon, su corazón batió con tal intensidad que no logró captar la frase siguiente. Inhaló, retuvo el aire cuanto pudo y lo soltó despacio intentando sosegarse. Su imaginación había vagado por aquellas hondonadas, lo intuía, mas su orgullo le negaba la verdad. Cerró un párpado para enfocar mejor la escena. Los dedos de Manuel desabotonaban una camisa

blanca. Entrevió rizos, la nariz aguileña. Se irguió. Frunció el ceño tratando de reconocerlo. Se llevó la mano al vientre, lo sintió moverse; una patada, náuseas. Sí, era aquel jovencito rubio que, en las clases de pintura, dibujaba junto a ella, *a mi izquierda y Manuel frente a nosotros, escudándose detrás del caballete. Se miraban, se hacían señas. ¡Desde entonces se entendían!*

Con un dolor que le oprimía los hombros, el pecho y la nuca, volteó, obligándose a volver sobre sus pasos. De pronto se halló derrumbada en una banca bajo un cielo bordado de nubes ralas. Conmocionada, sintiéndose más sola que nunca, lo maldijo. *Así que además del caballete, también se escuda detrás de mí, de nuestro matrimonio*. «¡Qué estúpida soy!», gritó.

Múltiples escenas se traslaparon ante sus ojos: la poca pasión que percibió la primera vez que se besaron; la manera de morderse el labio inferior al anunciarle el embarazo; el baile donde se conocieron; la rotunda negativa cuando le ofrecía posar denuda para él; la mirada esquiva al proponerle que hicieran el amor en un callejón oscuro; la noche de bodas cuando ella, tras desnudarse y desnudarlo, a horcajadas sobre él, se inclinó para que le acariciara los pechos, insinuándole, luego rogándole que los probara con su lengua. «¡Me engañaste!», volvió a gritar.

Después, sudorosa, con la ropa interior pegada al cuerpo y las gotas deslizándose entre sus senos, logró ponerse de pie. Al llegar a la casa, se arrancó el sombrero, lo tiró al piso y pateó la maceta que adornaba el vestíbulo. La cerámica se quebró en innumerables pedazos; las raíces de la planta, finas y retorcidas, como las várices que el embarazo le había provocado en las corvas, asomaron tristes entre la tierra esparcida sobre el tapete de flores rosas.

Se encerró en su recámara durante días.

A partir de ese momento empezó a sufrir ataques de tos que, además de producirle dolor en el pecho, intensificaron su insomnio. La sirvienta le llevaba sopas e infusiones, a ratos la abanicaba y le colocaba cojines debajo de los pies para disminuir la inflamación en los tobillos.

Carmen no solo se sentía aislada del mundo, necesitaba estarlo. Dentro de su cuerpo llevaba al hijo de un verdadero extraño, de un hombre que prefería acostarse con hombres, y ella no podía desahogar su dolor con nadie.

Lola, preocupada por la tos de su hermana, que ya duraba más de dos semanas, insistió en llamar al médico, quien luego de auscultarla aseguró no encontrar ninguna causa en su sistema respiratorio que provocara tales

accesos. No obstante, le recetó unas pastillas que no la aliviaron.

Pintar, decidió Carmen una mañana, *dibujar la naturaleza me ayudará.*

Por fin se vistió. Tomó un cuaderno y las pinturas. Se vio en el espejo del pasillo; ni siquiera las ojeras le afeaban el rostro. De pronto, en el camino, se topó con su marido. Sus miradas permanecieron entrelazadas por unos segundos que a los dos les parecieron eternos.

—Permíteme ayudarte —ofreció él, al fin, estirando el brazo para tomar el estuche.

Como si temiera contagiarse de una enfermedad peligrosa, Carmen retrocedió. Sordos al ruido de la calle, ciegos a cuanto sucedía a su alrededor, ambos quedaron inmóviles.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente—. ¿Te sientes bien? La fecha se aproxima —agregó bajando la vista hacia el vientre de su mujer.

Un ataque de tos la sacudió. Sin responder, con el rostro rojo por el esfuerzo, reanudó la marcha. Inhaló despacio para sosegar su corazón. Tras varios pasos, volteó hacia él; permanecía quieto, mirándola con los párpados entornados. En ese momento, la invadió tanta tristeza que pensó en volver a su encierro. Pero si regresar significaba cruzarse de nuevo con él, lo mejor era seguir.

Al llegar junto al árbol donde solía instalarse, se sentó apoyando la espalda en el tronco. *¿Por qué estoy triste?,* se repitió una y otra vez. *Debería estar enojada, furiosa. ¿Por qué no golpeé su cara de* soy bueno y cándido, por favor, quiéranme*? Furia, sí, pero contra mí misma. Él regó pistas que me negué a ver.* Acarició su vientre. Su vista se empañó.

Cuando el sol alcanzó el cenit, Carmen desanduvo el camino arrastrando los pies.

A la semana siguiente, el día del cumpleaños del general, la hija predilecta no pudo rehusarse a cenar con la familia. Sentada al lado de su marido, entre tosidos, lo miró de soslayo. El rostro se le desfiguró en una mueca de odio; le ardieron las mejillas, apretó los labios tal como hacía doña Mercedes. Manuel fingía atender la conversación que sostenían sus cuñados. Al notar la corbata azul a rayas que traía su esposo, Carmen tuvo que sujetar la cubierta de la mesa para no abofetearlo.

—General, disculpe que lo moleste…

Don Manuel no levantó la mirada hasta finalizar la lectura de un documento; luego, dejó la pluma en el tintero y preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

La mano del joven, aún sobre la manija de la puerta, temblaba. Esperaba que el hombre detrás del escritorio no lo notara. Dudó un segundo antes de entrar a aquel cuarto lúgubre, sin ventilación, donde se había impregnado el olor amargo de los puros. Dio un paso, cerró y, aunque adivinaba la náusea que estaba a punto de volver a sentir, se acercó titubeante. Entrelazó los dedos a la espalda y, con el cuerpo siempre erguido del excadete del Colegio Militar, intentó, sin éxito, sostener la mirada del general.

—El niño está muerto.

A pesar de haber sido un susurro, las palabras retumbaron con un eco punzante y, poco a poco, se extendieron, adhiriéndose a las paredes, al mobiliario y a los cuerpos de aquellos dos varones que, a partir de ese momento, se convirtieron en cómplices.

El general se retorció las puntas del bigote y entornando un ojo, como si fuera a disparar un arma, dijo:

—Esto puede convertirse en un escándalo que tú y yo impediremos.

El yerno tartamudeó monosílabos discontinuos.

—Estamos exiliados, así que tú callas y yo me ocupo. ¿Entiendes?

Como hipnotizado, Manuel asintió. No parpadeaba. Pálido, giró el cuerpo cual soldado y, tras un «con su permiso, general», salió del despacho. Inmóvil, permaneció en el corredor. Su corazón latía tan de prisa que, seguro de sufrir un desmayo, se llevó la mano al pecho, como si su palma tuviera el poder de aquietarlo. Unas pisadas lo alertaron. *¿Quién será?* Temió encontrarse con algún familiar de su esposa. *¡Hay tanta gente en esta casa!* Nunca había visto un cadáver, mucho menos el de un bebé. En realidad parecía estar dormido. ¡Tan pequeñito! Sobre las puntas de los pies, Manuel se alejó en sentido contrario a los pasos que se acercaban. *Huir, volver a México, con revolución o sin ella, ya encontraré dónde refugiarme con tal de apartarme de este clan que me ahoga. De ella, ¡tirana! ¡Maldita! Si tuviera dinero…* Entró al cuarto al que se había mudado: un reducido espacio donde apenas cabía la cama, una mesa y dos sillas. *Bueno, al menos duermo solo, separado de Carmen*. Se preguntó si algún día lograría olvidar la carita del niño, blanca, más blanca que la leche. *No, la muerte no es negra, es blanca, pavorosamente blanca*. Se tumbó en el colchón y hundió el rostro en la almohada. *¡Creerán que ha sido mi culpa! Una criatura sin nombre que, de tenerlo, hubiera sido otro Manuel.* Las palabras del suegro retumbaban en su cabeza: «Tú te callas, yo me ocupo». ¡Le gustaría tanto huir a Santander con Julián! En ese momento estaría junto a él, en la playa, bajo el sol, oyendo su voz, quizá rozando su mano suave… *Piel de bebé, es cierto lo que dicen, como seda. ¿Existirá un cielo para los niños? Carmen se irá al infierno, ella y su padre.* Un estremecimiento lo sacudió al imaginar el

ataúd. *Seré famoso, pintaré la muerte en blancos, grises y azules*. Con el índice trazó sobre la sábana una silueta: labios carnosos, nariz respingona. Quería salir con la tela y el caballete, perderse en el campo y pintar el dolor, la angustia, la soledad. Las lágrimas subieron desde su garganta y brotaron por sus ojos claros. Se dio vuelta y miró el cuadro sin terminar, reclinado en la silla. Las palmeras le resultaron ridículas y esa casa, tan infantil. Tomó el pincel, lo mojó en pintura negra y lo restregó con furia en aquel estúpido paisaje. Luego, con el abrecartas, rasgó el lienzo; las amargas incisiones no le devolvían la calma. Agotado, se derrumbó en el piso y, en posición fetal, lloró hasta quedarse dormido.

SAN SEBASTIÁN
últimos días de noviembre, 1920

El viento agitaba faldas y arrancaba sombreros. Bultos, baúles, adioses. Solapas levantadas y manos agitando pañuelos. Algunos derramaban lágrimas, otros partían felices llenos de expectativas.

—Vete tranquila. En cuanto reciba autorización volveré.

—No quiero dejarte aquí solo.

—Me quedo con tu mamá.

—Por eso lo digo.

—Ya lo hablamos, Carmen. El dinero se agota, es imposible seguir manteniéndolos a todos. Seguramente, dentro de algunos meses podré regresar.

Con los ojos enrojecidos y los párpados inflamados por el llanto, Carmen se acercó a besarlo. El general extendió los brazos al frente, no para estrecharla, sino para abotonarle el abrigo. Pero ella lo abrazó, pegó su mejilla a la de su padre, huesuda, reseca.

—Despídete de tu madre —le ordenó moviendo apenas los labios.

Doña Mercedes, al lado del marido, observaba a su hija con gesto huraño. No aprobaba el nuevo corte de cabello *à la garçonne*, según declaró Carmen el día anterior al volver de la peluquería, y mucho menos aquella falda tan corta, apenas un centímetro abajo de las rodillas. Qué alivio separarse otra vez de esa hija que, desde siempre, le había provocado tantos vahídos y amarguras. De pronto, recordó cuando en la hacienda de Temascaltepec, Carmen montaba su alazán completamente desnuda. *¡Impúdica! ¡Desvergonzada! De mis ocho hijos, ninguno tan insolente. ¿De dónde habrá sacado semejante carácter? Ni encerrándola en aquel cuarto sin ventanas*

logré aplacarla. Hasta me amenazaba con cortarse las venas. Y su padre, que todo le transige. Y ahora que doña Mercedes al fin podría vivir tranquila, su hija le salió con que deseaba divorciarse. «¡Ni se te ocurra!», le dijo, «primero muerta que tener una hija divorciada». «Pues si no te das prisa, vivirás con tamaño desprestigio», le respondió, ¡tan grosera! Aunque le vino un mareo que casi la tira al piso, doña Mercedes pudo agregar: «Te lo prohíbo, Carmen. Óyelo bien, ¡en mi familia nadie se divorcia!». Pero la había dejado con la palabra en la boca y una opresión en los hombros que ningún ungüento aliviaba.

Mientras le lanzaba un seco adiós a su madre, Manuel tomó la mano de la suegra para acercársela a los labios. Doña Mercedes, tocada con un enorme sombrero lleno de plumas, se limitó a desearle buena suerte. «Ese mequetrefe», le había dicho cien veces al general, «no sabe poner en orden a su esposa».

Carmen volvió a abrazar a su padre, sintiendo un vacío en el pecho que le quemaba la garganta. A través del grueso abrigo percibió la fuerza, la descarga eléctrica de las manos paternas tantas veces acariciadas. Sin decirse más, subió al barco con la cabeza gacha. Ya a bordo, se abrió camino entre el gentío que atiborraba la cubierta principal para lanzarle un beso. Desde el muelle él la buscaba entre la muchedumbre, hasta que de pronto localizó ese rostro amado e inconfundible, desenfocado por las lágrimas que no lograba contener. Ambos revivieron aquella tarde, siete años atrás, cuando recién casada debieron separarse. Sí, su padre se había visto obligado a abandonarla. ¡Un año lejos de él había sido suficiente tormento! Y ahora, ¿cuánto tiempo tardarían en reencontrarse?

Bajo un cielo amoratado, el buque se alejó lentamente de las costas españolas. Reclinada en el barandal de la popa, como el negativo de una fotografía, la imagen de su padre quedó plasmada en sus pupilas.

Para el matrimonio Rodríguez Lozano, el trayecto de vuelta a México fue aún más tedioso que el que los llevó a Europa. Viajaban sin la ilusión parisina, con el lejano recuerdo de sus visitas al Bateau-Lavoir; las clases de dibujo; los encuentros con Diego Rivera, Picasso, Gris; las delicias de la comida francesa; el mar de San Sebastián; el hijo enterrado.

¡Qué largo les pareció el recorrido por el Atlántico! Manuel apenas abandonaba el camarote; Carmen salía para distraerse y alejarse de él. Sin embargo, en ocasiones hablaban como buenos amigos, iban a la biblioteca del barco a echar un vistazo a los libros de arte o dibujaban, cada uno en su lecho o en los camastros de cubierta. Él la veía por el rabillo del ojo, tratando de

recordar el momento en el que había aceptado casarse con una mujer por la que no sentía amor. *¿Así serán todos los matrimonios?,* se preguntaba. *¿O solo los que son como el mío?* Primero una prueba, cumplir con las expectativas, el miedo, la estabilidad económica. Después, solo una fachada. Las excentricidades de su esposa lo perturbaban. Extrañaba al chico español con el que había pasado horas de gozo y placeres que Carmen nunca había podido darle. La certeza de que jamás volverían a verse lo hundía en una tristeza que le emborronaba la mirada.

Cargados de maletas, bajo unos aguaceros que intensificaban el calor, regresaron a un país que dejaron en plena revolución, exiliados, traicionados. ¿Qué les esperaba?

Carmen había resuelto olvidar a su hijo, producto de un enlace ilusorio. Afortunadamente, su padre, como siempre, se había hecho cargo de los trámites. ¿Dónde lo enterraron? No quería recordarlo. Cuando volvieron del cementerio y entró a la recámara, no había niño ni cuna ni ropita de bebé. ¡Hasta su olor había desaparecido! Doña Mercedes no le hizo comentarios, sus hermanos y cuñadas tampoco. Lola la abrazó brindándole el consuelo que necesitaba. María Luisa le horneaba galletas, «para que estés contenta», le expresaba acariciándole la mano. «Aquí no pasó nada», oyó a su madre decirles a las criadas en la cocina esa tarde.

CIUDAD DE MÉXICO
Diciembre, 1920

El día se apagaba y, al salir de la estación, una fría llovizna acompañó a los recién llegados. Por encargo del general, un muchacho los esperaba para cargar el equipaje y transportarlos a su nuevo domicilio.

¿Estoy integrándome a un mundo glacial y brumoso como mi futuro?, se preguntó ella mientras el coche avanzaba por las calles inundadas. A sus veintisiete años un cansancio desconocido la invadió. Miró de soslayo a su marido, rígido y huraño, a pocos centímetros de ella. En ese momento, como en tantos otros, desde que lo había descubierto con el españolito de la escuela, no deseaba compartir con él ni siquiera el silencio que los envolvía.

El departamento se ubicaba en la calle Nuevo México 42. Carmen dio por hecho que, al abrir la puerta, hallaría el vacío, el fastidio que, como una sombra, tan frecuentemente la acompañaba. *Y ahora, otra vez alejada de papá,* pensó.

En cuanto se quedaron solos, Carmen se arrancó el sombrero y lo aventó contra la pared. *Vivo en una cárcel, el matrimonio no es más que una prisión gélida y negra. ¿Empezar una vida nueva?,* se preguntó con ironía y una carcajada escapó de su boca, alterando al esposo que ignoraba cómo interpretar aquel sonido. *Al menos,* rumió él, *ya estamos lejos de su insoportable y ruidosa parentela. Aquí habrá silencio, gozaré de cierta privacidad e independencia; al fin que siendo marido de esta, dinero no me faltará.*

Cada quien ocupaba una recámara. En la tercera habitación, Carmen instaló el caballete y sus útiles de pintura. A menudo, tumbada en el sofá, dibujaba hasta la medianoche; otras veces, prefería aprovechar la luz matinal y pintar al óleo.

Sin importarle lo que ella dijera, Manuel colocó un caballete en el mismo cuarto, pero en la esquina opuesta. Pintar, además de ser lo único que tenían en común, era una terapia que ambos requerían para continuar existiendo. A veces, olvidando rencores, uno pedía al otro su opinión sobre la obra en proceso y juntos decidían un color u otro.

—¿Te das cuenta? Los artistas no vemos más, sino diferente —le dijo ella una tarde—. No copiamos el mundo, lo inventamos.

—¡Claro! Transportamos nuestro universo interior al exterior. Ese dibujo —señaló el cuadro que Carmen estaba por terminar— es hermoso.

—Lo titularé *Hombre con corbata* —agregó ella, inclinando la cabeza—. ¿No te parece que tiene los ojos muy separados?

Él se alejó para contemplarlo desde otro ángulo.

—Un poco, pero eso lo hace más real.

Cierta mañana, Carmen se dio un largo baño en la tina de porcelana; peinó prolijamente su cabellera dorada, tiñó sus labios de color granate, delineó sus párpados con lápiz negro y estrenó un vestido verde botella; así, sus ojos parecían dos mares inmensos.

—Diego Rivera regresó a México. Pintará un mural por encargo de Vasconcelos. Voy a la Escuela Nacional de Bellas Artes a buscarlo y quizá me inscriba a alguna clase —le anunció al esposo.

—¿Se acordará de nosotros? —preguntó él, al dejar sobre el plato la taza de té aún llena.

—*¿Nosotros*?

—Si no te molesta, me gustaría mucho ir contigo. Yo también quiero tomar clases.

Lo observó un momento, intentando hallar, una vez más, la razón por la que con cierta frecuencia sentía compasión por él.

—Bueno, vamos.

Bajo la cúpula de hierro y cristal, atravesaron el enorme patio rodeado de esculturas. Jean Charlot, al que trataron en el Bateau-Lavoir, los saludó con la cordialidad del extranjero que reconoce un rostro familiar.

—¡Qué gusto! ¿Ahora vives en México? —le preguntó Carmen.

—Sí, mi madre tiene familia aquí y Diego me animó a venir.

—¿Dónde anda el barrigón?

—Viaja por el país reencontrándose con la esencia de lo mexicano, según dijo, pues pronto empezará a pintar los muros de una escuela —les informó.

—Parece que por fin alguien se ocupa de la educación en México —comentó Carmen—. ¿Es cierto que Vasconcelos le ha ofrecido los muros de San Ildefonso?

—Y yo seré su ayudante —aseguró el francés.

—Espero saludarlo tan pronto regrese.

—Vuelve el domingo. De día lo encontrarán en estos pasillos; de noche solemos reunirnos en la fonda Los Monotes.

—¿Ese es el nombre? —preguntó Manuel.

—Sí, sí. En la calle República de Cuba… —Frunció las cejas tratando de explicarles—. Cerca del Lírico, no tiene pierde, van muchos artistas.

Una densa capa de humo flotaba en el café-garnachería Los Monotes. Varones, en su mayoría, ocupaban las mesas de encino con que José Clemente Orozco había amueblado el restaurante de su hermano. Algunos sombreros colgaban de los ganchos atornillados a las paredes decoradas con carruajes, chicas del Follies y notas musicales de distintos tamaños; allá, un trompetista panzón; aquí, una enorme mesera con delantal; y del otro lado, un director de orquesta.

Jean Charlot descubrió a los Rodríguez buscando dónde sentarse. Tras los saludos los invitó a acompañarlo. Les presentó a Roberto Montenegro, quien, sin despegar los ojos de los de Carmen, se levantó, besó su mano y le acercó una silla. Ordenaron tamales y bebieron chocolate, mientras la mirada de los recién llegados se perdía entre las figuras caricaturizadas que, según explicó Charlot, eran obra de Orozco.

—No me enorgullezco de ellas —dijo una voz detrás de Carmen—. No son murales, están pintadas sobre cartón, recortadas y pegadas.

Ella volteó. Hipnotizado ante la belleza de la joven, los ojos de José Clemente se agrandaron tras los gruesos lentes redondos.

—Encantado, señorita…

—Carmen.

—¿Le ofrezco algo de beber?

—Permítame presentarme —interrumpió el esposo—, Manuel Rodríguez Lozano.

José tomó asiento. La noche se alargó. La conversación iba de la guerra en Marruecos a la escasa cultura del presidente Obregón: «Será ranchero, pero es fanático de los toros», dijo uno. «Y quiere educar a los mexicanos», afirmó otro. El pintor habló de su admiración por José Guadalupe Posada y del interés que él y Diego tenían en fundar un sindicato de pintores.

—¡Mira quién está aquí! La mismísima mujer de Montmartre.

La enorme figura de Diego pareció llenar el poco espacio libre; lanzó el

sombrero hacia un gancho, no le atinó y tampoco se molestó en levantarlo. Apoyó su bastón michoacano en la pared y le guiñó un ojo a Carmen. Ella le sonrió, coqueta. A su paso, Diego arrastró una silla, se sentó a su lado, cruzó la pierna para quedar casi frente a ella y colocó el brazo alrededor de sus hombros. Boquiabierto, Manuel estiró el suyo para saludarlo, pero Diego lo ignoró.

—Te ha sentado el matrimonio —le susurró al oído.

—¿Cuál? —preguntó ella, sardónica.

Diego soltó una carcajada y le puso la mano en el cuello, hundiendo las yemas en la hendidura de la nuca. La mujer se estremeció. Antes de que pudiera besarla, la mesera atravesó entre ellos una botella de tequila.

—¡Qué alegría me da verte! —le dijo Carmen en voz baja—. Cuando abandoné Francia, en plena guerra, pensaba en ti. ¿Qué hiciste? ¿Dónde se metieron tú, Picasso…?

—De un día al otro, a nuestros planes se los llevó la chingada. Algunos nos fuimos a Palma de Mallorca, allá viví más pobre que un perro callejero. Los pescadores nos regalaban cualquier cosa para alimentarnos. Pinté paisajes, usé colores nuevos, pero aquella isla, que nada tenía que ver con Montparnasse, me ahogaba, entonces me largué a Madrid. —Se aflojó el paliacate que llevaba anudado al cuello—. Y tú, ¿dónde andabas?

—En San Sebastián.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó él con las pupilas incrustadas en las de ella—. Charlot dice que fuiste a buscarme.

—Quiero pintar, Diego.

Él alzó las cejas y con la mano libre se rascó la barbilla.

—Tienes que trabajar, encontrar tu sello, tu personalidad. ¿Qué artista te apasiona? No me contestes, piénsalo bien. A mí, por ejemplo, me apasionaba Goya, el Greco, pero pintar así no me satisfacía. Yo buscaba algo nuevo, por eso volví a París, y no paré hasta hallar mi propio estilo. Con colores mexicanos atravieso la grisura del cubismo europeo.

—¿Qué te trajo de regreso?

—Una combinación de circunstancias. Primero la llegada de Siqueiros y sus anécdotas en la revolución, en la que, como sabes, no participé. Me entró la culpa de haber pasado tanto tiempo lejos y, justo por esos días, me llamó el embajador de México para explicarme los planes de Vasconcelos. El plan educativo y el renacimiento artístico y cultural de nuestro vejado país —dijo engolando la voz.

—Oí que vas a pintar murales.

—Antes de volver, recorrí las catedrales góticas en Francia, luego viajé por Italia. —De un sorbo apuró su tequila—. En esas tierras descubrí la

importancia de la pintura al fresco y comprendí que necesitaba renovar mi arte. ¿Conoces los murales de Giotto? Al verlos supe que ese sería mi camino.

—¡Salud! —gritó Roberto chocando su vaso con el de Carmen, pero ella estaba tan inmersa en las palabras de Diego que ni siquiera volteó.

—Vamos, tortolitos, dejen de cuchichear —insistió Montenegro.

—¡Sí! Queremos oír de qué hablan —dijo José.

—De París —respondió Diego llenando su copa—. Allá nos conocimos, ¿verdad, *mon amour*?

La atención de Manuel, silencioso, iba de una plática a otra; de la mano de Diego en el cuello de su esposa a las de Charlot, tan finas y pálidas.

—¡Salud! —dijo otro—. Brindemos por las francesas.

Todos alzaron sus vasos. Luego hablaron de la nueva Secretaría de Educación, de las peleas de gallos en Tacubaya y de la escasa ropa con la que se había presentado María Conesa en el Teatro Virginia Fábregas.

Por primera vez en mucho tiempo, Carmen se sintió a gusto: esa gente, su charla y espontaneidad entibiaban su alma. *¡Cuánta razón tiene Diego! Mis obras deben poseer carácter, el mío.*

De allí nacieron invitaciones a tertulias: Carmen no se perdía ninguna. En ellas, a veces le proponían publicar algún poema o una caricatura en el periódico. Descubrir que aquellos pintores empezaban a abrir las puertas de sus estudios para darse a conocer la iba llenando de ideas y expectativas.

Una noche, en ese mismo café, tomó el cuaderno y, con pocos trazos, inventó a un Roberto Montenegro tan parecido al original que este quedó maravillado.

—¡Qué mujer! Además de bella es hábil y creativa. ¡Jamás me habían copiado con tanta genialidad! —exclamó antes de mostrar el dibujo a su amigo Gabriel Fernández Ledesma.

Entre copas de mezcal, de tequila, el humo y las risas, comenzó un duelo a lápiz: Manuel Rodríguez Lozano, mirando su reflejo en un botellón de aguardiente, se calcó a sí mismo con un solo ojo; Roberto Montenegro caricaturizó a Carmen, y ella a Gabriel Fernández.

Carmen ya formaba parte de ese grupo de artistas; las horas volaban al trazar curvas, líneas y sombras. Colores.

Una tarde, al salir de la clase de dibujo, el director de la Escuela Nacional de Bellas Artes los invitó, a ella y a Manuel, a participar en una exposición colectiva. Las pupilas verdes de Carmen brillaron de pura felicidad.

Las cuatro caricaturas que exhibió sorprendieron al público. Con andares desafiantes, caminó entre caballetes y caballeros que, en vez de contemplar las obras, la veían a ella: sus ojos centelleantes, los labios formando un corazón rúbeo, la cabellera dorada, el vestido de talle bajo que permitía

inspeccionar sus piernas. Los zapatos de traba; los collares y las pulseras.

Inmóvil, apoyado en el marco de una ventana, la mirada de Manuel cayó sobre su esposa. Entornó los párpados, pero aun así el rencor era palpable. Encendió un cigarro para eclipsarse en el humo y que nadie notara su encono. Un joven se acercó a él, le sonrió, le habló, lo distrajo. Carmen pasó muy cerca de ellos. No disimuló la repugnancia que le provocaba ver a esos dos juntos. *No quiero un padre ni un marido, tampoco un compañero de cuarto,* se dijo, *sino un verdadero amante que me conduzca por otros caminos. Llegó el momento de crecer, de vivir, de aventurarme en bosques más oscuros y misteriosos. Mi sensualidad no puede permanecer oculta bajo las ramas y las sombras de esta sociedad cerrada e hipócrita que me asfixia. Mis instintos no quedarán encadenados.*

SEGUNDA PARTE

CIUDAD DE MÉXICO
Barrio de San Ángel, julio, 1921

Él la vio y en ese instante algo mucho más fuerte que un escalofrío, una descarga eléctrica sacudió su cuerpo. Temeroso de extraviarla, evitaba parpadear. Una voz recóndita que en pocas ocasiones oía le aseguró que, a partir de ese momento, su vida no sería igual. Ella se aproximó, pero en aquella casona había tanta gente que, por un larguísimo segundo, la cabellera rubia desapareció. Alargó el cuello, buscándola; se impacientó creyendo que la había perdido. Volteó a uno y otro lado. Una necesidad física lo impulsaba hacia delante. De pronto, la descubrió a solo unos pasos hablando con Diego Rivera.

—¿Quién es? —le preguntó a un cofrade sin despegar la mirada de la mujer cuyo cuerpo ya contemplaba.

—Carmen, la hija del general Mondragón.

—¡Ah, del asesino! ¿Y el de atrás?

—El marido con ínfulas de artista.

Atl asintió; no había que observar demasiado para notar su poca hombría.

—¡Maestro! —exclamó Diego.

—Buenas noches, amigo. Un gusto encontrarlo y muy bien acompañado, por cierto.

—Carmen Mondragón, te presento al hombre de los volcanes, Gerardo Murillo, mejor conocido como Doctor Atl, que, además de pintor y escritor, nos enseñó a los jóvenes a ser insolentes.

La mano suave, firme, de uñas rojísimas, quedó entre las del vulcanólogo. Seguro de que en ese contacto brotarían chispas, la sujetó con

mayor fuerza. *Hundirme para toda la eternidad en el abismo de tus ojos,* pensó.

—Carmen será mi modelo —declaró Diego, posando su palma en la nuca de la mujer—, la musa de la poesía erótica.

Ella elevó el mentón, alzó la vista hacia el techo y, para exagerar aún más la pose, adelantó un hombro y colocó una mano en su cintura.

—Así que la poesía erótica —repitió Atl, quien, por el rabillo del ojo, vio al marido alejarse.

—En el mural del Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria —anunció Diego—, los bosquejos están casi listos.

Atl solo quería retenerla, pero alguien llamó a Diego y se llevó a Carmen.

Con la imagen de la indómita exuberancia de sus cabellos, la boca modelada como un corazón y esos ojos inconmensurables, Gerardo regresó a su vivienda. *Erato, diosa de la poesía, te corono con mirto y rosas. Venus que me roba la serenidad… Imposible dormir después de saber que existes.* Se acostó y en el techo no veía más que un par de ojos y un cuerpo voluptuoso que ansiaba tocar. Para sosegarse, encendió una lámpara, tomó los pinceles y, con efusión, mezcló varios tonos de verde, azul, blanco, negro, pero pronto entendió que jamás lograría igualar el color de aquella mirada. Aun así, aplicó pintura sobre un lienzo: árboles, césped y un río de lava verde. «¡Necesito conocerla!», gritó en la soledad de su estudio.

Recio, el sol de principios de agosto atravesaba las sombrillas con que las damas se resguardaban. Mientras caminaba sin rumbo por la Alameda, Gerardo cavilaba sobre la manera de reencontrar a la joven. *¡A través de Diego, por supuesto!* Decidió ir esa misma tarde a buscar al gordo Rivera cuando, de pronto, elevó la vista y se paralizó. «¡No es posible!», dijo en voz alta. Iba con el esposo, o mejor dicho, el esposo iba con ella. El Doctor Atl, inquieto y sorprendido por la coincidencia, se atusó la barba entrecana. Los labios de Carmen, tan rojos, tan sensuales, le sonrieron. Manuel extendió el brazo para estrechar la mano de Atl. Las palabras no fluían, entonces hablaron del clima, de la humedad que en esa época lluviosa retrasaba el secado de las pinturas. ¿Qué más decir para retenerla?

—Siendo ustedes también artistas, los invito a mi casa. El sábado, si te parece bien. —Agregó clavando sus pupilas en las de ella.

A Carmen, el singular del pronombre no le pasó inadvertido, tampoco el ardor en su mirada.

—Les mostraré mis cuadros. Vivo en el exconvento de La Merced.

—¿No está abandonado? —preguntó Manuel.

—Yo le quité el abandono —respondió.

—Allí estaremos. Gracias por la invitación —dijo ella.

La pareja reanudó su camino. Atl no se movió, sus ojos traspasaron la tela del vestido color uva que ondeaba a cada paso, luego se detuvieron en el vaivén de las pantorrillas hasta que la figura desapareció.

Solo dos días. ¿Cómo acelerar el tiempo? ¿Y si no viene? Dos días son muchas horas, pensaba, aún inmóvil, complacido por el azar que lo reunió tan inesperadamente con esa mujer que le quemaba el espíritu.

Sentado en la azotea del exconvento de La Merced, con las piernas colgando en el vacío, imaginó formas de seducirla aun frente al marido. Vestía traje oscuro, chaleco y corbata. A pesar del sol flameante llevaba la cabeza, ya calva, descubierta. Iba a encender su pipa cuando oyó la voz del chamaco que le ayudaba a cargar las provisiones.

—Lo busca una señorita.

—¿Sola?

Al oír la respuesta, bajó las escaleras a toda velocidad. En el patio, junto a la fuente, como una aparición estaba Carmen. *Tú, con tus ojos enormes y tu boca, erupción de fuego,* se dijo. Tras un carrasposo: «Buenas tardes», se aclaró la garganta y la invitó a subir. El corazón de Atl, agitadísimo, lo obligaba a resoplar.

Expectantes, sin hablar, subieron.

En el cuarto que él llamaba su estudio, le enseñó bocetos y dibujos: paisajes, volcanes, nieve y fuego. Sobre una tabla rústica sostenida por dos burros, había frascos, lápices, carboncillos y pigmentos; en otra, papeles, notas y libros.

Carmen observaba cada objeto como si le divulgaran un enigma que estaba destinada a conocer.

—Para mí, la pintura es excelsa, sagrada —dijo Gerardo para romper el silencio.

—Las obras que realizamos son pobres signos de un pálido reflejo de lo que tenemos en nuestra grandeza humana, ¿no le parece?

—Por supuesto —afirmó, pasmado ante el razonamiento de aquella mujer—. Lo que experimento frente a un paisaje o un cuerpo humano —agregó con las pupilas enredadas en la cabellera rubia que adivinaba sedosa—

es culminante, excede los términos de la naturaleza. —Le costaba no estirar el brazo para tocarla, *acariciar tu pecho… Tus ojos son fulgores de otro mundo, mirada inteligente. Hombros ebúrneos, senos erectos*…—. Arte es convertir las cosas vulgares en únicas. Como tú… —se aclaró la garganta reprimiendo la urgencia de besarle el cuello—. Bebamos algo —invitó—, o… ¿tienes prisa?

—Ninguna.

Gerardo sacó dos vasos y una botella de jerez que guardaba para los buenos momentos. Se sentaron en bancos, cerca de la ventana.

—Por el arte y la belleza —brindó el hombre.

—¡Salud! —Ella dio un sorbo—. Cuénteme, además de pintar, ¿qué ha hecho? —preguntó Carmen señalando los libros.

Él arqueó las cejas decidiendo por dónde empezar.

—Primero debemos tutearnos y en cuanto a mis quehaceres… —hizo una pausa, sacó la pipa del bolsillo y, sin encenderla, dijo—: estudié pintura, con una beca me fui a Europa a estudiar filosofía, vulcanología, derecho penal… —En ese instante se arrepintió, pensando que sonaba presuntuoso, pero la mujer se mostró tan interesada que continuó—: Trabajé en la Academia de San Carlos, en fin, iba y venía, y luego me alié a Carranza…

—¿Por qué? —ante la declaración inesperada, Carmen lo interrumpió.

—Porque compartíamos ideas antiporfiristas…

—Nosotros, mi familia y yo, al contrario, siempre apoyamos a don Porfirio Díaz —atajó rápidamente Carmen.

—Que ese no sea un tema que nos rivalice, te ruego.

—Descuida —respondió sin darle importancia—. Sigue, por favor.

—Volví a Europa, fundé un periódico, escribo sobre política, arte… —*¿Cómo hilar frases coherentes teniéndola tan cerca?*—. Bueno, ya fue suficiente de hablar de mí…

—¡No! —lo interrumpió—. ¡Me encanta! ¡Es asombroso!

Su mirada inteligente, su vaivén por el mundo, sus dibujos, ese lugar donde vivía le provocaban tal fascinación que solo deseaba escucharlo. Incluso tuvo ganas de tocarle el pecho y sentir los latidos de su corazón.

—De ninguna manera, señorita Carmen, ahora quiero saber de ti.

—No soy tan interesante. —Alzó un hombro—. También escribo y pinto.

—¿Qué escribes?

—Ideas, pensamientos, versos…

—Me gustaría leer algo, si se puede.

El jerez, poco a poco, se iba terminando. Gerardo ya pensaba en la manera de retenerla, de concertar otra cita.

—¿Qué harás con lo que resta del día? Vamos a algún restaurante.

—Prefiero quedarme un rato más aquí. Los bocetos que me enseñaste son del Popocatépetl, ¿verdad?

—Los volcanes me obsesionan, de hecho, he escrito un libro que se titula *Las sinfonías del Popocatépetl;* estoy a punto de publicarlo —agregó con la vista encajada en el escote, rogando que el tiempo se detuviera—. Aunque me has robado la serenidad, no te vayas nunca —dijo de pronto.

Sin embargo, el sol, al ocultarse, se la llevó, dejándolo inmóvil y atontado en el umbral del portón.

Carmen se marchó deseosa de saborear a solas la inquietud que él le provocaba y que tan bien había logrado disimular. Quería verse en el espejo desnuda e imaginar a Atl detrás de ella, sus manos acariciando cada milímetro de su piel sedienta. Al llegar, se encerró en su cuarto, se desvistió y abrió las piernas frente a la luna del tocador convencida de que él iba a penetrarla, a morder sus pechos y a pintarla así, febril, ansiosa. Con la mano izquierda en un seno, se oprimió el pezón entre el índice y el medio, los de la derecha se concentraron en la hendidura; juguetones, agitados, buscaban.

Aún con los dedos húmedos, desnuda, se sentó a escribirle una carta. Le urgía decirle que, tanto para ella como para él, ya no habría pasado ni futuro, solo hoy, un hoy de amor eterno. Un hoy en el que nacía por segunda vez, en el que nacerían siempre. Era urgente que Atl conociera la intensidad de su pasión, debía comunicarle que al fin, junto a él, su melancolía empezaba a desvanecerse. «Un hombre», dijo en voz alta, «un hombre verdadero que enciende mi cuerpo con la mirada; un hombre que entiende el arte, la filosofía, la política, ¡la guerra! No como tú, Manuel, ¡medroso…! ¡Timorato y maricón!».

Gerardo leyó el texto ávidamente; cada palabra le producía un doloroso y exquisito espasmo. La posibilidad de placeres delirantes y la imperiosa necesidad de poseer a esa quimérica mujer lo llevaron a tomar pluma y papel. *Ha transformado mi apatía en violenta pasión,* reconoció tras enviar su respuesta. *Allá van mi paz, mi voluntad, mi anhelo de gloria.*

Aquella misiva se convirtió en el mazo que derrumbó la fortificación dentro de la que vivía la esposa de Manuel Rodríguez Lozano. Con una sonrisa socarrona y un brillo nuevo en los ojos, guardó la carta en su bolsa, sacó algunos vestidos del ropero y, desordenadamente, los metió en una valija.

Desde el sofá de la sala, sorprendido, Manuel la vio salir con la maleta y una caja de sombreros. *¿Dónde irá?,* se preguntó, *ojalá se largue a España con su*

adorado padre y nunca vuelva. Y sin darle más importancia, soltó mientras se acomodaba en el sillón:

—¿Te vas…?

—Me voy donde pueda quitarme el asco de tu presencia.

Tras solo un minuto, el asombro se disolvió en un estado de repentina liberación. Despacio, Manuel dobló el periódico y cerró la puerta.

En cuanto Gerardo la vio atravesar los portones, aguardó al pie de la escalera con una dolorosa erección y entornando los párpados. Carmen soltó su cargamento y, sin despegar la vista de aquel hombre enjuto, caminó hacia él. En el trayecto se descalzó, desabotonó su blusa y, ya en sus brazos, le mordisqueó la oreja. Las manos del vulcanólogo recorrieron el cuerpo deseado apretándolo contra el suyo.

—Bienvenida, Erato, musa de la poesía erótica —le susurró al oído.

La lujuria que su imaginación había cultivado durante aquel largo tiempo de abstinencia estalló en cada una de sus terminales nerviosas. Deseaba, necesitaba que él la tomara ahí mismo, sobre el empedrado. Gerardo asió su muñeca y subieron a la azotea. Hicieron el amor bajo la luz hierática de la luna, cuyo resplandor iluminaba sus cuerpos entrelazados, sudorosos.

> La fuerza de la pasión que siento por ti es una embriaguez llena de alucinaciones espléndidas, de voluptuosidad que todavía no puedo demostrarte y que me producen una rara felicidad, un deseo loco de llamarte sin cesar —para decirte cuánto te deseo, para decirte que en mi pecho incrédulo ha germinado por fin la flor de la fe en la vida— la flor que con su perfume ha borrado mi eterna melancolía.
>
> Mi amor es extraño y a veces me ocasiona terror —¿por qué terror?— porque temo quemarme en la propia llama de mi amor. Pero no te alejes de mí, amor mío —porque solo cerca de ti existe el único placer y el único consuelo…

Le escribió más tarde, pues aunque vivían juntos, mantuvieron el ejercicio epistolar como un juego erótico entre los dos.

Dulce y feroz es tu boca, terrible dolor de no poderte amar más, y más y más… Mi pasión se exalta y gira alrededor de tu falo como una mariposa alrededor de la luz, y en las noches calladas, envuelta en tu lujuria, mi razón se ofusca y mi boca grita te amo…

Los pasos de Carmen resonaron en uno de los amplios corredores. Se detuvo, suspiró; su mano recorrió el fuste de una columna, introdujo las yemas en la enredadera tallada, entre flores y racimos de uvas. Se reclinó en el pretil y contempló la arcada, el vidrio roto que, en forma de abanico, remataba un portón al otro lado del patio. Pensó en lo que le había dicho Atl: «Este edificio, después de ser convento, fue cuartel militar». Imaginó a su padre con su uniforme atravesando el pasillo: sube la escalera, lleva un rifle, su rifle; le sonríe, caminan juntos, entrando y saliendo de las sombras que proyectan los arcos en rededor. El rubí de su anillo arde bajo los rayos solares. Un caballo relincha a lo lejos.

—¿Qué haces, virgen perversa? —La voz de Gerardo, llamándola como ella misma se había denominado en una carta, borró la imagen de su padre.

—Pensaba en la historia de este lugar.

—Tú lo iluminas con tu resplandor. Mi vieja morada era sombría hasta que llegaste, burlándote del mundo. —Le acarició la mejilla—. Tu belleza es la de un sol cuya brillantez crece día a día.

—*Encore de l'amour / Oui trésor / toujours de l'amour / pour remplir l'infini / Qui est mon coeur, le coeur qui / t'appartient toujours* —dijo Carmen y se besaron con furia.

—Atl es agua en náhuatl —le explicó una mañana mientras Carmen, después de haber hecho el amor en la azotea, se metía desnuda al tinaco—. Y tú serás Nahui, Nahui Olin, movimiento renovador de los ciclos del cosmos, según el calendario azteca.

Ella se sumergió en aquel depósito cuadrado que surtía agua a todo el vecindario. Así, quedó bautizada.

Ojos indiscretos los miraban; bocas celosas lanzaban insultos. Nahui Olin, indiferente, salió de la pila. Por las ondulaciones de su cuerpo, las gotas resbalaron; algunas raudas, otras, lentas, se detenían en cúspides y declives. En su andar dejó la huella líquida de la ceremonia sacramental.

Él la envolvió con una sábana y se recostaron sobre unos cojines.

—¿Quién te puso ese nombre?

—Al estallar la revolución todos los proyectos artísticos se frustraron, y

yo, como comprenderás, también. Los rumores decían que con mi pintura solo quería fama y dinero. ¡Ja! La gloria nunca me ha interesado, así que en junio de 1911 me fui a Europa.

—Me hubiera ido contigo.

—El trayecto fue infausto. En el barco, una infección intestinal me mantuvo postrado junto a un tuberculoso más moribundo que yo. Veinte días de fiebre sin dormir ni comer me dejaron hecho un guiñapo. Un amigo tuvo a bien recogerme y en París, donde ni siquiera recuerdo cómo llegué, me encontré a mi amigo Leopoldo Lugones. Después de tantos días de agua, ese debía ser mi nombre. Pero en francés, *eau*, no es muy bello. Lugones decidió que Atl solito sonaba mal, entonces se le ocurrió lo de Doctor. Ya ves, paganamente autobautizado con el agua de mi alegría de vivir.

—¿Nos habremos cruzado en las calles de París?

—Si te hubieras cruzado en mi camino, te habría robado —sus dedos acariciaban el brazo de Nahui—. ¡Con qué intensidad vive esa ciudad! Allá se trabaja sin contar el tiempo ni esperar recompensa —dijo hundido en sus recuerdos—. También fui crítico de arte y fundé una asociación de gente relacionada con las manifestaciones intelectuales. ¡Ay!, París es más difícil de escalar que el Popocatépetl. —Pensativo, mordisqueó su pipa—. Hubo personas que me ayudaron a dar a conocer mi obra, pero aunque mi fama crecía, mi pobreza aumentaba. Pagar modelos, renta, comida, el *marchand* para que vendiera mis cuadros…

—Algún día tus obras valdrán miles de pesos.

—¿Lo crees?

—Por supuesto. ¿Cuándo volviste a México?

—En 1914, en plena revolución.

—Creí que ese había sido el motivo por el que te fuiste a Europa.

—Bueno, sí, porque entonces, antes de marcharme, encabecé un grupo de escultores y pintores que le reclamamos a Díaz su manera imperialista de celebrar el centenario de nuestra independencia en el ámbito artístico. Imagínate, sufragar una costosísima exposición de pintores españoles y ningunearnos a los mexicanos. Gracias a mí, conseguimos tres mil pesos para montar una exposición colectiva en San Carlos. Después de esa conquista pedí los muros de los edificios públicos para pintarlos. ¡Y nos los concedieron! Pero como te he contado, esos planes se postergaron hasta que terminó la revolución.

Atl estiró el brazo, cogió su pipa y los cerillos; la encendió con las pupilas fijas en ese pequeñísimo volcán que ardía dentro de la cazoleta. El aroma a tabaco inglés se esparció a su alrededor.

—Sigue contando. —Exigió Nahui mientras, en esa noche tibia, sus

ojos iban de una estrella a otra.

—Regresé a México para unirme a los insurrectos en contra de Huerta, el usurpador.

—Ni me hables de ese infeliz. Oír su nombre me provoca náuseas. Huerta le temía a la fuerza de mi padre, así que, para deshacerse de él, lo envió a un congreso sobre armamento en Bélgica y, poco después, en un telegrama le anunció su despido.

Gerardo prefirió guardarse su opinión sobre el general, ¿para qué lastimar a la hija diciéndole que su padre era un traidor y asesino?

—Bueno —continuó—, el resto ya lo sabes. En agosto del catorce, Carranza me nombró jefe de propaganda y después, cuando la Secretaría de Instrucción Pública de Bellas Artes reinició las actividades que la revolución había interrumpido, me nombraron interventor de la Escuela Nacional de Bellas Artes, de la que luego fui director —dijo con aire jactancioso, sin mencionar que nueve meses más tarde lo destituyeron—. Ahora vamos a la cama, que mañana madrugo.

—¿Adónde vas?

—Recuerda que no nací pintor, sino caminante y caminar me ha conducido al amor por la naturaleza y al deseo de representarla.

—Eso no responde mi pregunta.

—Al Popocatépetl. Necesito oírlo respirar, hacer algunos apuntes y…

—No te vayas. Me da miedo que sea la última vez que te vea, que disfrute de tus caricias, de tus goces.

—Para ti, *mon dragon* —dijo con acento francés—, no son suficientes los paroxismos de la carne, necesitas más desahogo, escribir y gritar…

—Tú inflamas mi corazón y mi cerebro.

Atl se levantó; le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse, pero ella decidió permanecer bajo el cielo raso.

Los ojos de Carmen eran dos hojas que el viento agitaba: recorrían las manos de Lupe Marín, las de Manuel M. Ponce que danzaban al tocar un *fortissimo* en el piano de la casa Braniff. Un mesero uniformado y con guantes blancos servía café en tazas de porcelana inglesa. Roberto Montenegro anunció:

—Vasconcelos me ha nombrado jefe del Departamento de Artes Plásticas de la Secretaría de Educación Pública.

Bajo los altos techos de aquella mansión afrancesada, los invitados a la tertulia lo felicitaron. Atl sugirió abrir otra botella para brindar.

—¡Gran idea, Doctor! —exclamó Diego—. Algo con más cuerpo, ¿verdad, Carmencita? —Desde que el pintor le pidió que posara para él, así la llamaba.

El escote del vestido rojo dejaba sus hombros descubiertos. Nahui Olin, estrenando nombre, flotaba radiante en esa atmósfera de artistas. Resplandecía, satisfecha de haber cruzado la frontera que la separaba de aquella otra vida que la mantenía condenada, sujeta a un marido que la ahogaba. Jubilosa de vivir con un hombre que renovaba su valentía, su inteligencia, su voluptuosidad.

Sintiéndose dueña del exclaustro de La Merced, su escritura volvió a florecer: hilvanaba ideas impregnando páginas con su caligrafía uniforme, angulosa, inclinada a la derecha, hasta terminar *Óptica cerebral*, el primero de tres volúmenes.

—«Un libro extraño y bello, rutilante, pasional, escrito con violencia por una mujer maravillosa…», así te describen en este artículo —le comentó Gerardo acercándose el periódico a los ojos para observar la fotografía de Nahui—: «… Producto de una sensibilidad exquisita. Indudablemente que esta criatura está posesa y que en ella hay algo que la distingue de nuestras escritoras…». ¡Vaya! —agregó alzando las cejas—: También apunta que eres joven y bella.

—¿No dice que una lengua de fuego me persigue? —preguntó levantándose la falda.

No llevaba ropa interior. Se arrodilló frente a él, desabotonó su pantalón e introdujo la mano. Él soltó el diario; le acarició la cintura, presionó con las yemas de sus índices los hoyuelos arriba de las nalgas de Carmen; le rasgó la blusa, le besó el pecho, mordió el lóbulo de su oreja. Entre gemidos, Nahui rodeó con ambas manos el cuello de su amante y empezó a apretar.

—¿Qué hacías con esa fulana que vi salir hace un rato?

Ante el silencio, ella estrujó. La piel del vulcanólogo enrojeció al tiempo que se le dificultaba respirar.

—¡Contesta, viejo!

Él intentó apartarla pero ella, empleando toda su fuerza, lo fue estrangulando hasta que, satisfecha con el color encendido de la piel de Atl y las lágrimas que ya inundaban sus ojos desorbitados, lo soltó.

—Si vuelves a traer a tus putas, te mato, viejo libidinoso.

Se puso de pie, recogió la publicación y, desnuda, se tendió allí, en la

azotea, a leer lo que escribían de ella y de sus poemas dinámicos: «… revelan una personalidad pujante, audaz y sin prejuicios literarios… Caso único de mujer… Basta leer "El verde de oblicuos agujeros" para comprender que el reino de Nahui Olin no es de este mundo…».

> Perfora con tu falo mi carne —perfora mis entrañas— desbarata todo mi ser —bebe toda mi sangre y con la última gota que me quede yo escribiré esta palabra: te amo, y cuando esa sangre se haya secado, gritaré: te amo.
>
> Haz pedazos mi corazón —juega con él como un niño con un muñeco — rásgalo sin piedad, ¡oh, divino amor!
>
> Ama mi grandeza, ama mi dolor, ama mi amor…

Sentada sobre una barda de la azotea, Nahui redactaba otra de las muchas cartas que solía escribirle a su amante.

—Obregón aprobó la iniciativa de publicar una segunda edición del catálogo de *Las artes populares en México* —exclamó el Doctor Atl tras recoger la correspondencia—. ¡Y solo ha pasado un año desde la primera!

Nahui alzó la vista y de inmediato se contagió del entusiasmo de Gerardo.

—Estará mucho mejor organizada que la anterior y abundantemente ilustrada. Es un homenaje a las habilidades de nuestro pueblo. Y no dudo que atraerá al turismo y se consumirán productos típicos mexicanos.

—Por fin el gobierno empieza a reconocer el ingenio de nuestros indígenas —manifestó ella con evidente alegría.

—Así es. Montenegro me dijo que él y sus discípulos crearán nuevos motivos ornamentales en las vasijas de Tonalá. —Se quitó el sombrero de paja y entró a la casa.

Nahui lo siguió; acomodó la carta recién escrita en un frasco con pinceles y se pintó los labios.

—Nos vemos más tarde. —Se acercó a besarlo—. Tengo cita con Diego, la última, el mural está casi terminado.

—Salgo de excursión. Regreso en dos o tres días.

—Odio que te vayas.

—Para seguir pintando necesito paisajes… —dijo él mientras sacaba una camisa y la metía en un morral.

—¡Aborrezco tus ausencias! —gritó ella—. La casa se queda vacía y yo muy triste. Cuando te vas me dan ganas de huir.

—… subir montañas, oír su respiración. Estudiar la luz. Representar la

naturaleza…

—¿No oyes? ¿Estarás quedándote sordo, viejo loco?

Atl soltó el morral, la tomó de la cintura y apretó su cuerpo contra el de ella; bajó la mano y hundió el dedo medio en la división de las nalgas, que tanto le gustaban. Nahui lo besó y, dando jaloncitos a la barba de su amante, afirmó:

—No temas, amor mío, jamás huiré. Te esperaré desnuda y lista para ti.

Gerardo terminó de empacar, le besó la mejilla y salió.

Desde el umbral, lo vio desaparecer por la escalera.

Una tarde fresca de otoño aparecieron en la azotea dos jovencitas y Gerardo Murillo detrás de ellas. En cuanto su mirada se cruzó con la de Nahui, el hombre intuyó que el infierno estaba a punto de encenderse; un segundo después, tuvo la certeza: el verde de sus ojos se había transformado en un torbellino de celos y odio. Sin parpadear, como una ráfaga, Carmen avanzó.

—Estas señoritas solo quieren avistar la ciudad desde aquí —le explicó.

Pero Nahui había ensordecido. Un ventarrón la llevaba hacia las mujeres. *¡Que rueden por las escaleras!*

Abriendo los brazos, Atl se interpuso entre su amante y las jóvenes.

—¡Quítate, miserable! —gritó ella con el rostro encendido.

—¡Cálmate!

Las visitantes gritaban y, aterradas, huyeron escaleras abajo.

El vulcanólogo prensó las muñecas de Nahui, obligándola a retroceder. Sus rostros, muy juntos, exudaban hiel.

—¡Estás loca!

—Y tú eres un medicucho hijo de perra.

Imprimiendo más fuerza a sus manos, la derribó y la arrastró. El piso áspero hirió la piel de las piernas que esa mañana Gerardo había acariciado. La bata que la envolvía se abrió, rasgándose. Ella no dijo nada, ni una queja escapó de su boca.

Por fin, como si dejara caer una inmundicia, la soltó. Con los párpados entrecerrados, Nahui lo vio partir.

Esa tarde, al oírlo regresar, lo enfrentó desnuda en el umbral de la puerta. Al acercarse, Atl descubrió aquel cuerpo iluminado por el sol que, a punto de ocultarse, lanzaba una última llamarada. Sin detener sus pasos, perturbado, sabiéndose prisionero de aquella Venus, empezó a bajarse los pantalones. Con la otra mano prendió la cabellera dorada y la jaló,

obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Lamió su cuello. La fue empujando, la tumbó sobre la mesa, entre trapos manchados de pintura, copas con residuos de vino y platos sucios. Ella abrió las piernas sin dejar de observar el rostro ávido y febril del amante. Él la penetró, sacudiéndola con violencia.

—Eres diabólica. —Su voz era casi un gemido.

Los dedos de Nahui palparon la superficie de la mesa hasta hallar lo que buscaba; empuñó el cuchillo y lo hincó en el cuello de Atl.

—Soy tan noble que te perdono. Tú no puedes despreciarme. Te amo y soy capaz de matarte, viejo loco.

A pesar de que el telegrama iba dirigido a Carmen, Gerardo lo abrió. En sus exiguas palabras, transmitía el rencor de la remitente: Sra. Mercedes V. de Mondragón.

Pensativo, encendió su pipa, sondeando en el humo la mejor manera de darle la noticia a Nahui pero, ensimismado, no la oyó subir. Entre las volutas y a través de sus párpados entreabiertos, la miró: traía una paleta helada. *Grosella*, pensó al ver esos labios rojísimos que deseaba morder. Nahui sonrió, pero al instante frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

Él señaló el telegrama que había puesto en el antepecho del balcón. Los ojos verdes se posaron sobre el papel. Lo leyó. Muy despacio dejó la paleta. Sus manos y su cuerpo temblaban. Temblaba el piso en el que sus pies se hundían. Fijó la mirada en el vacío queriendo ver a su padre allí, elevándose, buscándola. Una señal, una palabra de despedida.

El cielo enorme y cárdeno parecía envolver únicamente el edificio donde ella había soñado con el regreso del padre.

Atl la rodeó con sus brazos. Carmen no hablaba, los recuerdos la paralizaron. Tampoco sentía ganas de llorar. Los minutos se deslizaban y la paleta se derretía formando un pequeño charco color sangre. Las gotas escurrían. No podía imaginar a su padre muerto. No. Lo veía lleno de vida, como aquella tarde en el muelle; el abrazo, sus cejas tupidas, sus dedos cerrándole el abrigo, desabotonando la blusa blanca, el cuello largo, la casaca, la hebilla del cinturón, el bigote haciéndole cosquillas…

—Él y yo nos entendíamos con los ojos —murmuró.

Atl le acarició la cabellera. *Está muerto el asesino*, repitió para sus adentros. Permanecieron así un rato hasta que ella se deshizo del abrazo.

—Déjame, quiero estar sola.

Mientras Gerardo volvía a concentrarse en un esbozo que planeaba convertir en un cuadro al óleo, ella buscó la última carta que su padre le había enviado tras la publicación de su libro *Óptica cerebral*. Sentada en el piso, leyó:

> … En tales condiciones, debes suponer que tu enfermito querido padre sufre, pero en cambio, se consuela con el bálsamo sagrado de tus triunfos, que me han causado tanto orgullo como satisfacción. Acabo de tener entre mis manos un periódico, *La Prensa*, que trae un extenso artículo altamente encomiástico de un señor Emilio Pisón para tu libro, en el cual copia uno de los poemas de dicho libro, el cual representa un profundo pensamiento que hace una revolución en la literatura moderna. Por lo pronto habrá cerebros que no lo entiendan, pero eso es por falta de educación sobre la parte clásica de la literatura moderna y del porvenir.

Las lágrimas anegaron sus ojos, distorsionando las palabras que vibraban en el papel y en su corazón de huérfana.

Óleo, tortilla, tabaco, café, trementina, guayabas, olores que flotaban en el cuarto, mientras Atl, con un esfumino, trazaba líneas sobre un cartón previamente oscurecido. Oyó la voz de Nahui a sus espaldas, pero no se dio vuelta hasta que ella repitió la frase:

—Me corté el pelo para amarte.

El vulcanólogo la observó unos segundos. Le parecía increíble que, aun calva, fuera tan hermosa.

—Ahora mismo voy a pintarte así. Y lo llamaré: *Nahui Olin pelona*.

Buscó a su alrededor. Halló un trozo de tela negra sobre una silla, la recogió y, tendiéndosela, le pidió que se desnudara y se envolviera en ella. Nahui obedeció; él destapó la caja de pasteles.

—Descúbrete el hombro izquierdo —ordenó mientras la contemplaba, vislumbrando el resultado de la obra—. ¡Así! De frente, pero gira un poco la cabeza a la izquierda.

Esa noche, después de amarse más de una vez, Atl escribió:

> Noche fugaz y eterna en que todo mi ser se apretó contra su ser, en que

todo su ser se abrió ante mi furia y se volcó sobre mí y me envolvió de lujurias… ¡Cuántas noches así se han seguido, llenas de sollozos y de aullidos, de caricias y de lágrimas de placer! Noches sin fin y sin principio, en que la virgen furiosa que había siempre soñado en el amor lo derramó sobre mí con voluptuosidades perversas. Ahora nos pertenecemos y nada existe fuera de nosotros.

En las altas terrazas de esta vieja casa se complace en solearse y en escribir después de amarnos. Extrañas cartas y extraña conducta, llenas de suavidad y de violencia. Y extraña inteligencia donde las oscuridades y las estrellas se suceden como en las profundidades del firmamento…

El sol del amanecer se deslizaba despacio; recorriendo el piso de tablas subió por el lecho hasta posarse en el muslo de Nahui. Alguien fuera del cuarto preguntó por el Doctor Atl. Ella, sin abrir los párpados, ardiente, lo buscó; palpó la sábana, supuso que era la tierra apisonada del mercado oaxaqueño del que habían regresado unos días antes. Quiso volver a hacer el amor allí, detrás de una cortina, entre vasijas y ollas de barro. Lo llamó, gritó su nombre. La respuesta fueron más golpecitos en la puerta. «Quién es», gritó desde la cama. De prisa, los pasos se alejaron. Abrió los ojos; se levantó. La ausencia del amante exacerbó su ira, sus celos. Empujó el florero; cientos de astillas cubrieron los claveles que Gerardo le había llevado la noche anterior. Su desnudez no la detuvo; salió de la vivienda y recorrió la azotea solo para comprobar que él se había marchado. Se puso un vestido y corrió al excolegio jesuita de San Pedro y San Pablo. Iba descalza, con el cabello cortísimo, empujando a quien se le atravesaba, asustando a los transeúntes. «¡Una loca se escapó del manicomio!», gritó una vieja pedigüeña.

Cruzó el atrio del edificio. Cegada por la furia y la oscuridad del interior, salió al patio trasero, y al doblar a la derecha, por fin vio su delgada figura sobre un andamio.

—¡Medicucho de quinta! ¡Miserable! —gritó acercándose—. Podrás cogerte a mil mujeres, pero ninguna como yo. Lárgate con tus prostitutas, pues como eres una bestia, eso mereces.

Gerardo apretó la mandíbula, separó el pincel del muro y fingió no oírla para evitar otra escena. Carmen, azuzada por el mutismo de Atl y las risitas de los discípulos, arremetió:

—¡Te arrancaré las barbas, hijo de la chingada! Mírame, deja de fingir sordera, grandísimo cabrón…

Él mordió el pincel y, con ambas manos, lanzó el contenido de una lata de pintura sobre Nahui. Un chorro negro alcanzó a cubrir un trozo del vestido

celeste; las gruesas gotas, como petróleo, escurrían de su hombro izquierdo.

—¡Cobarde! ¡Infeliz! Me comeré tu hígado en cuanto bajes de allí —los gritos retumbaban y el techo abovedado le devolvía sus alaridos.

Artistas, aprendices y curiosos la vieron alejarse. Las huellas de sus pies descalzos quedaron marcadas en el piso polvoso.

Esa noche, la luna llena plateaba los corredores y la azotea del exconvento de La Merced. Mientras Atl yacía hundido en un sueño profundo, los ojos de Nahui centelleaban de rabia. Desnuda, reclinada en el umbral de la puerta, mordiéndose la uña del pulgar, su mente giraba planeando venganza. Aún tenía restos de pintura en el brazo y el vestido, chorreado de negro, reposaba a sus pies, espectral testigo de aquella afrenta. Por momentos, la horrible mirada de *El hombre que salió del mar*, desde el muro en el que Atl trabajaba, aparecía frente a ella, fustigándola.

De pronto, sigilosamente, dio unos pasos. A tientas, buscó la pistola en el entrepaño, se sentó a horcajadas sobre Gerardo y apoyó el cañón en el pecho de su amante.

—Ora sí te mueres —le dijo.

Vio con satisfacción el pánico en las pupilas de Atl; su palidez intensificada por la luna; el sudor que empezaba a cubrir su frente; su rostro transformándose en una máscara de terror y la barba temblorosa.

Diestro y veloz, el vulcanólogo asió su muñeca para doblarle el brazo. Nahui, desconcertada, disparó una, dos veces. Tras el estallido, un silencio de muerte se instaló en el cuarto.

Largos segundos después oyeron, cada uno, la respiración aún agitada del otro. Atl metió la pistola debajo de su almohada. Sin una palabra, Nahui se acostó a su lado y, dándose la espalda, cerraron los ojos.

Al despertar, permanecieron un rato tendidos, en silencio, viendo el mapa amarillento que la humedad tatuaba en el techo. Se levantaron e, indiferentes, pisaron los agujeros y las astillas en las tablas del piso.

Acicalados y del brazo, Nahui Olin y el Doctor Atl asistieron a una fiesta organizada por Braniff.

Entre la concurrencia, Diego Rivera y un joven rubio de cara larga y frente amplísima observaban a la pareja que, junto a la chimenea, conversaba con Carlos Chávez.

—¡Qué mujer!, ¿verdad?

—Habría que ser de piedra para no enamorarse de ella —dijo el

estadounidense.

Diego soltó una carcajada, su barriga temblaba y el tequila que sostenía en la mano se derramó.

—Es Nahui Olin, amante del Doctor Atl —le informó al gringo luego de lamerse los dedos.

—Quiero retratarla.

Tina Modotti se unió al dúo de artistas. No necesitaba preguntar de qué o de quién hablaban, lo adivinó, pues ella también se había sentido atraída por esa mujer que, a pesar del cabello mal cortado y la exigua iluminación de la sala, lucía imponente.

Al descubrir a Diego, Nahui se acercó. Él, aprovechando que Lupe había ido al baño, le besó los labios. Tras presentarle a Tina Modotti y a Edward Weston, llamó a un mesero, quien les ofreció champaña, pero Diego lo mandó por la botella de tequila. Brindaron por el arte, por los amores y los placeres.

—He oído tanto de ti —murmuró la italiana muy cerca del oído de Carmen—. Creo que nos parecemos, no en el físico, claro, me refiero a nuestras… rarezas. —La sonrisa de Nahui era una invitación a que continuara —: Yo también me desnudo en la azotea del edificio.

—Es delicioso llenarse de sol, más aún después de hacer el amor.

—Solo lo hago de noche —respondió Tina.

—Experiméntalo una mañana, puedes venir a mi azotea y lo hacemos juntas. Déjate bañar por los rayos. El universo es un gozoso perfume… Por el impudor. —Alzó su copa.

Ambas, sonrientes, apuraron sus bebidas.

—Me gusta México. Vine hace dos años con mi marido —declaró Tina —. Él murió aquí de viruela, pero la verdad es que me enamoré de Edward antes de enviudar. A mí, como a él, me apasiona la fotografía.

—¡Otro aspecto que nos hermana! ¿Cuántas mujeres en este país viven con un hombre sin estar casadas con ellos?

—¡Quizá somos las únicas!

—¿Entonces eres fotógrafa? —Carmen extendió el brazo para que el mesero le sirviera más tequila.

—Sí, he aprendido mucho de Edward. Sin duda querrá retratarte — Tina elevó el tono—: ¿Verdad, *amore*?

—Siempre me han obsesionado los rostros —dijo Weston; sus pupilas exploraban el de Carmen—. La cámara debe usarse para plasmar la vida, para reflejar la auténtica sustancia y quintaesencia de las cosas, ya se trate de metal o de carne palpitante. Nahui Olin, permítame hacerle una sesión fotográfica.

—¡Claro!

Atl se aproximó.

—¿Conoces a *mister* Weston? —preguntó Nahui.

—Sí, nos presentaron alguna vez —respondió tendiéndole la mano al gringo.

—Va a retratarme.

—*Mister* Weston, lo invito…, perdón —agregó dirigiéndose a Tina—, los invito a mi casa para que conozcan mis libros y mi obra…

—Tu ¿qué? —gritó Carmen: su mirada era un látigo que azotó a Atl.

—Y, por supuesto, las pinturas de Nahui. Soy buen cocinero, así que lleguen hambrientos.

Unos días después, los cuatro se reunieron en el exconvento. Edward y Tina, maravillados, contemplaban las columnas labradas y los capiteles, los arcos dentados, las imágenes de santos esculpidas en las enjutas; los barandales de hierro en los que se inclinaron para apreciar la talavera cuyos azules y amarillos coloreaban el agua de la fuente en el patio. Luego subieron a la azotea; allí, en uno de los muros encalados que empezaba a desconcharse, se detuvieron, indiscretos, a leer un mensaje que, con letra enorme, Nahui le había escrito al Doctor:

> Me he aterrorizado de tanto pensar y no he podido impedirlo —entonces me he visto con un dominio que nunca había conquistado—, amor, amor —has llenado algunas horas—amor las horas de mi vida —juventud. Dolor —solo tú te quedarás con mi vida hasta que solo quede mi cadáver…

Imposible leer las últimas palabras que la humedad ya había devorado. En ese momento, Atl se atravesó y Weston, imaginándose la composición, le pidió permiso para fotografiarlo en ese preciso lugar. El pintor accedió y se colocó donde Weston le ordenó.

La italiana, con su vestido gris, botines negros y un sombrerito de fieltro, encendió un cigarro mientras Nahui le mostraba el autorretrato que estaba a punto de terminar.

—Al fondo pinté los jardines de Versalles.

—¿Por qué Versalles?

—De niña viví en París —le explicó.

Tina asintió maravillada ante el colorido de aquel óleo cuyo centro abarcaba el rostro enorme de Nahui, con sus colosales ojos y su boca de corazón. En un segundo caballete reposaba otra Nahui: *Esta, al pastel, es*

sombría, pensó la italiana. La modelo, con el cabello al rape y la mirada desviada, vestía una amorfa prenda negra. Sus labios, apretados, sufrientes, como ocultando una gran pena. El fondo iba del ocre al amarillo con pinceladas diagonales.

—Es de Atl —dijo Carmen.

—¡Qué distintos son! —exclamó Tina, sin dejar de mirar ambas obras.

—Un día bajé con la cabeza rapada. Atl pintó dos versiones de mí así, pelona.

Gerardo se ocupó en darle el último sazón al pozole que empezó a preparar esa mañana para halagar a sus invitados. Su compañera ofreció tequila y, en cuanto el chamaquito que les traía las tortillas regresó del mercado, se sentaron a comer. La plática se extendía, la bebida alargaba ideas y palabras. El sol inició su descenso y la sesión fotográfica de Nahui quedó planeada para el día siguiente.

—Retrato a quien conozco. Como te decía la otra noche, siempre me han obsesionado los rostros. Intento observar cada curva de la cara, por sutil que sea, cada músculo —explicó Weston mientras su nueva modelo contemplaba algunas imágenes colgadas en la pared del estudio donde trabajaba el gringo—. Ven, párate allí —dijo en tanto encuadraba el rostro de Nahui.

Por más que la miraba, no se acostumbraba a su belleza, a su felina sensualidad. El cabello tusado, el flequillo a media frente; el negro con el que delineó sus ojos le manchaba los párpados inferiores: nada lograba opacar la perfección de Carmen.

La retrató de pie, reclinada en un muro, de espaldas, vestida, desnuda; con la frente apoyada en una pared, de perfil… Sus pupilas no se cansaban de ver la deliciosa relación que existía entre esa boca, la nariz recta, el suave óvalo que formaba su cabeza y el verde profundo, azulado y mineral de aquellos ojos que embelesaban.

Carmen entró al café La Florentina y, sin detener sus pasos, buscó a Diego. En un instante dio con su enorme figura. Él se levantó, le besó los labios y apartó la silla para que se sentara.

—Ay, gordito, me contaron que estás matando de celos a Lupe y que maltratas al francesito.

—¿A Charlot? Puros cuentos, Carmencita.

—¿Para qué me citaste?

Diego la contempló unos segundos antes de responder:

—Como sabes, estoy trabajando en unos murales en la Secretaría de Educación Pública y quiero plasmar un ojo tuyo.

—A Lupe no le hará gracia. —Una sonrisa coqueta apareció en su rostro.

—Desde que te tuve en mi cama, cada vez que cierro los párpados veo tus ojos.

—¿Y cuando los abres?

—Las nalgas más cachondas de México.

—No eres al único que le sucede.

—Lupe fue a visitar a su familia. Vente conmigo y mañana me acompañas a la secretaría. Necesito un ojo tuyo, solo uno, para que mi mural esté completo.

Nahui se puso de pie. Diego se caló el sombrero, dejó una moneda en la mesa y salió tras ella. Afuera, Carmen volteó para quedar frente a frente: el sol daba de lleno en su rostro, arrancando destellos dorados y verdes a esas pupilas que el muralista tanto deseaba copiar.

—Esta noche y mi ojo te van a costar un ojo de la cara.

Él soltó una carcajada, la besó y, abrazados, se encaminaron hacia la calle de Mixcalco.

En cuanto cerró la puerta, la desnudó y fue a sentarse en un sillón. Su modelo inició una danza lenta y sensual: le ofrecía los pechos, se inclinaba; con una mano oprimía su entrepierna, con la otra introducía uno, dos dedos en su boca. Las imágenes impregnaban los enormes ojos del muralista que, impaciente, le pidió que se acercara. Ella se acomodó a horcajadas sobre el hombre, que ya tenía los pantalones desabrochados.

Liberándose de una maraña de nubes, el sol matutino entibiaba calles y cuerpos. El de Diego, enfundado en un overol salpicado de pintura; el de Carmen, cubierto por un vestido ligero con escote cuadrado y protegido por un sombrero negro de campana. En cuanto atravesaron las puertas de la Secretaría de Educación Pública, Nahui se detuvo, asombrada ante la sobriedad de aquel edificio de tres plantas e innumerables arcos que rodeaban el gran patio de piso ajedrezado.

—No me agrada la arquitectura, carece de vanos, pero en vano resultaría quejarme. Serán casi doscientos paneles. Ven, vamos caminando para que te explique. Hay dos patios. Este lo dedico al trabajo, mira —dijo señalando el primer mural de la izquierda—: alfareros, en seguida fundición, minería, liberación…

—¿Podemos ir más despacio? Me gustaría observarlos.

—Ya tendrás tiempo, ahora quiero enseñarte mi Festival de Día de

Muertos —dijo acelerando el paso.

Resignada, lo siguió por el corredor hasta el segundo patio. Al final, donde el edificio hacía esquina, Diego se detuvo.

—Aquí irá tu ojo.

A cierta distancia, Carmen contempló una multitud delante de tres enormes calaveras con sendas guitarras. Una monja, una vendedora de tacos a la izquierda y una gorda a la derecha. Sombreros, perfiles y máscaras. Se acercó a examinar el punto señalado por Diego, estudió las imágenes que rodeaban aquel espacio y, tras unos minutos, exclamó:

—¿En ese pedacito? Mmm… La de arriba ¿no es Lupe?

Él asintió.

—¡Y ese eres tú, gordito! ¿Apareceremos los tres celebrando el Día de los Santos Difuntos?

—Es mi festividad favorita.

—Bueno, me gusta que nuestro triángulo amoroso permanezca para toda la eternidad; mi ojo te espiará por siempre.

Un ayudante de Diego comenzó a mezclar los colores según las instrucciones del maestro, otro llegó con un manojo de pinceles recién lavados, un tercero se preparaba para disolver la cal en una cubeta de agua. Diego se disculpó, pues debía hablar con alguien que lo esperaba.

Del otro lado del patio, Jean Charlot, trepado en un andamio, descubrió la presencia de Carmen. Sin dudarlo, bajó a saludarla. Sus manos y el delantal estaban manchados de colores. La invitó a ver su obra. Blancos, azules y toques de amarillo formaban un mural más angosto que los de Diego, pero no menos impactante. Luego de conversar un rato, el francés se quitó los lentes redondos, sacó un pañuelo del bolsillo y dijo mientras los limpiaba:

—Carmen, desde que te conocí quiero dibujarte, si me lo permites, sin más intención que hacer una serie…

—¿Por qué tan nervioso? —Lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en el hombro del francés—. Posaré para ti, querido Jean. ¿Desnuda? Pues adelante. ¿La semana próxima? Avísame, estaré disponible.

Le besó la mejilla y se encaminó a alcanzar a Diego.

Con ojos de artista, en su estudio, Charlot dibujaba a Carmen en una pose que ella eligió para expresarse creativamente, según le dijo, mientras se quitaba la ropa y se envolvía en un trozo largo de tul negro. Pensó que sería un cuerpo más de los muchos que había copiado, pero este tenía algo que a los otros les

faltaba… *sensualité, volupté*…

Ella, viéndose reflejada en los lentes del francés, evocó su primer encuentro en París, en el Bateau-Lavoir.

—¿Te acuerdas, Jean?

—*Bien sûr*. A ti nadie te olvida, *ma chère.* En ese entonces, creí que jamás nos reencontraríamos.

—Me gustaste desde el primer momento, tan joven y educado.

—¿Has vuelto a ver a Manuel?

Nahui le lanzó una mirada fulminante.

—Contigo no se puede platicar, mejor me voy. —Dejó caer el tul y dio media vuelta.

—¡No! Por favor, no te vayas. Perdóname —rogó inclinando la cabeza —. Soy incapaz de molestarte, no pensé…

—Me quedo solo por el cariño que te tengo, Jean, pero te advierto que de ese pusilánime maricón no quiero oír ni su nombre. —Recogió el tul y volvió a la pose de perfil.

Cuando Charlot terminó la serie de dibujos, él y Carmen los contemplaron satisfechos y decidieron poner ambas firmas al calce.

—Doctor, allá abajo hay una monja —anunció el portero—, quiere hablar con usted.

—¡¿Monja?!, dile que no estoy.

—Dice que lo vio entrar hace un rato.

Atl, con fastidio, seguro de que la religiosa le pediría dinero, bajó al patio. Ahí, junto a la fuente, se topó con una mujer que, si bien no vestía los hábitos, llevaba toca y falda larga. Su rostro arrugado era de facciones suaves y una sonrisa dulce.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirle?

—Buenos días, señor Murillo, me llamo Marie Louise Cresence, durante muchos años fui maestra del Colegio Francés de Santa María. —Arrastraba las erres y su acento evidenciaba su origen—. Me he enterado de que es usted amigo de una exalumna mía.

El hombre arqueó las cejas, perplejo ante aquella inesperada coincidencia. *Se habrá equivocado,* pensó, pero la curiosidad le cerró los labios.

—Pregunté por ella al joven que abrió la puerta, no supo decirme si se encuentra aquí; me refiero a Carmen Mondragón.

—Salió temprano e ignoro cuándo regresará.

—Aunque me gustaría mucho saludarla, me es imposible esperar: mañana parto hacia Francia. Voy a dejarle algo que le pertenece a ella, le agradecería si se lo puede usted entregar.

—Sin duda, *madame*.

La mujer extrajo de una alforja un cuaderno de tapas color canela; antes de alargar el brazo, agregó:

—En estas páginas se encuentran las palabras que Carmen Mondragón escribió a los diez años. Era una niña poco común, comprendía los conceptos como ninguna otra de las muchas alumnas que Dios puso bajo mi tutela. Carmen era tan intuitiva… Hablaba un perfecto francés y a pesar de escribir cosas… —alzó la vista en busca de la palabra adecuada—, extravagantes, alejadas de las normas religiosas de nuestra escuela e inusuales en una niña de esa edad, a mí me maravillaba. Había ocasiones en que estaba triste. —Dirigió la vista al piso; se mordió el labio inferior y por fin dejó el cuaderno en manos del hombre—. Ahora, con su permiso, me retiro.

El Doctor Atl le aseguró que cumpliría con el encargo, le dio las gracias y la acompañó hasta la puerta. Luego, tumbado en un viejo sillón, con la pipa apagada entre sus dedos, comenzó a leer. Desde la primera página quedó atónito:

> —Soy un ser incomprendido que se ahoga en el volcán de pasiones, ideas, sensaciones, pensamientos y creaciones que ya no pueden contenerse en mi seno; estoy, pues, destinada a morir de amor, del único amor para el que mi alma fue creada, para alimentarlo, y del cual debo ser la más fiel vestal de mi templo sagrado de amor. —¿Pero qué digo?, soy feliz y no lo soy. ¿Por qué no lo soy?, no soy feliz porque la vida no ha sido hecha para mí, porque soy una llama devorada por sí misma y que nada puede apagarla, porque no he vivido con libertad la vida privándome de los derechos a saborear los placeres, siendo destinada a ser vendida, como las esclavas en otros tiempos, a un marido. Protesto, a pesar de mi edad, por quien está bajo la tutela de los padres.
>
> —Pero ¿para qué ser tan comprensiva, tanto, si se me obliga a vivir primero bajo la tutela rigurosa de mis padres y luego bajo la de un marido? Así, la mujer se…

Atl leía sin detenerse, sin dar crédito a aquellas palabras concebidas por una escuincla de diez años.

—¿Qué te tiene tan absorto?

La voz de Nahui lo sobresaltó.

—Aunque te diera cien oportunidades, no lo adivinarías —le ofreció el cuaderno.

Carmen lo reconoció de inmediato. Lo hojeó, incrédula de tener en sus manos, después de dos décadas, aquellos textos que nunca esperó volver a ver.

—¿Dónde lo encontraste?

—Vino tu maestra a devolvértelo.

—¿Ella? ¿*Madame* Marie Louise vive? ¿Estuvo aquí? —Lanzó un profundo suspiro—. Lo escribí a los diez años, cuando iba al colegio. Acostumbraba llenar páginas con versos y reflexiones. En esa época, 1904, le regalé este cuaderno porque era mi maestra preferida. Ella reconocía mi talento, mi inteligencia y comprendía mis prematuras ansias de libertad. No lo puedo creer…

—Vamos a publicarlo.

—¿De veras?

—Sí, lo que he leído es muy bello y los temas son pujantes.

Nahui se sentó en el pretil de cantera a repasar sus escritos. Algunos los leía de prisa, otros la obligaban a detenerse, pues los recuerdos llegaban en oleadas, inasibles, imágenes intermitentes que la estremecían: bancos negros en el salón de clases, la sensación de hallarse encadenada, fingiendo, las ansias de gozo, la monotonía, el aburrimiento y las voces nocturnas. El tono rosado que atravesaba la ventana, ese éter que coloreaba su desnudez; revelaciones, sueños agitados, manos imperiosas que descubrían su sexo; un rifle; labios rojos, silenciosos, sensuales, carnosos. Piel broncínea; ojos enormes, de carbón, voz suave. Cejas tupidas, pómulos prominentes. Los dos cuerpos se zambullen en el agua y, ahí, sus sexos se encuentran y el mundo a su alrededor desaparece.

Lo revisó. Con la intención de publicarlo, intercaló mayúsculas con minúsculas, resaltó unas palabras más oscuras que otras; y en ciertas partes, aumentó la sangría para que el texto no fuera una masa de letras, sino que formara figuras piramidales. Cuando acudió a los talleres de la imprenta Franco-Mexicana del brazo de Atl, advirtió que ella misma revisaría las galeras, pues el libro debía salir a su gusto. Agregó una dedicatoria en francés, que en español rezaba:

> Amigos míos:
> Este libro, que surge de mi borrador del colegio, escrito a los diez años de edad —y que me recuerda castigos y malas calificaciones— es un regalo que ofrezco a mi maestra *madame* Marie Cresence —directora del Colegio

Santa María en México—, espíritu muy notable por su inteligencia y equilibrio, mujer de una comprensión admirable que penetró en mi cerebro de niña y en este libro, que es un producto pobre de mi rebelión —de mi misma personalidad ante el destino.

De amor, cerebro y carne he sido hecha —tres cosas indefinibles e incomprensibles para los hombres—; mi inconformidad es el tormento que me aísla y me desvía de la vida en la que la mediocridad limita la adaptación y encuentra conformidad.

Nahui Olin

En julio, pocos días después de su cumpleaños número treinta, tuvo entre sus manos *À dix ans sur mon pupitre*.

Tumbada en el lecho, entre sábanas revueltas, Nahui miraba al Doctor Atl anudándose la corbata.

—¿A dónde vas tan elegante? —preguntó luego de bostezar.

—Pani me invita a una tertulia para organizar una exposición. Y ni hagas rabietas porque voy sin ti; odio esas reuniones llenas de gente presuntuosa. Asistiré porque quiero seguir con las exposiciones de arte popular y ganar algún dinerito extra —dijo tomando su sombrero.

—¿Te largas sin despedirte? —gritó al verlo salir.

Atl no respondió.

El sol, que en ese instante rozó la esquina formada por el baúl y el muro, lanzó un destello que atrajo a la escritora. Se acercó. Frunciendo el ceño, recogió el objeto: un arete de plata con diamantes falsos. Lo empuñó con tal fuerza que el metal hirió su palma.

—¡Hombre vil y rastrero! Debes morir, sí, morirte como el insecto que eres. Una cuchillada por cada una de tus infidelidades. —Sus gritos latigueaban el cuarto—. Mi lumbre te alcanzará donde estés. —Arrancó los libros del estante y los lanzó al piso—. ¡Envidias mi talento! Eres un reptil, no sabes apreciar mi inteligencia ni mi belleza.

Un nuevo destello llamó su atención: los rayos solares atravesaban la botella de tequila. Le dio unos sorbos y, con la garganta lastimada de tanto gritar, continuó con la voz ronca:

—Si supiera dónde andas, ahora mismo iría a asesinarte, medicucho de mierda, te asesinaría frente a todos… ¿O fue mentira lo de la reunión? ¿Estás

con tus putas?

Volvió a beber; las punzadas que martirizaban sus sienes se atenuaron. Entró al estudio, se dirigió al caballete donde Atl tenía un cuadro casi listo. Por un rato permaneció quieta, observando los troncos deshojados y raquíticos, la barranca; atrás, unos cerros. Empuñó una espátula, la sostuvo un momento, y luego la dejó caer al piso. Su vista se centró en el volcán y allí, en el cráter, donde el pincel había plasmado humo y llamas, clavó el pivote del arete. En sus ojos vibró una sonrisa aguda.

Carmen caminaba tan aprisa que los estibadores apenas podían seguirle el paso. Sobre su espalda, el más joven acarreaba un enorme baúl; con una mano se ayudaba a sostenerlo, en la otra llevaba tres cajas de sombreros y dos cuadros sin terminar. El mayor cargaba dos maletas y un morral. Ella, su estuche de pinturas y una saña que brotaba por cada poro de su piel.

Iba decidida, sin hacerse a un lado; eran los demás los que, al cruzarse con ella, debían pegarse a las fachadas o bajar de la acera para cederle paso a esa mujer cuyos ojos lanzaban chispas letales. En 5 de Febrero giró a la derecha, se detuvo en el número 18 y golpeó con la aldaba. Cuando abrieron el portón, Nahui hizo señas a los cargadores. Al entrar al pequeño patio y ver las escaleras, resoplaron. El sudor les cubría la cara y les mojaba la ropa, pero sin queja emprendieron el ascenso hasta la azotea.

Viejo cabrón, debí sacarle los ojos, que se vayan a la chingada él y sus putas, rumiaba mientras subía a su nueva morada. *Puse a sus pies cuanto hay dentro y fuera de mí, pero el muy tirano no supo apreciarme. Nunca más tendrás mis besos, ni mi sexo se abrirá para ti. No volveré la cara. Que se quede emborrachándose con sus pirujas.*

El portero, silencioso, trepó detrás de la nueva inquilina. Desde que le entregó las llaves de la casita de la azotea esa mañana, no había podido dejar de pensar en ella. ¡Qué no daría por acercarse, tocar esa piel, olerla, ver de cerca sus ojos!

—¿Va usté a vivir solita? —le preguntó—. No es que sea yo metiche, señito, es que dicen que el fantasma de don Gaspar todavía se da sus vueltas por aquí.

—¿Y ese quién es?

—Uno que mató a su esposa porque la cortejaba un hombre que, al notarla distraída, le puso un anillo de brillantes en el dedo. Don Gaspar lo buscó, pero como el alevoso se dio a la fuga, el agraviado apuñaló a su mujer,

se quitó la vida y clavó el cuchillo con el anillo en esa pared.

Carmen no miró hacia donde señalaba el portero. Deseaba soledad para adueñarse de su casa, de esa nueva azotea, menos grande, pero tan llena de sol como la otra; desperdigar su ropa como le viniera en gana, escribir y pintar.

Les pagó a los estibadores y cerró la puerta.

El amanecer la encontró atravesada en la cama, desnuda, feliz de estrenar su soledad. Más tarde, salió a la terraza y respiró profundamente alzando los brazos, llenándose de luz. Los rayos matinales la envolvieron, cobrizando su piel. Entró y, sin vestirse, tomó una naranja, la cortó y exprimió el jugo dentro de su boca. Algunas gotas resbalaron por su cuello. Sacó un chal de seda y lo extendió en el sofá que el inquilino anterior había abandonado. Ahí, arrellanada, observó sus manos, los dedos y las uñas rojas sobre el terciopelo azul del tapiz. *Sola por primera vez,* pensó al ver el boceto que asomaba entre los papeles dentro del morral. Era ella a lápiz y carbón. Atl la había dibujado con un vestido sencillo, sentada en el pretil de la azotea con un libro abierto sobre las rodillas. «Libre», dijo en voz alta, «libre y sola por primera vez», repitió. «Soy creadora de mundos, fuego en continua renovación».

Se puso de pie y apoyó uno de sus cuadros en la pared. *Debo terminarlo*. Sin embargo, en ese momento no tuvo ánimo para instalar el caballete, sacar los pinceles y las pinturas. Miró el reloj y decidió ir a la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Leandro Izaguirre, reclinado en una de las columnas del primer piso, la vio cruzar el patio. Ella se detuvo inesperadamente y levantó la cabeza. El hombre permaneció inmóvil, deseando ser él a quien esa mujer buscaba. La perdió por unos segundos; luego reapareció tras subir la escalera. A medida que se acercaba, Leandro sintió un tirón en el estómago que le contrajo los músculos. Carmen le ofreció la mano; él la tomó sin despegar la mirada de aquellos ojos que, estaba seguro, pertenecían a algún animal fabuloso.

—Maestro, soy su nueva alumna, Nahui Olin.

Las clases de dibujo iniciaron: lápiz, papel, carboncillo; un roce de manos, otro más largo; rosas rojas atadas con un listón de seda; vino tinto, un beso, dos y tres; caricias que se alargaban sobre un sofá, el vestido deslizándose hasta el suelo, dedos buscando texturas nuevas, dos bocas acoplándose y, al despegarse, gemidos. El anochecer los atrapó juntos, en un abrazo que ninguno deseaba terminar.

Tumbada en un diván, apenas cubierta por una gasa con la que Leandro

solía matizar el brillo del sol que, en las tardes, inundaba su estudio, Nahui lo veía pintar a Mefistófeles detrás de un Fausto ya casi terminado. Mientras mordía la manzana que hacía un momento ella acababa de dibujar, pensó en la diferencia de edades: *Atl es dieciocho años mayor que yo, y Leandro, veintiocho*. Le gustaba la seriedad de Leandro y la elegancia de sus ademanes, su generosidad. Dejó caer la fruta al piso, se levantó e introdujo la mano dentro de los pantalones de su maestro. El pincel, empapado en acuarela púrpura, pasó del papel al pecho izquierdo de su amante, donde delineó, partiendo del pezón, una espiral que se diluyó hasta desaparecer. Su lengua hizo lo mismo en el seno derecho, pero en sentido opuesto y, al llegar a la cúspide, ansioso, tomó a la mujer en brazos y la llevó al sofá. Desde que hicieron el amor por primera vez, esa fue la primera ocasión en que extrañó la ferocidad de sus relaciones con Atl, las amenazas, los castigos.

—¡Vete!

Con una mezcla de azoro y miedo, el muchachito se incorporó y, aturdido, buscó su ropa en el piso. La voz de la mujer que, sin darse vuelta, le había ordenado que se fuera, retumbaba en sus oídos. Levantó la camisa, se la puso al revés; con manos temblorosas, logró acomodarse los pantalones; revolvió las sábanas en busca de los calcetines, halló uno. Se calzó los zapatos desgastados que había dejado ocultos detrás de la puerta y salió corriendo. ¿Qué le dirá a su madre cuando le pregunte por el otro calcetín? Al llegar a la planta baja no pudo evitar subir la vista hacia la azotea. Quería ver, aunque fuera por última vez, ese rostro que le parecía el de una virgen de un país lejano. Pero ella no se asomó. Entonces se dirigió al mercado. Si no fuera por ese olor indescriptible que aún llevaba en la piel, juraría haberlo soñado… Olfateó su antebrazo, su mano derecha y cerró los párpados para que el aroma penetrara hasta su alma. Cómo le gustaría platicarles a sus compañeros que aquella señora, la que le compró las naranjas, la de los ojos de jade, lo llevó a su cama. Nadie iba a creerle porque ni él mismo lo creía.

Nahui sacudió las sábanas para deshacerse del olor que el chamaco había dejado en ellas. Luego se dio un baño con sales aromáticas y aceite de lavanda. De aquel joven le gustó su sonrisa, su timidez, a diferencia del de la semana pasada, tan bruto. Solo porque le hizo gracia que le ofreciera la botella de la que estaba tomando, mientras ella curioseaba en el puesto de flores. ¿Qué era, pulque? Ya ni se acordaba. Hacía tanto calor que aceptó darle unos tragos. ¡Y el piropo! Carmen sonrió al acordarse: *Si tus piernas son las vías,*

¡cómo estará la estación! Una vez saciados sus ardores, lo despidió. El hombre intentó besarle los labios, ella lo empujó a la puerta. Si el portero no hubiera oído sus gritos, quién sabe cómo hubiera acabado aquello. *Bueno, les di algo para recordar el resto de sus días.*

Envuelta en una sedosa bata color durazno, salió a la terraza donde la esperaba el caballete con el cuadro ya empezado. Inhaló profundamente, cerró los párpados y retuvo un momento el aire; al expulsarlo sintió su cuerpo más ligero y su mente relajada. Sin necesidad de una fotografía, evocó el rostro de su padre. Lo tenía allí, frente a ella, solo que ahora debía imaginarlo sin vida, sin esa sonrisa astuta ni aquel brillo socarrón en las pupilas.

Antes de tomar los pinceles, fue a buscar aquel recorte de periódico que guardaba en un sobre junto con las cartas que él le había enviado:

> El general Mondragón, casi en artículo de muerte, habla a *El Universal* por última vez de los sucesos de la Ciudadela.
>
> Señala como responsables de los asesinatos de don Gustavo Madero y don Adolfo Bassó a sus custodios…

Vio, con un dolor que trepidaba en su pecho, a ese hombre valiente transformado en una fotografía periodística. El reportero, que había viajado a San Sebastián para entrevistarlo, lo retrató así, en su cama, y sobre la mesita de junto, frascos con remedios que no lograron remediar nada. Lucía flaquísimo, cadavérico. Por si fuera poco, aquel fulano había escrito que, al verlo moribundo, se dio cuenta de que el tema de la conversación podía producir terribles consecuencias en el enfermo y que, ahí mismo, frente a él, le habían inyectado alcanfor para que aguantara el esfuerzo y la angustia. «Y tú, mamá», dijo Carmen en voz alta, «lo permitiste». La entrevista tuvo lugar en agosto. El artículo estaba fechado el domingo 24 de septiembre de 1922, *cuatro días antes de tu fallecimiento.* «Moriste lejos de mí», le dijo, mientras guardaba el recorte dentro del sobre.

Tras un suspiro, regresó al caballete. Pinceladas blancas, una pizca de azul, verde y sepia para resaltar los pómulos; negro el cabello, las cejas y el gran bigote; un toque de amarillo para los párpados del cadáver de un hombre que jamás debió morir. Por eso le pintó una corona de laurel. *Emblema de gloria, porque eres inmortal, héroe y sabio, papá. Hojas siempre verdes, como los ojos con los que te miro. Ya ves, soy como tú, de las que tuercen el destino de la gente. Siempre me decías que el mundo es de los fuertes.* Por un momento pensó en abrirle los ojos; lo observó un rato. Los dejó cerrados.

Carmen hizo subir un piano hasta su casa. Además de prometerle a cada uno de los cargadores una foto donde aparecía desnuda, les ofreció la nada despreciable cantidad de cuarenta centavos. Semanas antes había empezado una pieza musical y se negaba a seguir yendo a casa de Braniff a pedir, como quien no quiere la cosa, que le prestara su piano.

Aunque prefería uno de cola, debió conformarse con el vertical de segunda mano. «Por fin, mi cosmos está completo», dijo mirando su entorno: música, pintura y letras; esculturas, fotografías, libros y la máquina de escribir. Objetos necesarios para mantener un diálogo perpetuo con ella misma y, quizá, con los ausentes.

El recuerdo de otras casas que habitó pasó frente a ella. Neuilly, cortinajes de terciopelo y la ventana por la que se asomaba a ver la torre Eiffel como un coloso que se elevaba en la noche parisina. Dos sarapes arrugados sobre una tabla y aquel baño en el que pasó horas encerrada, desnuda, esperando que Atl la liberara. Un rincón donde varios fusiles permanecían reclinados, intocables, como piezas decorativas. La habitación de techos altos, un candil y pinturas de animales negros. El despacho oscuro, el tintero sobre el escritorio, el olor a puro. Un comedor, floreros, porcelanas y una mesa larga rodeada por sillas tapizadas de brocado; en una, la que se ubica en la cabecera, su padre; ella, a horcajadas sobre sus piernas, le sostiene la mirada mientras él le desabotona la blusa del uniforme escolar. Una cocina, vasijas de terracota, el fuego encendido en una chimenea. Un piano, muebles de cuero color marrón y un tigre enseñando los dientes.

Tomó su libro *Câlinement je suis dedans* y buscó el poema «Sin cesar». Y así, de pie, leyó:

Sin cesar
tus caricias
yo las quiero
por todas partes
por todas partes
yo las quiero
sin cesar
por todas partes
por todas partes
tus caricias
pasan
sin cesar
por donde yo quiero

sin cesar
tú acaricias
con tus ojos
por todas partes
por todas partes
por donde yo quiero
sin cesar
tú acaricias
con tu boca
que toca
por todas partes
por todas partes
sin cesar…

Continuó hasta terminarlo y después lo leyó en voz alta, como en un teatro frente a su público.

Dejó el libro sobre la mesita y, antes de sentarse al piano, fue por las partituras. Su composición se titulaba *Mon Esprit est une Harmonie,* la primera parte de un concierto que planeaba adecuar a una orquesta.

Carmen despertó nostálgica. Acarició las sábanas arrugadas y de repente extrañó el olor del tabaco que fumaba Gerardo. Se le antojó comprar una pipa igual a la suya y aprender a usarla. Luego recordó a su padre; la hacienda donde solía cabalgar desnuda; el sabor de la salsa bearnesa que preparaba la cocinera. Se sentó, dobló las piernas y apoyó la frente en ellas. Rebuscó entre todo lo que aleteaba en su fuero interno, pero pronto decidió que la nostalgia era autocomplacencia y se rehusó a permanecer atascada en el pasado, *un tiempo ya perdido,* concluyó al incorporarse. Salió a la terraza y miró el sol, que en ese momento le entibió el cuerpo.

—Soy como tú —le dijo—, de mí parten setenta y cinco rayos. Yo también me renuevo cada mañana, sin fin.

Poco después llamaron a la puerta. Era Matías Santoyo, a quien había conocido en las clases de dibujo.

—¡Qué sorpresa! ¿Dónde andabas?

—En Nueva York —respondió él.

Nahui estiró el brazo e introdujo los dedos de una mano en la

abundante cabellera del hombre, atrayéndolo hacia su rostro para besarlo. Luego de relamerse los labios como un gato, lo invitó a tomar asiento en el sofá.

—Tu fama de caricaturista se extiende por el mundo. Cuéntame tus aventuras.

A Matías le causó gracia el comentario. La inquietud que Nahui le provocaba le impidió reclinarse, así que, sentado en la orilla, le platicó que había logrado exponer varias caricaturas de gringos célebres y publicar otras en algunos periódicos.

—También diseñé varias escenografías para teatros estadounidenses. Pero la locura se desató cuando salió un dibujo mío en la portada de una revista importante que se llama *The New Yorker*.

—Yo vi una de tus caricaturas en… ¿cuál fue? ¡Ah! En *Life*. —Inclinó la cabeza y posó los pies en el regazo de Matías.

Él los acarició; con el pulgar presionó la planta del derecho, luego lo elevó hasta su boca. Chupó los dedos, uno por uno, sin dejar de ver el rostro de Carmen. Ella también lo miraba; sus labios entreabiertos, la lengua asomando apenas por la comisura, mientras la de él lamía el empeine e iba recorriendo, milímetro a milímetro, las piernas que, abruptamente, separó. Carmen quedó acostada y Matías sobre ella, besándole el cuello, luego un seno, su mano acariciaba el otro. Se incorporó y, en tanto se quitaba los pantalones, contempló aquel cuerpo que tenía allí, para él. Le hizo el amor con una delicadeza que ella desconocía, aún más suave que Leandro.

Después, abrazados, tibios bajo los rayos que desde la ventana los cubrían como gasa bruñida, Matías le dijo:

—Tu nombre surgió en una conversación y me jacté de conocerte. —Estiró el brazo y sacó del bolsillo del pantalón una de las fotos que le había hecho Weston—. Mira, siempre te llevo conmigo.

—Según Tina, mis retratos han llegado hasta Alemania. Pero dime, ¿con quién me presumiste?

—Con Rex Ingram, director y productor —exclamó ufano.

—No sé quién es.

—Pronto lo sabrás —hizo una pausa para aumentar la sorpresa—, quiere conocerte.

Carmen saltó, sus enormes ojos, aún más grandes, perforaron los de Matías.

—¿En serio?

—Te traigo una invitación de su puño y letra. —Buscó en el mismo bolsillo una hoja membretada de la Metro Goldwyn Mayer.

Así, desnuda, se sentó a leer. Luego alzó la vista, en la pared vio una

gran pantalla y en el centro a ella, de frente y girando en un parque apoyada en el tronco de un árbol, luciendo un sombrero…

Matías interrumpió sus ensoñaciones:

—¿Qué opinas?

—¡Un director de Hollywood quiere hacerme unas pruebas! —Una luz intensa iluminaba su semblante.

—Y no es cualquiera, ¿eh? Ha dirigido a Rodolfo Valentino.

Carmen le echó los brazos al cuello, besó su boca, su barbilla, le mordisqueó una oreja y volvieron a hacer el amor, esta vez apasionadamente, con prisa.

Dos reporteros enviados por la Metro los esperaban en el vestíbulo del hotel Biltmore, en pleno centro de Los Ángeles. En cuanto la pareja atravesó las puertas, los *flashes* relampaguearon sobre ellos. Antes de subir al ascensor, entre los paneles de roble y los frescos que decoraban las paredes, Nahui Olin dio la primera entrevista. La excitación apresuraba sus respuestas: «Sí, me siento halagada». «Por supuesto, me encantaría ser la próxima estrella del cine norteamericano». «Muy feliz de encontrarme aquí». «Claro, estoy dispuesta a permanecer un tiempo en Los Ángeles…».

La sesión fotográfica inició luego de que Nahui aceptara hacerla sin ropa. «*In artistic poses, of course*», aclaró Ingram. Como siempre, ella eligió las posturas, los ademanes y los objetos que usaría para cada retrato. Pidió un mantón que cruzó al frente: los flecos se separaban mostrando sus pechos y apenas cubrían su vello púbico. Apareció de perfil, mirando desafiante a la cámara, o con la vista baja, simulando un pudor que no sentía. Con un brazo apoyado en la pared, el otro cayendo, descuidadamente. Alzando la cabeza; inclinándola, sensual, retadora.

Feliz, cada noche se dejaba amar por Matías. Fueron al Teatro Chino, se fotografiaron con los *chinese heaven dogs* que protegían la entrada y pasearon por las calles buscando, sin éxito, encontrar estrellas hollywoodenses.

Una tarde, mientras Nahui se daba un largo baño de tina, Matías se reunió con un amigo que trabajaba para Ingram.

—Necesitas saber —le dijo el gringo— que los comentarios acerca de Nahui Olin no son favorables. En el estudio dicen que llegó una mexicana creyendo que si abría las piernas volaría a la cima de la fama.

—No hablaré de su inteligencia, porque asumo que no es lo que ustedes buscan en una mujer —hablaba despacio, buscando las palabras adecuadas—;

mas no negarán que es muy hermosa. Lo tiene todo: cuerpo de Venus, rostro perfecto y un cabello…

—*Of course, she is beautiful,* ni parece mexicana. Pero como verás —el estadounidense abarcó con un brazo cuanto los rodeaba—, bellezas aquí no faltan.

Matías se tragó esas palabras ayudándose con el agua helada que la mesera había dejado sobre la mesa.

Pensando en la reacción de Carmen, caminó sin apuro al hotel. *¿Se sentirá agredida? O quizá, con tal de aparecer en el cine, no le importen los rumores…*

Pero no hubo oportunidad de decírselo: cuando Nahui leyó el libreto, furiosa, gritó que todos esos mafiosos podían calcinarse en el infierno. Matías, apenado, no atinaba a hablar. Recostada sobre las almohadas de la enorme cama que compartían, aventó las páginas al piso.

—¡No ven mi talento, solo mi cuerpo! Quieren mi desnudez para filmar películas vulgares. —De pie, agarró una pantufla y la arrojó al espejo del tocador—. Ve a decirle a tu amigo que no vendo mi cuerpo, retratarme desnuda es mi manera de expresarme. ¡Frívolos! No soy un objeto sexual.

A sus veintidós años, sensible y enamorado, Matías no tuvo más remedio que ir a la Metro y anunciar la decisión de Carmen.

Ese mismo día, debieron abandonar el hotel.

En la calle, arrastrando las maletas, la caja de sombreros y la desilusión, se miraron. Él ya se había disculpado tantas veces que Nahui, enternecida, sugirió:

—Busquemos un lugar barato y gocemos dos noches más.

Como Edward Weston vivía en Los Ángeles, habían planeado visitarlo desde que salieron de México. Ella le llevaba de regalo un libro que había publicado al principiar ese año, se titulaba *Nahui-Olin*. Eran solo ocho páginas pero lo mostraba con orgullo, pues había pagado la edición con el escaso sueldo que recibía de maestra. «Aunque no lo crean», decía, «pasé hambre para poder financiarlo». Además, una de las fotografías que Weston le había tomado aparecía en la página preliminar. Una imagen que, si bien no era la favorita de Edward, a ella le gustaba porque el efecto de la luz, que la iluminaba desde abajo, convertía su rostro en una máscara fantasmal.

—Ya conoces mi fascinación por los rostros —dijo Weston—, gozo el instante en que se manifiestan esas inasequibles sinuosidades en los músculos faciales, y sin duda —agregó con los ojos fijos en los de ella—, el retrato más bello que hice en esa época fue el tuyo. Como le dije a Diego Rivera el día que te conocí: habría que ser de piedra para no enamorarse de esa mujer.

De regreso en la capital mexicana, Nahui pintó dos cuadros más de Matías. Él le escribía cartas apasionadas. Le juraba amor, pero el día que la vio besando a un hombre en la entrada del edificio, frenético, empezó a golpear el muro.

—¿Pretendes que te sea fiel? —Carmen lanzó una sonora carcajada—. Vete al diablo.

—Si me dejas me suicido.

—Por mí te puedes meter un balazo —le contestó sin alterarse.

Al día siguiente recibió una carta: «No se culpe a nadie de mi muerte, me mato porque quiero. Agosto 24/28». Seis semanas después llegó otra: «Hoy me mato porque Nahui no me quiere. Octubre 4/28». Las notas continuaron hasta que Matías se fue a Cuernavaca a pintar unos murales por encargo.

Tina Modotti probó el mezcal; su gesto le arrancó a Nahui una carcajada.

—Dale otro trago para que te acostumbres al sabor —la animó antes de vaciar su propio vaso—. ¿Hace cuánto que vives en México?

—Hace cinco años.

—¿Sin probar el mezcal? Entonces, ¿qué bebes?

—Vino o tequila, a veces aguardiente.

—¿Por qué te quedaste en esta ciudad, Tina?

—México es el país ideal para los extranjeros. Hay libertad, los hombres no van al ejército, tiene un clima amable, colores deslumbrantes. El idioma es suave, como el italiano, comida deliciosa ¡y el chocolate! —agregó con una amplia sonrisa—. Fue fácil convencer a Edward y él no dudó en dejar allá, en Los Ángeles, a su esposa y a tres de sus cuatro hijos. El mayor vino con nosotros. Ed le dijo a su señora que me había contratado de *babysitter* y ella hasta me pidió que los cuidara, imagínate. —Se quitó el sombrero; el cabello, restirado hacia atrás, cubría completamente sus orejas.

Mientras la observaba, Carmen decidió omitir la visita que le había hecho a Weston el mes anterior.

—Nunca entendí por qué se separaron.

La italiana suspiró antes de confesar:

—Nuestros caminos se bifurcaron. Cada día él se decepcionaba más de México. No sé si te acuerdas de aquel senador amigo de Edward, Manuel Hernández Galván —Nahui lo negó—; desde que lo asesinaron en una balacera, la fascinación de Ed por este país empezó a desvanecerse. Le resultaba absurdo el desprecio que los mexicanos le tienen a la vida. «Siendo

tan fácil amar esta tierra», decía, «¿cómo pueden los políticos ser tan traicioneros?». —Dio varios traguitos a su mezcal—. Yo sentía que en mí desahogaba su coraje. Además, empezó a coquetear con una gringa, ya sabes, una tal Mary.

—Los hombres son mentirosos, torpes y groseros. Amar, querida Tina, es horrible. —Bebió hasta el fondo—. Y la vida es solo un pensamiento que se esfuma como un día.

Llenó de nuevo ambos vasos; los alzaron.

—Brindemos por las mujeres —propuso Carmen.

—Esa figura… —El índice de Modotti apuntó hacia una pieza de barro que descansaba sobre una tabla al centro de la mesa.

—Tomo clases de modelado con Domínguez Bello y eso se convertirá en el torso de un francesito que posa para nosotros.

—Dicen que los galos son buenos en el arte de amar.

—A este no le gustan las mujeres —aclaró Carmen, torciendo los labios al tiempo que la imagen de Manuel aparecía, después de mucho tiempo, frente a ella. Abrió una pitillera de plata y se la ofreció a Tina.

—Gracias, prefiero mi pipa —respondió al sacar una de su bolsa—. Cuéntame, ¿cómo te fue en Hollywood?

—Pinches gringos —dijo Nahui antes de encender el cigarro—. Primero la Metro me ofrece filmar dos películas, me hacen un estudio fotográfico, sin ropa, por supuesto. Poco después, me entregan el libreto. ¡Una mierda! «No vendo mi cuerpo», le dije al güero desabrido que traía el contrato, así que métanse su película por donde mejor les acomode.

—En eso también nos parecemos. Yo actuaba en un teatro de Los Ángeles, papeles sin importancia, la verdad, hasta que un productor de Hollywood me ofreció hacer cine. Pero representar a la típica joven italiana, mitad vampiresa, mitad muchacha inocente, no me gustó.

—Brindemos —Carmen rellenó los vasos—, por nosotras, las mujeres inteligentes.

—¡Y enamoradizas! —añadió Tina y dio unos sorbos al mezcal—. Te voy a confesar algo: aún no me acuesto con ningún mexicano.

—Eso tiene remedio. Te presto alguno…

—¿Sigues con Adolfo?

—¡Claro! A ese no te lo presto. —Una sonrisa le iluminó el rostro—. Es un gran amante y con él gozo como niña. Ayer fuimos al circo. No iba desde que vivía en París, hace más de veinticinco años. ¡Nos divertimos tanto! Son espacios alegres llenos de color.

—Debo mostrarte, entonces, las fotos que tomé en la carpa del Circo Ruso. En las imágenes incluyo al público que ocupa las gradas más altas, bajo

la lona. Retratar al ser humano es mi objetivo predilecto. Tú, ¿qué estás pintando?

—Precisamente eso. El circo es el tema de mi próximo cuadro. Pintaré un oso con chaleco y lentes, uno o dos payasos. —Su mirada se extravió, imaginando la obra—. Formará parte de una colección en la que incluiré un salón de baile, un bautizo… Mira este. —Carmen tomó la mano de su amiga y la llevó hacia el pequeño comedor—. ¿Qué te parece?

En un caballete descansaba un rectángulo de cartón con una plaza vista desde arriba. Al centro, un toro y cinco toreros: cuatro con capote y el quinto tumbado boca abajo; dos hombres a caballo, uno más a punto de clavar las banderillas.

La italiana se acercó, incrédula al ver la cantidad de rostros que rodeaban aquel círculo.

—¡Nahui! ¿Cuántos espectadores pintaste?

—Perdí la cuenta, pero fíjate bien, aquí estoy yo con Adolfo. Él es quien me ha llevado a los toros. ¡Qué fiesta!

—¿Todos esos cuadros son tuyos? —preguntó Tina al señalar los lienzos reclinados a su alrededor.

—Sí. Montaré una exposición en cuanto termine algunas esculturas. ¿Te dije que ahora soy profesora supernumeraria de Dibujo y Trabajos Manuales del Departamento de Bellas Artes? Gano tres pesos diarios —anunció con satisfacción—. La verdad es que conseguí el puesto gracias a Leandro, mi maestro de dibujo. En la noche iremos a bailar, ven con nosotros.

—Imposible, tengo una reunión a la que no puedo faltar. Para ti no es secreto que formo parte del comité que apoya a Sacco y Vanzetti.

—Ándate con cuidado.

—No te preocupes. Y de tu invitación a bailar, quizá la semana próxima.

—Voy a Veracruz, ya será a mi regreso.

En cuanto Tina se marchó, Carmen abrió el ropero y un baúl para decidir qué llevaría al viaje. *Pocas prendas, por supuesto, en la playa una se pone muy poca ropa, o nada.* El mes anterior, cuando Antonio Garduño le propuso realizar ese viaje para fotografiarla y luego montar una exposición, Nahui no ocultó su entusiasmo. Jamás hubiera imaginado que Garduño, el fotógrafo de novias, el mismo que la retrató el día de su boda, tuviera la ocurrencia de hacerle una serie al desnudo.

Entonces recordó que en la cocina estaban las cajas que le mandó Atl. Tomó un cuchillo y, como si fuera a apuñalarlo, cortó de un tajo los mecates que las mantenían cerradas. Luego de revisar su contenido, en su pecho se atizó esa rabia que tantas veces le había provocado Gerardo.

A pesar de haberme enviado todo lo que te pedí, junto con mis cartas, mis libros y mis retratos, lo que en realidad significa que ya nada te interesa de mis cosas, yo no estoy conforme, pues el mocito me ha dicho que tú has hecho copias de todas cuantas cosas he escrito y que vas a conservarlas. Eso no lo permitiré nunca. Tú no debes conservar nada, ni la sombra de mi pensamiento porque no quiero que nadie la mancille.

Puedes seguir desacreditándome contando nuestra vida a tu modo; los miserables obran siempre de esa manera, pues no tienen otro desahogo que hablar mal de las gentes que los quieren y a quienes les deben servicios. Me debes el servicio de haberte iluminado con mi inteligencia y el de tener todavía sobre tu espíritu la potencia de mi amor…

El Templar se deslizaba dócilmente por la carretera. Carmen sacó la cabeza por la ventanilla y cerró los párpados para sentir el viento acariciándole la cara. *Soy tan libre como tú, este es un lujo que bien merezco,* concluyó al reclinarse en el respaldo.

—Me gusta tu coche —declaró luego, al tocar el panel de nogal—. ¡Es muy cómodo!

—Ligero y elegante. Fabricaron seis mil, y aquí, en México, solo hay tres —explicó orgulloso el conductor.

Y como esta mujer, solo una, cavilaba Antonio Garduño sentado en la parte trasera del auto. Desde ahí contemplaba el cabello corto de Carmen, su nuca, su perfil cada tanto; la veía embelesado y agradecido de hacer aquel recorrido con ella y con su amigo Henry Bert. Se imaginó las fotos que le tomaría en la playa, los rayos solares veteando su cuerpo. ¡Ese cuerpo bañado por el sol!, su piel húmeda, dorada, al atardecer.

El paisaje iba cambiando en el trayecto. En algunos pueblos se detenían a comer y descansar. Mañanas sofocantes, chozas, verdores que se mecían con el viento, amaneceres fríos, neblina e incomodidades olvidadas al calor de la charla y las risas. Si no había dónde pasar la noche, los hombres armaban una casa de campaña y Carmen dormía en el automóvil. Una banda de jazz se unió a ellos. Bailaron charlestón en pistas improvisadas, vaciaron botellas de tequila que iban dejando en el camino como un rastro de su alegría. Nahui dibujaba caricaturas de sus compañeros de viaje y tomaba notas para un libro que deseaba publicar. Antonio le preguntó cuál sería el título.

—*El infinito en lo ínfimo* —confesó—. Cuando les dé forma a estos apuntes, invocaré el espíritu de Victor Hugo para que ilumine el mío.

Ya en la playa de Nautla, Antonio preparó su cámara mientras Carmen observaba el vaivén de las olas. A través del lente, al fotógrafo le parecía estar viendo una madona melancólica, extraviada en un mundo lejano. De pronto, permaneció muy quieta, como si el mar le susurrara un secreto; entonces abrió los brazos, igual que un ave, esbelta, ligera, a punto de elevarse. Él se afanaba con la cámara, no quería perder ni un solo gesto, ni una de esas voluptuosas posturas. Después, sentada sobre la arena, muy cerca de la orilla, las olas rompían detrás de ella, rodeándola de espuma blanca. Antonio la retrató así, abandonada al placer de sentir esas caricias líquidas en toda su piel.

De vuelta a la ciudad, en la casa de la azotea, Antonio realizó otra serie de fotografías de Nahui en las que no solo aparecía desnuda, sino de frente, alzando los brazos en actitud retadora, o con un collar de perlas que, como si fuera un racimo de uvas —símbolo de vida— acercó a su boca entreabierta, o con listones atados en la cintura, o con un abrigo de pieles por cuya abertura asomaba un seno. También posó acostada en el suelo; sobre una *chaise longue*, impetuosa, igual que la *Maja desnuda* de Goya. Miradas sensuales, labios como ciruela madura.

Nahui-Olin
invita a usted
a su Exposición de desnudos,
fotografías hechas por el artista Garduño,
que estará abierta a sus invitados
del 20 al 30 de septiembre de 1927,
de 4 a 7 p. m.,
en la segunda calle de 5 de Febrero, núm. 18. Azotea.

Los invitados subían, curiosos, morbosos, sin imaginar que los desnudos que citaba la invitación eran así: completos, osados, inquietantes.

El asombro empezaba en la terraza donde, entre macetas llenas de flores, había varias fotografías. Una jaula enorme guardaba un loro de plumaje verde, amarillo y azul. El sol, cómplice de la anfitriona, ahuyentó las nubes y altivo lanzaba su tibieza e iluminaba los retratos, no solo los que se exhibían ahí, sino también los que colgaban en los muros de la casa.

El doctor Puig, secretario de Educación Pública, arqueó las cejas ante la primera imagen.

—Sin duda, una mujer muy moderna —atinó a decir.

Junto a él, Luis Montes de Oca, secretario de Hacienda, alzó sus lentes

y pegó la nariz a la foto donde Nahui aparecía de frente, sin prenda alguna, con los brazos cruzados sobre la cabeza.

Cierta sensación de sofoco y un aroma voluptuoso los asedió.

—Buenas tardes, señores secretarios.

Al voltear se toparon con dos inmensos ojos y el pecho desnudo, real, de Nahui Olin, quien llevaba una pequeña charola con copas de coñac. Uno tosió, atragantándose; el otro, sin parpadear, metió un dedo en el cuello de su camisa para aliviar el ahogo que le impedía respirar. Antonio Garduño se aproximó; los funcionarios agradecieron la distracción para fingir serenidad a destiempo. Ambos aceptaron el licor y dieron unos sorbos antes de felicitar a los artistas.

—La… la mujer debe soltar las ataduras y ser libre —tartamudeó el de Hacienda.

Puig asintió intentando, sin éxito, no mirar los senos, firmes y redondos, de Carmen.

—La esencia del ser, estimados señores, está ligada a la libertad —dijo ella.

A pesar de la lluvia que en las tardes septembrinas bañaba la ciudad, cada tarde los invitados acudían a la exposición. Algunas amigas, como Tina Modotti y Anita Brenner, llegaban antes para ayudar a Nahui a servir las copas. Antonio aparecía con las botellas de coñac y varios de sus convidados.

—Es muy divertido observar la reacción de la gente al ver las fotografías —dijo Tina.

—Los ojos que pelan los hombres —agregó alguien.

—¿Y las mujeres? —dijo Nahui—. Bola de viejas reprimidas; miran las imágenes, luego, como no queriendo, me miran a mí y entonces parece que les viene el desmayo. «¡Libertina!», gritó una mientras se abanicaba. Yo le regalé la más impúdica de mis sonrisas. —Dio un sorbo a su bebida—. Pero lo mejor fue cuando una le dijo a otra, muy encopetada: «Como hubiera dicho Homero acerca de Helena: que las naves se la lleven, a esta depravada y a su belleza, o nunca se acabarán nuestras desgracias».

Las carcajadas retumbaron.

—Tus fotos son una obra de arte —dijo Tina, dirigiéndose a Antonio.

—Gracias.

—Y el arte es universal —añadió Nahui—, por eso abrí las puertas de mi casa a quien quisiera ver la colección. Hay quien sí sabe apreciarla.

—Aquí traigo algunas notas que aparecieron en la prensa. —Antonio sacó de un morral varios periódicos—. Hasta en un diario guatemalteco comentaron la exposición.

—¡Léela! —pidió Carmen.

Nahui Olin tiene una personalidad excepcional. Joven. Admirablemente bella. Con una mentalidad fuerte y un alma de artista, pasa ofuscando a los que podrían comprenderla e ignora a los demás.

Su poesía es intensamente filosófica. Profética. Desconcertante. Desata los violentos arranques del genio y la seguridad del convencido.

Nahui Olin ha publicado tres libros: el primero, que podemos acertadamente llamar el prólogo, fue escrito cuando la autora contaba con diez años. En idioma francés, como el anterior, dio a la publicidad más tarde *Câlinement je suis dedans,* poemas de una adolescencia extravagante. Su tercer libro, *Óptica cerebral,* ya es la obra de una mentalidad superior.

Tiene actualmente en prensa un cuarto volumen e inéditos dos: un raro libro sobre el amor y un admirable libro sobre la ciencia.

A nuestro juicio, Nahui Olin es la escritora más sincera y personal de América. Cuando llegue a ser comprendida su vigorosa mentalidad, será orgullo de la gran nación azteca.

—Y mira, incluye una caricatura tuya. En este otro —continuó Antonio señalando— hay una foto.

Nahui se vio a sí misma con un mantón, cuyos flecos caían cubriendo apenas un seno y, más abajo, se abrían sobre el muslo de la pierna izquierda; tenía la cabeza ladeada y la sonrisa traviesa.

—Apareció en la revista *Ovaciones* —aclaró Antonio.

—Brindemos —propuso Carmen alzando su copa—: por ti, Antonio, el mejor fotógrafo de novias y de encueradas.

—Y por Nahui Olin, la mujer más hermosa y retratable del mundo.

Una mañana, al despertar, su piel le exigió volver a la calidez de la playa. Sin dudarlo, empacó algunas prendas y se fue a Acapulco.

Al pisar la arena, cerró los ojos y se quedó inmóvil para sentir ese calor que atravesaba su piel y le caldeaba la sangre. Se desprendió del vestido: apenas un lienzo de algodón que cayó, mustio, al mismo tiempo que una bolsa de lona. Inhaló profundamente y juntó los labios, como besando el aire salobre o, quizá, saludando al sol que iniciaba su descenso. Se sentó sobre la arena, apoyó los codos, estiró las piernas y echó atrás la cabeza, alegre de estar allí, lejos del frío que atacaba a la ciudad. Movía los talones, adelante y atrás, como cavando dos huecos donde ocultarse.

Cuando las sombras empezaron a alargarse, bajó los tirantes del traje de baño descubriéndose el pecho. Pensaba esperar un poco más antes de quitárselo y meterse al agua, como en Veracruz, en aquel viaje con Garduño y Bert hacía cuatro años. ¡Qué gozo sentir directamente sobre la piel las olas espumosas que llegan a la playa! Decidió no aguardar; al incorporarse, reparó en un hombre que, a unos metros, contemplaba la puesta del sol. Recogió sus pertenencias y se alejó para disfrutar a solas su encuentro con el océano. Pero él la había visto. La siguió sin poder despegar la vista de esa espalda que se ofrecía desnuda y de las piernas con islas de arena pegadas asimétricamente. Nahui percibió al extraño y volteó creyendo que el hombre, turbado, daría media vuelta. Mas él continuó su andar, acortando la distancia. Con los últimos rayos, ella descubrió un rostro hermoso y varonil, el cabello castaño peinado hacia atrás, un cuerpo alto y atlético.

—¿Vamos a nadar? —preguntó él, como si se conocieran.

—A nadar no, solo quiero sentarme en la orilla.

—La acompaño.

Él miró los ojos de Nahui: dos estanques de verde cristal en los que se reflejaba medio círculo de sol rúbeo. Ella soltó el vestido y la bolsa. Ya sentados, se dejaron bañar por las olas; luego, por la oscuridad que la luz de un faro se obstinaba en interrumpir. Él volteó hacia ella y, sin más, besó su boca. Nahui le devolvió el beso: le supo a tamarindo, salado y dulce al mismo tiempo. Se recostó, buscó su sexo, lo encontró listo, lo aprehendió. El hombre pasó el brazo izquierdo bajo la nuca de Carmen; su mano derecha le acarició la mejilla, el cuello, y bajó muy despacio hasta el pecho, hundió el pulgar en el pezón para después explorarlo con la lengua. Cada vez que la luz barría sus cuerpos, un halo níveo se desprendía de esas pieles fogosas.

Entre playa y sábanas, los días se escurrían parsimoniosos. Carmen decidió quedarse una semana más. Los dos pesos que pagaba por el cuarto y las comidas eran un lujo que Lizardo bien valía la pena. *Es el mejor amante, mejor que todos los demás,* pensó mientras caminaban por el malecón. Habían pasado la tarde meciéndose en una sola hamaca, viendo triángulos de cielo casi blanco entre las hojas de las palmeras. Lizardo le compró una sombrilla, la llevó a conocer el astillero y la avenida Pie de la Cuesta. Comieron almejas y se hartaron de coco y nieves.

Una tarde, se despidieron con la promesa de volver a verse pronto.

Algunas semanas después, él llamó a su puerta; cargaba una bolsa con tamarindos que ella devoró entre besos y caricias pegajosas de azúcar. Luego de pasar tres días desnudos, sin salir más que a la terraza a bañarse de sol invernal, Carmen buscó en el trastero un cuadro que Atl le había regalado. Sopló para desempolvarlo; por un momento observó aquel paisaje que ahora

le resultaba insulso, descolorido y, dándole la vuelta, lo colocó en un caballete.

—Te voy a pintar —le dijo al porteño, en tanto elegía un carboncillo no muy grueso—. Párate allí.

Él se incorporó sin prisa; tomó el cepillo y se peinó; la idea de aparecer en un cuadro lo halagaba, lo divertía.

Carmen trazó dos cuerpos de perfil: el del hombre un poco más alto.

—Simula que me abrazas.

—¿Apareceremos desnudos, como en ese que cuelga detrás del piano?

—No lo he decidido —respondió, concentrada en su tarea—. Los brazos pueden ser elementos eróticos, símbolos de protección y fuerza.

—Entonces saldré protegiéndote.

—No, saldrás abrazándome y nuestros labios muy cerca.

—Desnudos, ¿verdad? —insistió Lizardo.

—No. Tú de blanco, yo con vestido rojo. Y al fondo, Acapulco.

Su casa fue el escenario de una segunda exposición. Muchos invitados acudieron seguros de volver a ver a Nahui Olin al desnudo en nuevas fotos, en poses distintas. Curiosos que se perdieron la primera exhibición corrieron a la azotea del edificio colonial para conocer a la famosa mujer que se atrevió a recibir al público sin un trozo de tela que le cubriera el pecho. Algunos no ocultaron su desencanto, otros admiraban aquellas obras cuyos colores llenaban de vida el espacio. Incluso la pintura del difunto general Mondragón, a pesar del tono fúnebre de su rostro, resultaba un tanto alegre. Junto a este había un autorretrato de Nahui, con sus ojos enormes desbordándose de una cara ovalada y la boca como un pequeño corazón rojo.

—¡Qué distinta de la anterior! ¿No le parece, licenciado? —preguntó el secretario de Educación Pública al de Hacienda, señalando un óleo titulado *Familia indígena*.

Sin borrar el chasco que le torcía los labios, Montes de Oca se acercó a observar el cuadro *La vendedora de flores*.

—Ni hablar, ora nos tocó casi puro pueblo, a excepción del autorretrato y ese señor con la rama en la cabeza. Para ver indios de colores no hubiera trepado tanta escalera.

TERCERA PARTE

Julio, 1933

Reclinada en la barandilla, Carmen contemplaba el inquietante vaivén del mar: oleaje incansable que mecía el barco al tiempo que lo llevaba a tierras españolas. En aquella inmensidad, una voz le susurró al oído. No quiso escucharla, prefería el rumor del océano. Pero lenta e insistentemente, su madre le hablaba. En un acto infantil, Carmen se cubrió los oídos y comenzó a tararear un trozo de la sinfonía que compuso y que, la semana anterior, había interpretado frente a un grupo de amigos. Mas sus propias notas no acallaron la voz. «¡No!», gritó al viento, «no volveré a esa casa donde viví tantas amarguras». La imagen del bebé envuelto en encajes blancos apareció entre la espuma que engendraba la marea. Allí vio el rostro lívido de Manuel; en los azules del oleaje distinguió la corbata a rayas. Se dio vuelta y, con los ojos vidriosos, regresó al salón.

Un hombre joven tocaba el piano para los que bebían el aperitivo previo a la cena. Impetuosa, atravesó la sala y le pidió permiso al músico para ocupar su sitio; hipnotizado ante aquellos ojos delineados en negro, el joven se puso de pie. El silencio se extendió cuando la concurrencia interrumpió su charla y dirigió la vista hacia Nahui. El enorme botón que ajustaba en la cintura su vestido color escarlata lanzó destellos bajo el candil. Sus dedos acariciaron las teclas antes de comenzar *La danza macabra*. Los asistentes se olvidaron de reanudar sus conversaciones. «¿Quién es esa mujer?». De pronto, Carmen introdujo las notas de su propia obra y así, como disolviendo azúcar en el café, iba de una pieza a la siguiente. Su madre, los encajes blancos y la mirada esquiva de aquel marido tan odiado se alejaron hasta desaparecer. Carmen sonrió, por un momento dejó las manos suspendidas sobre el teclado y luego dio el último acorde. Los oyentes aplaudieron; ella se levantó e hizo una

reverencia.

El comedor, revestido con paneles de caoba que alternaban con los de chintz estampado, abrió sus puertas. Flanqueada por dos amigos, Julián y Ángel, Carmen entró a paso lento, consciente de las miradas que no se despegaban de su cuerpo y de su melena dorada. Los tres tomaron asiento en la mesa redonda señalada por el *maître*. Cristales, manteles largos, porcelanas y oros adornaban el comedor de primera clase, donde los hombres de esmoquin y las mujeres enjoyadas bebían champaña.

—Por la exposición. —Brindó Julián alzando su copa.

Los otros lo imitaron.

—Será un éxito —agregó Ángel.

—Finalmente, ¿cuántos cuadros expondrás? —preguntó Nahui mientras les servían el *vol-au-vent* relleno de langosta en salsa bechamel.

—Ofrecí cuatro, pero traigo cinco —respondió Julián—. Ángel y yo no logramos decidir cuál dejar fuera. Espero tu opinión nada más nos instalemos en el hotel.

—Fueron tan amables con nosotros… —suspiró el más joven con ojos soñadores—. Mi *Dorso de Atlas* les encantó. Soy afortunado de presentarme junto a artistas famosos.

—Me gusta tu camisa —dijo Carmen.

Ángel se irguió, ufano de estrenar esa prenda en tono celeste que mandó a confeccionar con un sastre francés.

—Es igualita a la que usó Ravel en la Ópera de París. ¿Sabías que fue el primero en vestir camisas color pastel?

Detrás de Julián, a unos metros de distancia, en el centro del comedor, Carmen se topó con la mirada del capitán, que inclinó ligeramente la cabeza, saludándola atónito ante lo que le parecía una alucinación; una belleza nunca imaginada cuyos ojos reflejaban un pastizal cubierto de rocío. Ella le respondió con el mismo gesto e intentó concentrarse en la charla que sostenían sus amigos. Pero discorde a su manera de ser, permaneció inquieta hasta que, a la hora de los postres, se disculpó y salió rumbo a su camarote.

Y a ti, ¿qué te pasa?, se preguntó frente al espejo. *¿Ahora te turba la mirada de un extraño?* Su doble guardó silencio. Ordenó una botella de champaña, se desnudó y bebió casi todo su contenido mientras leía *La comédie humaine* de Balzac.

Al despertar, segura de haberse perdido el desayuno, prefirió quedarse acostada un rato más. Imaginó a Julián en brazos de Ángel y se alegró. *El amor,* se dijo, *es lo propio del ser humano y, a veces, resulta inalcanzable.* Pidió que le llevaran café. Como si el botones estuviera esperando oír cualquier ruido detrás de la puerta, en ese momento dio unos golpecitos. Al abrir, la

encontró desnuda; la charolita que cargaba cayó al piso. Nahui, divertida, se cubrió con una almohada; él recogió la bandeja y un sobre que le entregó ruborizado y sin levantar la vista. El capitán la invitaba, a ella y a sus amigos, a cenar en su mesa. Una adolescente emoción se instaló en su estómago y se ramificó por todo su cuerpo.

Más tarde, con un ligero vestido de lino color crema, salió a pasear. Dudó entre dar una vuelta por el minigolf o buscar a sus compañeros en las tumbonas. Julián y Ángel la descubrieron y, juntos, resolvieron ir a jugar cartas.

Esa noche, Carmen no tocó el piano, se limitó a oír a un cuarteto que interpretaba música barroca. Sus compañeros, perfumados y con el cabello engominado, aparecieron justo a la hora en que el comedor abrió sus puertas.

Eugenio Agacino, capitán del barco Habana, esperaba a unos metros de la mesa para conducir a Carmen hacia el asiento que ocuparía a su derecha. El uniforme de gala, blanco y pulcro, contrastaba con el vestido largo, índigo y sedoso; su único adorno, unos aretes que, a pesar de ser falsos, parecían verdaderos zafiros.

En la mesa ovalada ya estaban acomodados los demás comensales. Tras las presentaciones, una pareja de estadounidenses comentó el intento de asesinato a Roosevelt; alguien le preguntó al capitán sobre el huracán que unos meses atrás había matado a dos mil cubanos; otro hablaba acerca de la hambruna en la Unión Soviética. Conforme pasaban los minutos, a Eugenio le resultó más difícil prestar atención: la mano de uñas escarlata que cada tanto reposaba junto a la suya; el gratísimo aroma y ese perfil de nariz recta; la boca que, como una pequeña mariposa, a ratos aleteaba, provocadora, sensual, le producían palpitaciones que no recordaba haber sentido antes.

Algún inconveniente lo obligó a retirarse mientras sus convidados paladeaban cerezas *jubilee*. Al levantarse y pedir disculpas, sus ojos se posaron en los de Nahui. Por un momento sus miradas se trenzaron, aisladas de cuanto los rodeaba.

—De verdad lamento separarme de usted —susurró el oficial, inclinándose.

Más tarde, en su camarote, la esperaba un ramo de dalias y una nota:

Gracias por su deliciosa compañía,
Eugenio Agacino

Los ojos oscuros del capitán fueron lo último que Nahui vio antes de quedarse

dormida. Ojos profundos que brillaban desde dentro. Si tuviera sus pinturas y un cartón a la mano, le haría un retrato con su uniforme.

Otra tarjeta con una sola flor apareció en la mañana:

> ¿Le agradaría conocer el interior del barco? Si es así, permítame ser su guía.
> E. A.

Sonriente, como una quinceañera en su primera cita, Carmen se llevó la nota al pecho y se apresuró a acicalarse.

—Gracias por aceptar, señorita Mondragón —dijo él antes de besarle la mano.

—Señor capitán, prefiero que me llame Nahui, Nahui Olin.

—Entonces para usted soy Eugenio.

Vestido con su uniforme azul, le cedió el paso a un corredor angosto en el que apenas cabían dos personas; no obstante, ella lo tomó del brazo.

—Vamos juntos, desconozco el camino.

El recorrido inició en una amplia cabina donde le mostró la emisora de radio, el telégrafo y otros aparatos que le describía como si fuera una aprendiz de marinero. Luego le enseñó la sala de máquinas, las enormes turbinas y los medidores, que la fascinaron. Él, entusiasmado ante el genuino interés de la mujer, le preguntó si era su primer viaje en buque.

—No, pero esta es la primera vez que alguien me muestra las intimidades de una nave.

La palabra *intimidades* le causó tal encanto que, olvidándose de sus quehaceres, la guio a un gabinete con puerta plegadiza. Dentro había una mesa, cuatro sillas y un librero.

—¿Puedo ofrecerle un café o…?

—Café negro, por favor.

Así inició un diálogo que transitó de la infancia parisina de ella al niño sevillano que construía barcos de papel y soñaba con navegar sobre todas las aguas del mundo.

Esa noche, con solo unos trazos a lápiz, dibujó a Eugenio, su rostro redondo, la frente ancha y las cejas tupidas. En la parte trasera escribió:

> DIARIO DE UNA BELLA EN SU PRIMER VIAJE

Lunes. Todas mis amigas vinieron a despedirme, qué excitación.

Martes. Ya estamos en alta mar, me estoy divirtiendo mucho. He hablado con el capitán; qué apuesto y galante es.

Miércoles. El capitán trata de enamorarme, y yo, por supuesto, no lo permití.

Jueves. El capitán es un hombre determinado, me asegura que si no lo dejo besarme echará a pique el buque. Qué horror, Dios mío, ¿qué debo hacer?

Viernes. He salvado la vida a la tripulación y a quinientos pasajeros que estuvieron a punto de morir.

Contenta, besó el dibujo y metió la hoja dentro de un libro antes de quedarse dormida.

La travesía era la hendidura de un sueño que transformaba cada instante en una irrealidad en la que Carmen deseaba permanecer hasta su última hora. En muy pocos días, casi en horas, él se fue convirtiendo en ese ser extraordinario que describían en libros y películas, el hombre que jamás presintió; con delicadezas, halagos y una ternura desconocida. A sus cuarenta años, descubrió el gozo de sentir caricias sedosas; la alegría de recibir pequeños regalos: un listón para su cabellera, fresas cubiertas de chocolate, una pluma del color de sus ojos para colocarla en un sombrero. Él llenaba los silencios y los huecos que muchos otros habían dejado en ella.

El sol de julio cayó a plomo sobre su rostro al desembarcar en San Sebastián. Todavía con la sensación de la mano de Eugenio acariciando su mejilla, Nahui elevó la mirada y observó la luminosidad del cielo. Aunque la despedida le oprimía el pecho, agradecía los momentos que pasó con el capitán del buque.

Las siete obras que Nahui trasladó a España ya estaban expuestas en la galería del Cine Novedades. Para la inauguración, llevaba un vestido sencillo: la falda cubría sus rodillas, el escote era mínimo, y el saco, de la misma tela, disimulaba sus formas. Pero nada ocultaba la belleza de su rostro y el nuevo brillo que irradiaban sus ojos. Los periodistas la rodearon olvidándose de los

otros expositores. El público se detenía a observar esos cuadros donde los colores estallaban alegres, vivos, incluso en el que representaba el entierro de un niño en un cementerio lleno de flores, y junto a este, *Bautizo*: vida y muerte, volcanes nevados, soles, un gato negro, casitas blancas con techos rojísimos, vendedoras de sandías y un carrusel frente a la rueda de la fortuna.

—¡Qué forma de captar la luz de su tierra! —opinó alguien.

—Esta mujer pertenece a una nueva generación, no le da miedo pintar indios.

—Aquí tenemos a una artista que representa las distintas modalidades de la pintura mexicana —comentó un reportero acercándose a Carmen—. Sus lienzos, señorita, describen un mundo vistoso, vivo; usted logra captar el alma popular. ¿Me permite retratarla?

—En México no hay pintores coloristas. Las obras de los dos grandes, Orozco y Rivera, son sombrías, a diferencia de estas, que nos ofrecen, además de color, formas asombrosas —declaró otro periodista señalando un paisaje.

A la mañana siguiente, en las primeras páginas de los diarios locales apareció la fotografía de Nahui Olin:

> La notable artista cuya obra rebosa de mexicanismo auténtico, ofrecido con una ingenuidad real, no estudiada… —Al final de las dos columnas, Carmen leyó—: … es Nahui Olin, una mujer, la que dejando a un lado los temas hondos, de contenido social que tanto atraen a los pintores mexicanos, ha escuchado solamente el llamado de la naturaleza, tan exuberante en su país, en el que habitan esos humildes indios tan artistas, tan ingenuos, como los trazos del pincel de Nahui Olin que, en su infantilidad deliciosa, nos ofrecen como sin quererlo la visión de un país tan lleno de sugerencias para quienes han tenido la fortuna de visitarlo…

La última noche de la exposición, en la sala anexa, Nahui dio un recital de piano. Si bien llevaba las partituras de la pieza que compuso, de pronto, con la imagen de Eugenio frente a ella, comenzó a improvisar, dejando a sus manos ir y venir por las teclas; se soñó en la cubierta del barco, bailando bajo la luna en brazos de ese, su capitán. Luego, cerca del final, las notas suaves se convirtieron en un remolino enloquecedor que evocaba una tormenta donde el viento y el mar se mezclaban furiosos.

La alegría de haber vendido todos sus cuadros quedó sumergida en el dolor de no ver más a Eugenio. Mientras empacaba su ropa, se dio cuenta de que había pasado los días obligándose, sin éxito, a olvidarlo. *Me distraje en cenas y reuniones, paseos por la playa, tertulias con Ángel y Julián para no pensar en él.* Imaginándose la amarga travesía que le esperaba, guardó los vestidos descuidadamente. Tomó el dibujo que hizo de Eugenio y, con mucho cuidado, lo introdujo de nuevo entre las páginas del libro para que no se estropeara.

Impacientes, sus amigos aguardaban. Los tres subieron a un taxi. Ellos, parloteando, señalaban el monte Urgull, comentaban la visita al Museo San Telmo y al Teatro Victoria Eugenia. Carmen permanecía silenciosa, con la vista en las aguas de la bahía.

Al abordar el Habana, recordó aquellos besos y la despedida.

—¿Te veré en mi viaje de regreso?

—Me marcho a Bilbao —había dicho él—. Me han citado a una reunión de la compañía.

—Pero tú eres el capitán del barco.

—En esta ocasión, desafortunadamente, debo permanecer en España.

A través de una mampara acristalada, Carmen vio la imagen de Eugenio, sus labios gruesos, y con desdicha pensó que el tiempo borraría sus facciones. Si le hubiera pedido una fotografía…

—Nahui Olin.

La figura de Eugenio era tan clara que un escalofrío la sacudió.

—Nahui…

Como si él hubiera pronunciado su nombre, sin comprender qué le sucedía, Carmen pestañeó. *¿Ahora desvarío?,* se preguntó, al tiempo que un hombre se aproximaba. Vestía uniforme azul con galones dorados, corbata negra, como sus ojos, y una gorra de capitán en la cabeza.

Alucino, pensó, pero en seguida él tomó su mano para besarla.

—Bienvenida a bordo, señorita Nahui Olin. Hubo cambios, yo conduciré el barco al otro continente. —Su brazo, rígido, impidió a la mujer acercarse mientras su mirada le sugería que guardara las formas frente a la tripulación—. Su *suite* está lista. Raúl —agregó señalando a un botones— la acompañará y tiene órdenes de cerciorarse de que nada le falte durante el viaje.

Ángel y Julián, dichosos por ese encuentro que tanto la alborozaba, la vieron alejarse escoltada por el mozo.

La *suite* estaba llena de claveles rojos. En la mesita había dos copas y una hielera donde se enfriaba la champaña; sobre la cama, un estuche de terciopelo y una tarjeta. Abrió la caja: vio unos aretes dorados que juntos

formaban un sol completo. Leyó la nota: «Para el sol que ilumina mi vida. Siempre tuyo, E. A.». Con el papel entre sus manos, se dejó caer en el lecho y allí permaneció largos minutos, con la vista extraviada en el brocado celeste del cubrecama. Suspiró; volvió a suspirar ante la certeza de ser amada así, como si la vida apenas comenzara, como si estuviera sobre un pretil lista para aprender a volar. Qué sorpresa sentir ese revoloteo de alas en el pecho cuando creía haberlo experimentado todo.

En el armario, su ropa recién planchada se mecía suavemente. La botella vacía, las copas y las sábanas eran mudos cómplices de una noche de caricias que, como pinceladas, fueron matizando su piel, retocándola, renovándola. Frente al espejo, lista para salir a tomar el sol, Nahui se pintó los labios y estrenó aretes. *Mi felicidad navega en barco,* pensó al reclinarse en la barandilla, mientras escuchaba el sonido de las aguas dejándose separar por la proa. *Quisiera ir a buscarlo, confirmar que él existe*. Elevó la mirada hacia el puente de mando, estiró el cuello, al menos hacerle una seña, lanzarle un beso. Se puso de puntas. Imposible, no alcanzaba a verlo. Dio unos pasos y, sin embargo, se detuvo, decidida a controlar su apremio.

Esa y todas las noches cenó en la mesa del capitán. Y todas las noches bailaron muy cerca, casi sin hablarse, solo sintiendo sus cuerpos unidos, el latir de ambos corazones, un beso, las miradas, los dedos acariciando el cuello, la mejilla; los brazos entrelazados y el anhelo de no distanciarse jamás.

La escala en Cuba les regaló dos días sin tener que separarse, dos noches de ocio y placer.

Carmen buscó cerca del muelle el café donde se reuniría con Eugenio en cuanto él pudiera desocuparse. La espera, veinticinco minutos, le resultó larguísima. La ansiedad le impedía beber el jugo de piña que ordenó para refrescarse. Por fin lo vio, se abrazaron como si hubieran pasado semanas alejados.

—Vamos, te enseñaré los rincones de La Habana.

Caminaron entre puestos de fruta y algunos tríos de cantantes. Mujeres altas, negras y voluptuosas los observaban a través del humo de los puros que fumaban paradas en la calle; vestían trajes tan coloridos como los cuadros que

pintaba Nahui y turbantes rematados con grandes moños. Escudada por la sombra de los edificios, la pareja caminaba sin prisa por las calles estrechas.

—Primero lo primero —dijo Eugenio mientras abría la puerta de un restaurante cuyo letrero anunciaba: «El pescado que servimos hoy durmió anoche en el océano»—. Probarás el mejor marisco. Es tan bueno como en La Florida, pero aquí el personal es más amable.

—Siempre estás sonriente —afirmó después de dejarlo ordenar—. Me gusta, me transmites alegría.

—Sonrío ante tu magia.

Dedicaron la tarde a pasear por el Parque Central; durmieron en el hotel Inglaterra y, al despertar, escurriéndose de entre los brazos de Eugenio, Carmen salió al balcón. Inhaló el aire tibio y miró el cielo rosáceo en la lejanía, con sus amarillos y violetas, que quiso captar para pintarlos detrás de ella y su capitán. Le costaba admitir eso que se agitaba en su interior, pues no se atrevía, aún, a pronunciar la palabra *enamoramiento*. Ella, que había probado tantos cuerpos, que la habían recorrido tantas lenguas, que había transpirado sus ardores en un sinnúmero de sábanas, ¿podía temblar al sentir las manos de Eugenio acariciando su cabellera?

Entró a la habitación. Él seguía en la cama. Tras observar su perfil en la semipenumbra, Nahui tomó un lápiz y, en el reverso de una tarjeta postal que halló sobre el escritorio, anotó:

> Amor es esperar la llegada, intercambio, correspondencia; es angustia, abismarse en la serenidad de tus brazos, imaginar lo posible, deseo, celos, dolor, necesidad; es historia, soñar; son tus ojos negros y mis lágrimas; es el paraíso de tu voz llamándome.

Releyó su escrito; al toparse con la palabra *celos*, apareció la imagen de Atl abrazando a una escuincla. Tachó las cinco letras con tal fuerza que la punta del lápiz se rompió.

Guardó la postal y se acercó a Eugenio. Podía tocarlo, olerlo, oír su respiración pausada. Rozó su mejilla; él sonrió. *Me sonríe porque tengo magia, algo que no fuiste capaz de ver,* pensó dirigiéndose a Gerardo, cuya figura no desapareció hasta que Eugenio abrió los párpados, besó la comisura de sus labios, la abrazó y le dio las gracias por existir.

Con la vista extraviada en el cielo marino e infinito, Nahui se rehusaba a pensar en la despedida: no quería llegar a Veracruz sin él, volver sola a la ciudad y vivir del recuerdo que, como las nubes, inevitablemente se desvanecería. Deseaba seguir respirando el olor del océano, ver el reflejo del sol ondear sobre el agua, oír a Eugenio narrándole leyendas sevillanas o anécdotas de su infancia en el barrio de Santa Cruz. *Pero el barco, su capitán y mis anhelos deben volver a España.*

A la mañana siguiente, el ir y venir de pasajeros y tripulantes por los pasillos la despertó. Disponía de poco tiempo para acicalarse y salir, no solo del camarote, sino del buque y de cuanto rodeaba a Eugenio. *Lo mejor será marcharme sin despedidas ni promesas,* pensó al tomar su bolsa y calarse el sombrero. Abrió la puerta y se topó con Raúl que, como un guardián, continuaba a su disposición.

—Buenos días, señorita, tengo instrucciones del capitán de acompañarla…

—Gracias, no es necesario —dijo tajante, echándose a andar.

Nervioso, Raúl la siguió a cierta distancia, pues sería inadmisible no acatar las órdenes recibidas. Afortunadamente, no hubo necesidad de insistir ni contradecir a la dama: Eugenio estaba al final del corredor.

Nahui lo miró. Él tomó su mano, la acercó a sus labios y, en un susurro, le prometió que volverían a verse.

Con una triste sonrisa, Carmen abandonó la nave.

Las lágrimas distorsionaban los mástiles de las embarcaciones que flotaban junto al muelle. Antes de reunirse con sus amigos, Carmen las enjugó e inhaló profundamente dos, tres veces, para repeler el llanto.

Abordaron el tren con esa apatía que suele acompañar a los viajeros que retornan a su cotidianidad tras un deleitoso viaje. *¿Cómo convencerme de que la separación será corta, si la distancia crece minuto a minuto? ¿Cómo puede perdurar un amor tan nuevo cuando miles de kilómetros nos apartan? Perder tu recuerdo será como si nunca hubieras existido. Olvidarte, jamás; tu ausencia es un dolor físico que se ramifica dentro de mí,* cavilaba mientras veía correr la campiña por la ventana del vagón. Fue el paisaje lo que le devolvió la imagen del Doctor Atl. Irritada, separó la vista del exterior. «Viejo cabrón», susurró. Sentados frente a ella, Julián y Ángel fingieron no haberla escuchado. Ella, decidida a borrar a Atl, miró el dorso de su mano, donde Eugenio la había besado; la acercó a su nariz, buscando el sabor de su saliva, el olor de su *after*

shave.

Por primera vez desde que vivía en la calle 5 de Febrero, las escaleras le parecieron demasiado escarpadas. En el segundo descanso se quitó los zapatos y las medias, y continuó descalza sin importarle la rugosidad de la cantera.

El joven que cargaba su equipaje no había despegado la vista de esas piernas desnudas, que por fin vio completas cuando ella, despreocupada, se subió el vestido para desenganchar las medias del liguero. Incapaz de controlar su agitación, soltó el cargamento y, con los ojos como platos, sin parpadear, se sujetó del pasamanos para no rodar escaleras abajo. Sospechaba que esa era la mujer que, según los rumores, no tenía empacho en meter a su cama a cualquier hombre y rogó a todos los santos que conocía ser el siguiente. Pero en cuanto dejó los bultos donde ella le indicó, sin amabilidad ni propina, fue despedido.

Carmen se derrumbó sobre el sofá. Hacía calor y olía a encerrado, y aunque le faltaba el aire, el ánimo no le alcanzó para levantarse a abrir las ventanas. También se rehusaba a desempacar los vestidos que lució para Eugenio, los que él tocó y que aún debían llevar su aroma.

Por la mañana, al despertar, revivió el sueño donde ella y su capitán hacían el amor sobre un piano. A horcajadas sobre él, se veía reflejada en la superficie negra y lustrosa, sus senos balanceándose, su boca entreabierta, las manos masculinas oprimiendo sus nalgas; rayos solares que penetraban por una claraboya doraban sus cuerpos. De pronto la escena se oscurecía, como si hubieran apagado la luz. Entonces ambos aparecieron en un túnel oscuro y frío. Él le decía algo que Nahui, por más que intentó, no logró recordar.

«Si pudiera traspasar la pared, volar hacia ti, huir de este silencio», dijo en voz alta, «irme contigo en un viaje sin final…».

Buscó una hoja de celotex, la colocó en un caballete, y en el centro, enorme, dibujó a Eugenio con el cabello hasta el borde del lienzo y la casaca blanca con dos botones abiertos; a la derecha, ella, de perfil, con el brazo rodeando aquel cuello recio y masculino, y la mano sobre el hombro que no cabe en ese espacio que él, de frente, llenaba. «Piel tostada de hombre de mar. Te pinto y te convierto en obra de arte», le dijo al ungir sus labios de escarlata. «Tú, yo, atrás las palmeras, altas y delgadas sobre un cielo color añil. Mi ojo te mira, mirada de amor, amor inagotable».

Pintó y siguió pintando a lo largo del día. A ratos descansaba para contemplar a su amante, las cejas gruesas y oscuras que iban tomando forma

bajo su pincel. Mordió galletas, bebió café. Para su vestido sin mangas eligió un tono violáceo; las uñas color cereza y las pestañas larguísimas; trazos amarillentos y ocres rizaron su propio cabello. Cuando el cielo ya no le dispensó ni un rayo de luz, llevó el cuadro a su habitación. Lo colocó frente a su cama, quería que esa imagen fuera la última que viera al acostarse y la primera al despertar.

Con una felicidad que le quitaba la noción del tiempo, Carmen guardó la carta de Eugenio en su bolsa, echó un vistazo al departamento ya vacío y cerró la puerta. A pesar de haber vivido seis años de amores y creatividad en esa azotea, bajó las escaleras sin nostalgia. Mientras el taxi la transportaba a su nueva morada, garabateo en un papel:

> Todo en el mundo se modifica; nada muere. La aventura de la vida es un giro constante. Nuestro amor, Eugenio, también, pues se agranda con cada amanecer. Tu voz vuela sobre los campos, las cumbres nevadas, las ciudades y los mares. Te oigo, te sueño…

La casona de la calle General Juan Cano, aquella hacienda enorme donde pasó su infancia y juventud, se había fraccionado, por órdenes de su padre, meses antes de fallecer en España: «Que cada hijo tenga un techo» y autorizó a que Carmen, su consentida, eligiera primero. Nahui escogió la parte más alejada de la casa principal para evitar encuentros con hermanos y sobrinos.

Cuando ocho años atrás había ido a supervisar la obra, le pidió al arquitecto que dejara los muebles como estaban, que instalara una fuente en el jardín y enrejara las ventanas; recibió las llaves y no volvió.

Por alguna razón inexplicable, el departamento de la calle 5 de Febrero había empezado a deprimirla; le urgía un cambio, irse lejos, apartarse de la gente conocida de los alrededores. Contrató a una joven para que limpiara las telarañas y el polvo, que como un manto se había instalado en toda la casa; un jardinero arregló el pasto y colocó macetas. Ella recogió dos gatos callejeros para ahuyentar a los ratones y se mudó.

Al entrar, inevitablemente, los recuerdos llegaron en fuertes oleadas que la zarandearon. Se vio niña, acostada en su recámara, a oscuras, pensando en los fusiles que su padre había dejado en un rincón; ella imaginaba que esos

rifles, durante la noche, no permanecían quietos, sino que danzaban.

Dejó su bolsa y el sombrero, suspiró y, como si un imán la atrajera, abstraída caminó hacia un gran baúl. Sacó varias fotos: en la primera se reconoció de nueve años, con la claridad acuosa de sus ojos, mirando retadora a la cámara; la frente amplia, el cabello claro, recogido; sus manos alzando la falda del vestido para mostrar las piernas. Recordó que a su hermano Manuel le gustaba la fotografía y su padre quiso probar la cámara con ella, en esa actitud tan poco usual, de mujer casquivana. Atrás, el jardín lleno de rosales que su madre sembró, no porque fuera su flor favorita, sino para impedir que sus hijos salieran a jugar. *Nos prohibía correr, ensuciarnos y hablar fuerte, la muy bruja.* En el siguiente retrato apareció el general de uniforme, *tan distinguido,* pensó. *De esta casa al castillo de Chapultepec había un túnel. Un túnel largo y oscuro, apenas iluminado cada tanto… Allí torturaban a los traidores. Yo alcancé a oír los gritos. Algunos aullaban.* «Eras tan valiente, papá», dijo en voz alta.

Se tumbó en el sofá y miró el techo. *Tú mandaste traer de Francia los mosaicos del piso, tapetes, vajillas y esa lámpara* art nouveau *que desde hoy me alumbrará.* Entonces su memoria la llevó a la casa principal. Al entrar, a la derecha, había un ángel pintado sobre un fondo oscuro. A la izquierda, Príapo, el dios griego con un pene enorme asomando bajo la túnica que él mismo levanta, copia de las pinturas al fresco de aquella casa que sobrevivió a la erupción del Vesubio. El general le había explicado que ese dios encarnaba la fuerza fecundadora de la naturaleza, «y si adorna», le dijo, «el muro de la entrada, es porque también ahuyenta a los ladrones, acarrea la buena suerte y es guardián de huertos y jardines. ¿Sabes, hija, por qué las esculturas clásicas tienen el pene pequeño? Porque el grande se relacionaba con el poco control de los impulsos sexuales y era motivo de burla».

Cerró los párpados y vio el patio, la fuente y dos árboles; alrededor todos los cuartos se comunicaban. Las caballerizas estaban al fondo y, a la derecha, el jardín, enorme. Entonces recordó el hermoso alazán de cola rubia que tenía en la hacienda en Temascaltepec. Carmen lo montaba desnuda. *¡Qué placer sentir el sol de la mañana abrasando mi piel!* A un lado, lejanos, veía los Tres Reyes elevándose entre verdores. Tenía trece años. Su madre, ronca de gritarle *descocada, desvergonzada, ¡hija de Lucifer!,* la encerraba en un cuarto sin ventanas. Carmen rasguñaba las paredes creyendo que ese espeluznante sonido la obligaría a liberarla. Pero pasaban las horas y ¡nada! Entonces juraba que al salir se cortaría las venas sobre la cama de sus padres, sí, la empaparía con su sangre: *las almohadas, las cobijas, el colchón, todo embebido en mi sangre tibia y diabólica.*

De pronto un gato saltó sobre ella y sus recuerdos se eclipsaron. Al levantarse, notó que los tapetes continuaban enrollados en un rincón; las cajas

de libros a medio vaciar se alineaban junto al librero. *Ya tendré tiempo de acomodarlos,* se dijo. Pero la desnudez de los muros le molestó. Quienes la habían ayudado con la mudanza habían reclinado todos los cuadros en las paredes del vestíbulo. Decidió colgar algunos.

El primero que desenvolvió fue un autorretrato con Matías Santoyo. Lo apoyó en una silla y se alejó unos pasos para observarlo. «Trasluce erotismo», murmuró, «te voy a poner junto a la vitrina». Colgó dos más y luego buscó la carta de Eugenio para releerla: «Te amo, voy por ti, espérame en el puerto, serás mi invitada durante todo el recorrido, de ida y vuelta…».

Sacó de las maletas solo lo necesario. El dinero que había ganado con la venta de sus cuadros en San Sebastián lo derrochó en vestidos y sombreros nuevos; adquirió un perfume y, para Eugenio, unas mancuernillas de plata. Con el resto compró su boleto de tren a Veracruz.

Desde el muelle, veía el buque acercándose tan despacio que, impaciente, jugueteó con las perlas de su collar hasta que estas se desprendieron y rodaron por el suelo. Nahui las observó risueña, pues parecía que bailaban, contentas, saltando desordenadamente unas más alto que otras. No las recogió, prefería dejarlas en libertad y seguir mirando la lenta aproximación de la nave que iba por ella para reunirlos y llevárselos juntos. *Tú y yo, Eugenio mío.* Y repitió el nombre con una emoción que la estremeció.

Él descendió por la rampa y Carmen, aunque enemiga de lo cursi, imaginó que, como en los cuentos, era el príncipe desmontando su corcel. La ocurrencia la hizo reír. Eugenio la tomó en sus brazos, le acarició el cabello y le agradeció aceptar vivir así, yendo y viniendo sobre las olas.

Raúl, el botones que el capitán le había asignado, se encargó del equipaje, mientras la pareja se encaminó al Café de la Parroquia. Brindaron con café; se hablaban bajito, oyendo apenas las notas de una marimba que tocaba al fondo del comedor.

Puntual, el Habana zarpó rumbo al norte bajo nubes grises que, en breve, soltarían un aguacero del que el trasatlántico se libró.

El universo de Carmen se convirtió en cielo, estrellas, luna y sol; viento; dos copas que chocaban una y otra vez; palabras amorosas; música para bailar con Eugenio; una cama donde cada noche se encontraban como si la vida fuera a concluir; paseos por un muelle, por calles desconocidas donde escuchaban idiomas distintos y probaban platillos nuevos.

—¿Estaremos siempre así, abrazados y rodeados de agua?

—Si tú aceptas…

—Contigo puedo vivir despegada de la tierra, del mundo.

Desde la proa, ella miraba el contorno bruñido de una nube que se empeñaba en ocultar la luna llena hasta que esta logró escapar y, con toda su brillantez, esmaltó la superficie del mar. Eugenio miró a Nahui fijamente, como olvidado de sí mismo. Le fascinaba el tono que aquella luminiscencia le daba al rostro femenino que no se cansaba de contemplar.

—Tus ojos le quitan oscuridad a la noche —le dijo—, en ellos solo veo amaneceres.

Nahui recargó la cabeza sobre el hombro de Eugenio y, con la vista hundida en el océano, pensó que cuanto su mirada abarcaba y todo lo que había experimentado en los últimos días se sobreponía, como un telón, a su pasado.

Laberinto de tumbas blancas, piedras en las que el agua ha dejado sombras oscuras, como manchas de sangre; algunas mostraban las lajas que encerraban al difunto; escalones mohosos, el susurro del viento que llevaba palabras y gritos de los yacentes.

Sin soltarse las manos, Nahui y Eugenio caminaban entre los sepulcros con esa agitación que produce lo prohibido.

—Dicen que por aquí está enterrada la reina del vudú, una mulata con dotes de bruja —murmuró Eugenio.

Aunque les advirtieron que era un lugar peligroso, como adolescentes, se habían colado por un boquete en la tapia lateral y se internaron por los pasillos del cementerio más antiguo de Nueva Orleans. Mausoleos, rejas herrumbrosas, flores frescas o marchitas, cruces y ángeles guardianes adornaban las tumbas elevadas, unas sobre otras, porque, según les explicó el viejo que cuidaba la entrada, el mismo que les impidió el acceso: el terreno era pantanoso y cuando el río se desbordaba, el agua inundaba el panteón y arrastraba los cuerpos.

Más tarde fueron al Barrio Francés a cenar y a oír jazz, ya que el barco zarparía hasta la madrugada. La taberna era pequeña: paredes de ladrillos, escasa iluminación, mesas redondas y sillas con respaldo de bejuco frente a una tarima donde un hombre blanco y tres negros creaban música no muy alegre. Carmen se dejó llevar por aquel ritmo desconocido que la hacía reflexionar en el equilibrio y la serenidad que sentía al lado de Eugenio. *Es amable, refinado y generoso; sus insinuaciones y su lenguaje sutil resultan tan*

excitantes; por primera vez me importa complacer a quien comparte la cama conmigo; halagarlo, hacerlo dichoso. ¿Estaré envejeciendo?

Como si escuchara sus pensamientos, él acarició su mano y de nuevo brindó por haberla encontrado. Mientras miraba sin ver los dedos que oprimían las llaves del saxofón, se preguntó qué sabía de esa mujer: de niña vivió en Francia, luego en México y pasó algunos años en San Sebastián con su familia; ha publicado tres libros y una *plaquette;* pinta y domina el arte de la caricatura; compone música; es hermosa, apasionada, inteligente y divertida. *Sé que la adoro y que una mujer tan bella de cuarenta años habrá tenido varios amores.* Pero el pasado de Carmen le importaba poco. *Cuando lo decida, ella me contará la historia completa. Al fin, nos esperan muchos años por delante.*

Antes de conocer los planes de Eugenio, Nahui prefirió anunciarle los suyos:

—Al terminar la travesía debo volver a México. Ven conmigo. Toma vacaciones.

Él asintió, dubitativo. Después de un rato, le prometió pedir un permiso especial.

—Tu presencia estabiliza mi marea —le dijo antes de entregarle una cajita.

Envuelto en papel había un pequeño espejo redondo en cuyo revés, forrado de seda negra, estaba pintado, con levísimas pinceladas doradas, un árbol de durazno; las flores eran cristales diminutos que semejaban diamantes. Él juntó su cabeza a la de Nahui para que ambos se reflejaran.

Ella le echó los brazos al cuello y, en el círculo de azogue, miró su rostro y la cabellera de Eugenio. Varias imágenes pasaron por su mente: la *Venus del espejo* de Velázquez, la de Tiziano, la de Kirchner, la pareja que pintó Von Aachen, y ese otro cuadro… Entonces recitó en voz baja un párrafo de *La República* de Platón:

—«… —Coge un espejo, dirígelo hacia todas partes, y en el momento harás el sol y todos los astros del cielo, la tierra, a ti mismo, los demás animales, las plantas, las obras de arte y todo lo que antes mencionamos.

»—Sí, haré todo lo que dices en apariencia; pero nada de eso existirá ni tendrá realidad». No si no estoy contigo —agregó.

Negándose a ver el barco que una vez más debía abandonar, Nahui apretó los párpados. *Au revoir*. Otra despedida, adiós, hasta la próxima.

Él no había logrado irse con ella.

—Lo siento, me han negado el permiso, lo obtendré hasta dentro de dos meses —le aseguró.

Carmen echó a andar por el muelle sin girar la cabeza. Imaginó a Eugenio en la rampa, con su uniforme blanco, impecable, midiendo la distancia que los iba apartando. Quería pensar que ese alejamiento atizaría el fuego que los abrasaba, *y cuando volvamos a vernos, los besos serán aún más ardientes. Dentro de dos meses vacacionaremos juntos. Lo llevaré a la playa, nadaremos desnudos; organizaré un concierto solo para él, le leeré poemas…*

En el ferrocarril rumbo a la Ciudad de México, se convenció de no distraerse ni perder tiempo, debía preparar su siguiente exposición: veintidós óleos en el Hotel Regis. Solo un evento como ese podría atenuar la tristeza de la separación. Cuánto le hubiera gustado que Eugenio la acompañara; cruzar la puerta del brazo de su capitán, uniformado de azul marino con galones dorados, la gorra y su andar tan erguido.

En cuanto llegó a casa, desempacó el vestido que compró en Nueva York y lo colgó para que no se le marcaran los dobleces al satén. «El corte al bies permite que la tela caiga sobre el contorno del cuerpo de forma muy distintiva», le había dicho la empleada: «liso y ajustado en la cintura, escote bajo en la espalda, es el último grito de la moda». Al acariciarlo, recordó ese día de cielo azulísimo sin nubes; ella y Eugenio paseando por la Quinta Avenida, la farmacia a la que entraron para probar el *root beer*, sus miradas elevándose hasta la punta del Empire State Building en cuya cima, según les dijo un vendedor de flores, tres equilibristas habían hecho acrobacias sobre un pretil.

Cuadros y colores invadían la casa, caballetes que sostenían lienzos terminados y otros que requerían una capa de barniz o algún retoque. Escenas cotidianas: una familia alrededor de la mesa en los portales de Veracruz; la plaza de un pueblo; un paisaje que tituló *Sembradíos*. En el centro de la sala, se apoyaba uno donde había pintado la oscuridad nocturna rodeando un barco lleno de luces y ella, en primer plano, de perfil, con vestido largo y sus enormes ojos: *Autorretrato con el barco del capitán Agacino*, anotó el título en el inventario.

El domingo 18 de noviembre de 1934, en el Salón Don Quijote del Hotel Regis, se inauguró la exposición. Estrenando vestido, Nahui Olin se dejó fotografiar bajo la marquesina de la entrada principal. Los que pasaban por ahí se detenían a mirarla, algunos se quitaban el sombrero y se inclinaban reverenciando su belleza.

—Me pregunto por qué en México no ha sido mejor acreditada la obra de esta mujer. ¡Es excepcional! —dijo el periodista del *Excélsior* al sacar su libreta y un lápiz.

—Sé que en España la han elogiado mucho —comentó el de *El Universal*.

Esa misma noche empezaron a aparecer los letreros de «vendido» en la parte superior de cada marco. En los días siguientes, Carmen leyó satisfecha las notas periodísticas. Sobre todo, le gustó un párrafo que subrayó antes de recortarlo:

> Y no pudimos menos de convenir con íntima convicción, una vez más, que muchos altos valores estéticos en México permanecen ignorados, mientras fuera de nuestra patria se les prodigan, sin embozo, las más fervorosas alabanzas.
>
> Más inexplicable, aún, semejante indiferencia, cuando nos persuadimos de que Nahui Olin ha dedicado toda la fuerza de su numen a poner de resalto, con la luz maravillosa de sus pinceles taumaturgos, el paisaje y los tipos característicamente nacionales.

Sumergida en la tina con agua caliente y sales aromáticas, Carmen planeaba su próximo viaje a Veracruz, donde volvería a embarcarse en el Habana y a reanudar su relación con Eugenio. *¡Qué ganas de abrazarlo! Besarnos la noche entera; ir a aquel restaurante cubano en el malecón y oír al cuarteto de maraqueros que nos hizo bailar; beber champaña en la proa mientras nos iluminan las luces neoyorquinas.*

Salió de la bañera y, antes de vestirse, se acercó al caballete donde dejó la fotografía de Eugenio. Era pequeña, apenas veinte centímetros por treinta y cuatro. La acercó a sus ojos, acarició el rectángulo con la imagen adorada y, con una pinza, la fijó a una tabla. El capitán recibió pinceladas de óleo sobre sus ojos negros, lo mismo su boca, las cejas, la corbata y el fondo oscuro.

A Carmen no le interesaba festejar el Año Nuevo. La mayoría los había pasado con un libro o tocando el piano; sin embargo, le ilusionaba la fiesta que organizaban en el barco. *Después de todo, aunque sus quehaceres lo abrumen, él estará allí, muy cerca, y podremos amarnos, o al menos lanzarnos miradas y besos.*

Decidió llegar a Veracruz el 24 y descansar bajo el sol en Navidad para, al día siguiente, reunirse, fresca y descansada, con su capitán.

«¡Feliz Navidad y próspero 1935!», rezaba el letrero en la estación de trenes de Veracruz. Carmen se vio en la cubierta principal bajo las estrellas, con el vestido rojo de satén, contando los últimos segundos del año; en una mano, la copa de champaña; la otra entrelazada con la de Eugenio. Sus bocas unidas en un beso, largo como la vida que pasarían juntos.

El 25 de diciembre, como lo había planeado, paseó por la playa, se tumbó bajo el sol que a ratos se escondía entre nubes grises y perezosas. Al atardecer terminó el libro de Bunin, *Días malditos* y, envuelta en las sombras del ocaso, desnuda y feliz, nadó en aquel mar sereno que la rejuvenecía. Antes de dormir, mientras dejaba el equipaje listo, vislumbró al capitán charlando con los convidados a su mesa, *quizá el lugar que yo ocupo esté vacío y Eugenio, mirando la silla, sonría pensando que mañana nos reuniremos.*

Una vez más, Carmen observó al Habana acercándose despacio a tierras mexicanas. Con el corazón agitado, sacó del bolso el espejo que le había regalado Eugenio y se pintó los labios. Las gaviotas caían en picada y se elevaban graznando, divertidas, como si festejaran el arribo de la nave. Gente iba y venía esquivando paquetes y baúles. Las lanchas de los pescadores se meneaban con el oleaje. Anclas, cuerdas, gritos, señales, estibadores descargando enormes fardos.

De pronto, Nahui se topó con Raúl, el botones. Lo saludó y, segura de que él recogería las maletas, echó a andar.

—Disculpe, señorita. Tengo la encomienda de entregarle esto —dijo alargándole un sobre.

Será la bienvenida, pensó, *o… me citará en algún lugar, en La Parroquia*… En cuanto leyó la tarjeta, su cuerpo empezó a temblar; por su garganta ascendió un lastimero y prolongado lamento. Ya no escuchaba las palabras del botones ni el parloteo de la muchedumbre a su alrededor ni la música de una marimba que alguien tocaba muy cerca, tampoco la sirena de un buque anunciando su partida. Se había quedado sorda a los sonidos del mundo; solo oía su corazón retumbando en su pecho vacío.

Aunque el suelo se hundía bajo sus pies, rechazó los brazos de Raúl al intentar sostenerla. Con una seña le ordenó que se fuera. Titubeando, el joven buscó a algún compañero que le ayudara a decidir si era prudente dejar a esa mujer sola. Le habló de nuevo, pero resultó inútil. Nahui dio unos pasos, cortos y lentos, de anciana invidente, hasta alcanzar una banca; se sentó y contempló el barco, su barco, su casa. ¡Qué desolado se veía!

Raúl volvió junto a ella; en cuclillas le rogó que le permitiera acompañarla al hotel, o a la estación, o a beber agua, o…

—¿De qué murió?

—Enfermó en La Habana, señorita. Comió mariscos en mal estado. El

médico aseguró que sanaría… La fiebre no cedió… Todos en la tripulación estamos entristecidos. Lo siento muchísimo. ¿Puedo llevarla…?

Carmen al fin lo miró; Raúl agachó la cabeza, asustado ante aquella palidez y esos ojos cuyo verdor se había enturbiado.

—Váyase, Raúl, aquí ya no tiene nada que hacer.

—Permítame acompañarla.

—Mucho le agradecería que me deje sola.

—¿Puedo llevar su equipaje a algún sitio?

Carmen encogió los hombros.

—Me da igual.

Sus pupilas volvieron al mar, ahora convertido en tumba.

Carmen permaneció allí, inmóvil, con las manos caídas sobre su regazo como dos flores marchitas. El sol rozaba el horizonte al tiempo que el Habana zarpaba hacia otras tierras llevándose sus deseos, su aliento y el de Eugenio mezclados; allá iban los suspiros, la pasión y lo que le restaba de vida. ¡Cuánto le costaba respirar! Frente a ella, bajo un cielo sangrante, se extendía un manto líquido y oscuro.

Por primera vez en muchos, muchísimos años, tuvo miedo.

El gerente del hotel, al tanto de la situación gracias a Raúl, fue por ella para acompañarla hasta el cuarto donde ya estaban sus maletas. Sin voluntad, arrastrando los pies y encorvada, se dejó llevar. No le importaba dónde; *si me echan al mar, tanto mejor.*

Sentada sobre la cama, se arrancó el sombrero y así, vestida para Eugenio, se acurrucó en una esquina.

Sueños intermitentes la sacudieron durante la noche. Tiritaba de frío a pesar del sopor que reinaba en la alcoba. Con la ropa pegada al cuerpo y la sensación de haberse oxidado, se acercó a la ventana, separó la cortina y descubrió que llovía. «El cielo llora por ti», le dijo a Eugenio, y entonces comenzó a sollozar. «¿Por qué me dejaste?».

Sin cambiarse la ropa, con el rostro manchado por el maquillaje corrido, y sin importarle el aguacero, salió. Elevó la mirada a un amasijo de nubes oscuras. «El sol no volverá a aparecer nunca», dijo dirigiéndose al embarcadero. Pisaba charcos que empapaban sus zapatos nuevos. De su cabello chorreaban gotas de lluvia que se mezclaban con sus lágrimas. Volvió a la banca desde donde vio al buque zarpar. *Tal vez fue un sueño, una pesadilla, Eugenio vendrá, vendrá por mí porque nos amamos, porque lo prometió, y porque*

una tormenta no puede quitármelo.

Cuando escampó, se dirigió a la playa. En el cielo, aves negras revoloteaban formando un remolino que la sumía en la arena. Incapaz de sostenerse en pie, se dejó caer hasta que, horas después, la encontró un empleado del hotel.

Cada mañana, antes del amanecer, Carmen tomaba asiento en la misma banca del malecón y hundía la mirada en un punto lejano por donde debía aparecer el Habana y, en el puente de mando, su capitán. Allí, muy quieta, sentía los primeros rayos, protectores y tibios, que lanzaban sombras alargadas. A ratos, contemplaba sus manos, sus piernas, movía los dedos, como si quisiera asegurarse de que no estaban rotos. Pero luego volvía a mirar la superficie ondulante, esperando ver la proa del buque: su hogar. Cuando el hambre le producía mareos, entraba al restaurante donde comió con Eugenio, se sentaba en la misma mesa que habían compartido, y si estaba ocupada, permanecía de pie, esperando. Luego de ordenar, conversaba con él, en voz muy baja para que nadie oyera lo mucho que necesitaban decirse.

Aunque el puerto la tenía anclada, tras dieciocho días volvió a la Ciudad de México segura de que en casa encontraría una carta de Eugenio anunciándole que había sanado y notificándole la fecha en la que regresaría por ella.

Cargando una fatiga de anciana, Carmen abrió el portón. Las plantas estaban secas, los muebles empolvados y el buzón vacío. Al encender la luz, su vista recorrió despacio cada centímetro de cuanto la rodeaba. *Quizá Eugenio decidió sorprenderme y en cualquier momento surja detrás de alguna puerta.* Pero solo sus gatos le dieron la bienvenida. En la sala, se topó con el caballete donde había dejado la fotografía de su amado. Absorta, la contempló por un rato larguísimo; la besó, la acarició y, temerosa de estropearla, la colocó de nuevo en su sitio.

Arrastrando los pies, llegó hasta su habitación. Jamás la había sentido tan fría. ¡Y ese silencio que se adhería a su piel! Desde su cama espió el cielo, ansiosa de que la negrura se desvaneciera y en la claridad apareciera él, su Eugenio. La noche acunaba centelleos que, ante sus ojos, se mezclaban con

imágenes que contemplaba desde el barco, al lado de su capitán.

Manelik, el gato negro de ojos verdes que había pintado seis años antes, saltó y se acurrucó junto a ella.

—Gatito mío, la vida es tirana, nos somete a suplicios horribles; es mentirosa, nos hace creer inmortales. Como los buques, vira nuestro destino. No lo descubro ahora, lo sé desde hace años, cuando escribí *Câlinement je suis dedans*. Pero hoy, su crueldad me golpea con tanta furia… ¿Te acuerdas de ese libro? Entonces te hice un verso, a tus ojos, que son dos piedras preciosas que emiten luz sobre el negro de tu pelo; adoro esa luz que me ilumina pues significa que piensas en voz baja. ¿Verdad, Manelik?

La suave tibieza del sueño se fue apoderando de ella.

Al amanecer, buscó una tabla, otro caballete, carboncillo y óleos. En el centro de aquella superficie fue surgiendo la cabeza de Eugenio, grande, tres cuartos de perfil, el torso desnudo y ella entre los brazos, fuertes y apiñonados, del capitán. Se miran. *Ahora estarás siempre frente a mí.* «Conmociones eléctricas en los sentidos, conmociones de placer interminable en los espíritus…», musitó las palabras que ella misma había escrito, mientras pinceladas azules creaban un mar de fondo. «… Y la confesión de las almas se hace por los ojos y la comunión de espíritus por los pensamientos y son besos las palabras que los expresan… Cielo color malva, nubes blancas que parecían brotar de un incendio en cuyo núcleo nacían rojas flamas, como tu boca y la mía».

Ciega y sorda a cuanto ocurría en el mundo, Carmen permaneció varias semanas encerrada en su casa. La sirvienta le llevaba comida y el material necesario para continuar pintando. *Nahui y Agacino frente a la isla de Manhattan*, tituló el siguiente cuadro donde ambos, desnudos, yacen en el camarote del barco y atrás, una ristra de edificios con sus ventanas. *Nahui y Agacino en Cuba; Nahui y Agacino bailando en la proa del barco Habana; Eugenio y Nahui en el Atlántico; Autorretrato con Eugenio; Nahui y Eugenio en el muelle.*

Música de violines la invita a abandonar el camarote. Lleva el vestido rojo y los aretes que Eugenio le regaló. Al salir a cubierta lo ve, le sonríe; él la

estrecha en sus brazos. Nahui apoya la cabeza en su hombro. *¡Qué guapo luce con el uniforme azul!* Juguetea con el botón dorado, alza la barbilla, se besan. «¡Te extrañaba tanto!». Acaricia su cabello negro. La luna es un círculo inmenso que ilumina un trozo de tierra, quizá una isla. Flotan sobre las aguas; flotan las estrellas. El mar se agita, el vaivén los obliga a separarse. Como tierra seca en un terremoto, una grieta se va abriendo camino, veloz, a lo largo del piso. El barco se fractura. Busca la mano de Eugenio para no caer, pero sus dedos solo tocan el vacío.

Abrió los párpados, arrojó la sábana al suelo y corrió a vestirse. Tomó la maleta que desde su regreso permanecía intacta y abordó un taxi hacia la estación de trenes.

El viaje se convirtió en una eternidad desesperante: no lograba concentrarse en la lectura, le irritaba el parloteo de la gente y el paisaje no le atraía. La ansiedad la llevaba de un vagón a otro. Se mordía los labios, se rascaba las piernas, el cuello, los brazos. *¿Y si el barco zarpa antes de lo previsto? Debí avisarle… Me esperará, jamás partiría sin mí. Lo prometió.* Regresó a su asiento; su mirada resbaló hacia el piso donde el sol jugaba a pasar luces y sombras, como si una película fuera a comenzar. En ella, vio a Eugenio en el puente de mando con unos catalejos pronunciando su nombre; en la escena siguiente aparece ella sacudiendo la mano, «¡aquí te espero!», grita. A su alrededor, los viajeros observaban horrorizados a la mujer que le hablaba a nadie; si acaso, al vacío. Una señora abrazó a su hija y le tapó los ojos. Carmen sacó el espejo que le regaló Eugenio, «¡allí estás!». Lo besó.

De la terminal, Nahui fue directamente al malecón. Oteó el horizonte para comprobar que el Habana no hubiera atracado. Consultó su reloj, *¿por qué se demora?* Al dirigirse a la banca, descubrió que la ocupaba una pareja.

—¡Lárguense! —vociferó sacudiendo las manos, como espantando aves malignas—. Esta banca es mía, solo mía.

Los enamorados huyeron. Carmen tomó asiento.

Las horas pasaban lentas y, con cada minuto, su tristeza se ahondaba. Extendió el brazo con la palma hacia arriba para que en ella se posara la luz. Luego de un rato, pensó que su mano solo era un cascarón donde reverberaba el silencio. Aletargada bajo un cielo herrumbroso, segura de haberse adelantado y de que el barco llegaría al día siguiente, buscó un hotel económico desde donde pudiera vigilar el embarcadero. Sin deshacer el equipaje, abrió la ventana y se acodó en el marco. Cuando sintió que una legión de hormigas le recorría piernas y brazos, se acostó sobre su lado izquierdo para seguir viendo el mar.

Al amanecer, volvió a la banca a clavar la mirada en un punto lejano. Los destellos que el sol arrancaba al océano no parecían lastimar sus ojos, pues

apenas parpadeaba. Sueño y vigilia, día y noche, todo era un tejido que la envolvía.

Nahui lloraba lágrimas de sal, lágrimas de mar negro y furioso en el que flotaba su pena, como una mancha de aceite que se negaba a desaparecer. Llora ella y llora el silencio una muda melodía que la mece, ¿o será el vaivén del barco?

Los porteños se acostumbraron a su presencia. Si alguno se acercaba, Carmen lo ahuyentaba con sus gritos.

Unos días después, Germán List Arzubide, de visita en Veracruz, paseaba por el muelle. A cierta distancia, descubrió una figura femenina; curioso, aceleró el paso y se detuvo frente a ella. Por varios segundos la contempló, incrédulo. *No, no puede ser Nahui Olin,* se dijo, *pero esos ojos no los tiene nadie*. Se acercó un poco más. Un estremecimiento lo recorrió ante esa expresión de profunda tristeza que no había visto antes en ningún ser humano. Le resultó inevitable compararla con la mujer que había conocido del brazo de Atl, coqueta, vivaracha, radiante. Carraspeó para llamar su atención; Carmen ni siquiera pestañeó.

—Nahui… Hola, soy Germán —ella no respondió ni despegó la vista de aquella lejanía donde se había empantanado—. Nahui Olin —insistió, sentándose a su lado—, soy Germán, ¿te acuerdas de mí? Íbamos juntos con Gerardo Murillo a reuniones a casa de Roberto Montenegro… A la cantina con Orozco y Diego Rivera. —Tras un largo silencio, repitió—: Soy Germán List Arzubide, el amigo del Doctor Atl. ¿Te sientes bien? ¿Puedo ayudarte?

Ella lo miró desde muy lejos, como perdida de sí misma. Al fin dijo:

—Yo a usted no lo conozco.

—Han pasado algunos años —afirmó él en tono suave—. ¿Recuerdas la fiesta de disfraces? Edward Weston y Tina intercambiaron trajes, la Modotti, vestida de hombre, se colgó la cámara y se puso la pipa de Weston en la boca. Diego y Lupe también. Estábamos todos un poco borrachos, acuérdate, Nahui —nostálgico, le rogaba—, no puedes haber olvidado a Lupe arrancándole el busto postizo que traía Diego, sus gritos…

—Ya se lo dije, no lo conozco ni lo quiero conocer. Déjeme sola.

—¿Qué te pasó? Quiero ayudarte…

—Lárguese inmediatamente o llamo a la policía.

Turbado, Germán se retiró.

Nahui llora lágrimas de fuego que arden en la piel, queman y abren surcos:

ácido que gota a gota se desliza desde sus ojos verde mar.

Al día siguiente, Carlos Pellicer, advertido por Germán List Arzubide, fue al muelle en busca de Carmen. Allí estaba, en la misma banca con la vista fija en el horizonte. Se acercó despacio para no asustarla, pero ella ni siquiera notó su presencia cuando Carlos tomó asiento a su lado.

—Buenos días, Nahui. ¡Qué gusto encontrarte!

Ella volteó a verlo, frunció el entrecejo. Una mueca, quizá un intento de sonrisa, le torció los labios. Aunque Germán le había descrito la gran desolación en la que Carmen se hallaba, Pellicer se pasmó al observarla, tan pálida y decaída. Sus ojos le parecieron dos estanques opacos y fríos. Del bolsillo sacó un envoltorio de papel arrugado y se lo ofreció.

—Es orozuz, muy refrescante.

Ella tomó una pastilla e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Por un rato permanecieron mudos, cada uno embebido en sus cavilaciones.

—A veces, los muertos esperan una palabra de quien más los ama, una sola, como un conjuro, para volver al mundo de los vivos —dijo extrañándose ella misma de revelar sus pensamientos.

—Es cierto —concedió él para no soltar ese fino hilo del que la había sujetado—. ¿Puedo invitarte un café?

—No, alguien viene por mí, no debe tardar. Él tiene que encontrarme aquí. Prefiero otra pastilla.

—Toma la bolsa.

Carmen la aceptó.

—Según Lucrecio, en las nubes hay olas que sosiegan los rayos solares.

Pellicer asintió; *lo mejor será dejarla desahogarse,* pensó.

—Murió en Navidad tratando de salvar su barco y a todos los pasajeros. Una terrible tempestad los arrastró. Naufragaron. Yo hubiera querido ir a bordo, ahogarme con él —declaró con la vista hundida en la distancia—. El océano era mi hogar, y ahora, traicionero, me lo ha arrebatado.

—«Amor así, tan cerca de la vida, amor así, tan cerca de la muerte» —recitó el tabasqueño.

Carmen, melancólica y extraviada en el perpetuo oleaje, tardó varios minutos en preguntar si él era el autor.

—Se llama «Hora de junio» —y, aclarándose la garganta, agregó—: Nahui, Germán y yo hemos comprado un boleto para que regreses a México.

Por favor, acéptalo —dijo al tiempo que le alargaba un sobre.

Carmen inclinó la cabeza para ver de reojo lo que le ofrecía y, sin dar las gracias, lo tomó con sus dedos temblorosos.

Aunque odiaba la compasión, Carmen reconoció que, de no haber sido por el pasaje y los billetes adjuntos que le regalaron Germán y Pellicer, no hubiera sobrevivido muchos días más. También comprendía la urgencia de vender algunos cuadros para ganar dinero. Pero ¿cómo armar una exposición sin ánimo ni fuerzas?

Diego Rivera y Jean Charlot continuaban en Estados Unidos, Tina Modotti se había marchado a Francia; pensó en Siqueiros y en Montenegro. Pero fue Lola Álvarez Bravo quien, como si respondiera a una invocación, la invitó a participar en una exposición que María Izquierdo estaba organizando en Bellas Artes.

Mientras revisaba las obras reclinadas en el muro de su casa, recordó aquella tarde en la que Tina le presentó a Lola. *Habrá sido hace seis o siete años,* calculó, aunque le parecían siglos. *Fue cuando Tina expuso sus fotografías en la Biblioteca Nacional. ¡Todos estábamos allí, celebrando su éxito! Se veía guapa con el cabello recogido, lástima que para tal evento se vistiera como monja,* pensó al soplar el polvo de un marco.

Cansada, se tumbó en el sofá. «¡Ay, Lola! Tú y yo congeniamos de inmediato», peroraba Nahui como si la amiga estuviera allí. «Después, Tina tuvo que vender unas cámaras, ¿te acuerdas? Manuel, tu marido, compró dos, de las cuales tú te quedaste con una, y entonces, por fin, dejaste de ser la "ve y trae" de Manuel. "Ándale, Nahui, ponte allí pa'que te retrate"… Sí, eso me dijiste», Carmen sonrió al evocarla. «¡Ay, Lola!, siempre tan parlanchina. Eso no te lo he contado», continuó en voz alta dirigiendo la vista al retrato de Eugenio. «¡Cuántas cosas me faltan por decirte! Lo haré poco a poco». Tomó la fotografía y besó la imagen.

La noche de la inauguración, Nahui no lucía tan deslumbrante como los asistentes la recordaban: los kilos perdidos se reflejaban en sus pómulos y las clavículas resaltaban sobre el escote cuadrado. Aun así, el tono agua del vestido subrayaba el verde de sus ojos que parecían haber aumentado de tamaño. Sus

labios, rojísimos, no sonreían y sus pestañas no aleteaban con coquetería. A pesar de ese gesto de extravío que a cada tanto se instalaba en su rostro, seguía siendo, para quien la miraba, la mujer más bella de México.

—¿Por qué solo trajiste tres pinturas? —le preguntó Lola.

—No tengo más —afirmó Nahui.

—Tu casa está repleta de cuadros.

Carmen frunció el ceño y le clavó su mirada de fuego:

—No los vendo.

—¿Por qué no? Todo tiene precio, mucho más si una está en apuros.

—¿Apuros? —repitió con cierto desdén, observando los holanes que adornaban la blusa de Lola—. Te equivocas.

—Está bien, fingiré que te creo. Pero como amiga, y por haberte invitado a esta exposición, merezco que me digas el motivo por el que no los quieres vender.

—Porque en esas pinturas está el amor de mi vida.

—Ay, perdóname, Nahuita, eso me pasa por metiche.

—No te preocupes.

En dos días vendió los tres cuadros.

—Pepe, necesito dinero. Te lo suelto así porque nos conocemos desde hace tiempo y no estoy para rebuscamientos. He vendido casi todos mis cuadros, y como anteriormente di clases de dibujo pensé…

El jefe del Departamento de Bellas Artes, evitándole vergüenzas, la interrumpió:

—No podías haber llegado en mejor momento. Se requieren maestras en varias primarias.

Por un segundo, Carmen dudó si aquella aseveración sería cierta. Pero poco le importó, *si no hay vacantes,* se dijo, *que corran a alguien.*

—No es mucho el sueldo, tú bien lo sabes.

—De algo servirá.

—Puedo conseguirte una beca —ofreció el hombre tras reflexionar unos segundos—, lo hemos hecho con varios artistas.

—¿Qué quieres a cambio?

—A los becarios les pedimos una o dos pinturas al año.

—Perfecto, estoy lista —afirmó y le dio las gracias.

El sueldo lo merezco, y en cuanto a lo que piden, ya mero les voy a regalar mi obra, decidió al salir de la oficina.

Nahui llora lágrimas de hielo que cada 24 de diciembre regresan puntuales, como nieve invernal, a recordarle que su soledad y su duelo cumplen un año más.

Las primeras notas de la *Marcha Fúnebre* de Chopin surgieron parsimoniosas, como si sus dedos fueran recordándolas poco a poco. De pronto, aquel sonido lúgubre se convirtió en un *agitato* que hizo vibrar la cristalería en la vitrina del comedor. Luego, Carmen golpeó las teclas con furia, arrancándoles ruidos disonantes. Su mirada estaba sumergida en el mar al óleo que no había terminado de pintar. Ese océano, antes tranquilo, comenzó a agitarse, furioso, oscureciéndose. Las olas encrespadas anunciaban la catástrofe. Allí iba el barco, presa de la irascible tormenta que, como fiera salvaje, lo zarandeaba. En el instante que un relámpago iluminó aquel horror, Nahui alcanzó a ver el rostro amado. Cerró los ojos solo un segundo, pero fue suficiente para que, al abrirlos, el Habana desapareciera. Sus manos extenuadas se desplomaron sobre el teclado, mas al sentirlo húmedo, confusa, las levantó. Entonces descubrió las gotas saladas que el mar había lanzado hasta allí. Cerró la tapa, cruzó sobre ella los brazos y en ese hueco hundió la cabeza.

Sacó del bolsillo de su suéter la botellita *recogelágrimas* que su amigo Raoul Fournier le había regalado. Ahí guardaba las gotas de agua salada, tan salada como aquella, traidora, que se tragó a su capitán.

En la cama, antes de apagar la luz, tomó el libro de Manuel Gutiérrez Nájera. *Otro Manuel,* pensó al ver aquel nombre impreso en cada página; pero ella solo leía una:

Para entonces

Quiero morir cuando decline el día
en alta mar y con la cara al cielo,
donde parezca sueño la agonía
y el alma un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven antes de que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Cada noche lo leía dos, tres veces, imaginando a Eugenio escribiéndolo mientras navegaba por ese mar siempre inestable que lo engulló.

Rodeada de libros, Carmen continuaba tecleando en su máquina Olivetti. Hacía tres meses que no tomaba los pinceles ni salía más que para ir a dar clases, pues había resuelto terminar su obra antes del fin de año. Se desvelaba leyendo a Einstein, Planck y Bohr; hacía anotaciones sobre los diferentes conceptos que proponían otros físicos acerca de la energía atómica, el desgaste molecular del universo y la radioactividad cerebral. *Lucidez,* se repetía cuando las ideas se le empezaban a enredar, como el pelambre del lanudo que había recogido en la calle unos días atrás. En el rincón, uno de los siete gatos que se alojaban en esa casa jugueteaba con la cortina sucia y rasgada.

—Cada página evoluciona como el oleaje del mar —le dijo en tono grave al perro que, echado a sus pies, levantó la cabeza y movió las orejas—. A diferencia de lo que muchos opinan, la ciencia y la poesía no son opuestos. Y sabes, no estoy muy de acuerdo con las teorías de Einstein.

Una tarde, envuelta en la bata transparente que compró antes del fallecimiento de Eugenio y que no había querido estrenar, reclinó sobre una silla un cuadro donde lo había pintado de uniforme. Recostada en el sofá, justo frente a la pintura, le leyó a Eugenio el capítulo recién terminado.

—Lo titulé «Las matemáticas» —dijo en voz alta—, a ver qué te parece: «Las matemáticas no sirven más que como punto de referencia; como el lenguaje para entendernos, ¿acaso los elementos, los átomos, tienen necesidad de matemáticas para existir?». —Tras cada párrafo levantaba la vista para ver la expresión de Eugenio—. «El tiempo y el espacio son relativos, dicen Einstein y Poincaré…».

Por la ventana abierta entraba un viento ligero que le recordó la brisa

que los mecía cuando el barco, anclado cerca del muelle, les permitía un rato de intimidad. El sol poniente que se reflejaba en los cristales lanzaba resplandores, líneas intermitentes flotaban en el mar, gritos de gaviotas, olas doradas, y en la boca, sabor a sal.

—Mira —dijo señalando la ventana—, el cielo en llamas, atardecer de octubre. Dicen que el sexo disipa la muerte, ¡vaya mentira!

Leyó un párrafo más, soltó los folios descuidadamente y agregó: «Olvidemos las matemáticas y bailemos».

Se puso de pie y dejó caer la bata que, como un halo, blanco y refulgente, formó un sedoso círculo a sus pies. Desnuda, mientras se acercaba a Eugenio, lo oyó decir que su belleza era única e infinita, como su amor, como el mar y su vaivén. La tomó del talle; Nahui posó la cabeza sobre el hombro del amado. Suaves notas surgieron del piano. Sus pasos se acompasaron. Él acariciaba su espalda, deteniéndose un segundo entre cada vértebra, como si tocara un instrumento delicado. Le besó el cuello, una mano se deslizó y en su camino iba rozando las curvas de piel tersa, provocando añorados estremecimientos. Las piernas flaquearon; un cosquilleo se apoderó de su sexo al sentir en él los dedos juguetones. Se tendió en el sofá. Él la contempló; ella estiró los brazos, urgiéndolo a tomar su cuerpo. Se amaron sin prisa, igual que la primera vez. Ella gritó su nombre. «No te vayas», le rogó. Eugenio prometió, juró volver.

Nahui hundió el rostro en el cojín, lo abrazó atenta a los sonidos que le hablaban del más allá. A su nariz llegó el olor de esa infatigable marea en la que se bamboleaban. Lo vio salir del camarote ya enfundado en su uniforme blanco con botonadura y galones dorados. Él se dio vuelta, le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

—Te espero mañana —gritó Carmen antes de quedarse dormida, desnuda, en el sofá.

Aunque los temas eran dispares, juzgó atinado agregar dos capítulos escritos con anterioridad: «El infinito de los infinitos» y «Relación de continuidad entre la vida y la muerte o el más allá».

Releyó las páginas que había revisado más de cinco veces. Satisfecha, las enlazó con un listón rojo, pintó sus labios del mismo color, puso dos gotas de perfume entre sus senos y salió rumbo al Centro.

En el número 52 de la calle Justo Sierra tocó la campana. Un joven abrió y, ante la mujer más divina que jamás había visto, quedó anonadado.

Ella, sonriente, entró como si lo hiciera a diario. Al oírla pronunciar un «buenos días», tartamudeando, él repitió el saludo.

—Avísele al señor Botas que aquí está Nahui Olin —ordenó.

El joven, boquiabierto, solo atinó a señalar una oficina.

Luego de presentarse y tomar asiento, Carmen le explicó la razón de su visita y colocó sobre el escritorio el legajo.

—Es mi más reciente libro: *Energía cósmica*. La portada también es creación mía —agregó orgullosa—. Si necesita una fotografía, traigo una.

Andrés Botas, sin despegar la vista de la dama, cogió el retrato que ella sacó de su bolsa, donde aparecía de frente con expresión grave. A pesar de los tonos sepia, se percibía la claridad de sus ojos delineados bajo las cejas delgadas; los labios contrastaban con la blancura de su tez. El cabello, lustroso, estaba dividido por la mitad.

—Usted ha traducido a Anatole France y a Paul Verlaine, por eso estoy aquí. No acudiré al extranjero ni seré vendedora de mis libros. Ediciones Botas tiene que publicar mi obra —afirmó mientras sus pupilas recorrían algunos tomos amontonados detrás del editor—. No hay nada más interesante que el mundo que llevamos dentro, ¿verdad, señor Botas?

El hombre desenlazó el nudo que ataba las páginas y las hojeó frunciendo el entrecejo.

—Dice usted que es su libro más reciente; si me permite la pregunta, señorita, ¿qué ha publicado antes?

—*Óptica cerebral, Câlinement je suis dedans* y *À dix ans sur mon pupitre*. ¿No los conoce? ¡Qué raro! ¿Habla usted francés?

Botas asintió, dio otra ojeada al texto y, al levantar la mirada y toparse con la de Carmen, supo que sería incapaz de negarle nada a esa mujer que, además de hermosa, era valiente e inteligente.

Firmó el contrato y al salir sonrió satisfecha.

Una tarde decembrina llamaron a su puerta. Al abrir, se topó con la enorme figura de Diego. Lejos de la voluptuosidad que antes los liaba, en el abrazo se transmitieron ese cariño que los recuerdos y la vieja amistad habían enraizado.

—¿Cómo está la dueña de los ojos glaucos más sublimes del cosmos?

A Carmen le costaba separarse de aquel corpachón que, condescendiente, la cobijaba.

—Estás triste —afirmó estrechándola con más fuerza.

Carmen lo soltó y le sonrió, nostálgica.

—Me alegra verte —lo invitó a pasar.

Atravesaron el jardín y, una vez dentro de la casa, señaló el sofá.

—Prefiero la cocina. —Diego sacó una botella del bolsillo de su chamarra.

Se sentaron uno frente al otro en las sillas de mimbre, que crujieron al recibir el inesperado peso. Sobre la mesa coja y desportillada, Diego colocó el sombrero y la bebida.

—¿De pico o traes unos vasitos?

Nahui regresó con dos copas.

—¿Qué estás pintando? —preguntó él mientras servía el tequila.

—Amores, amantes y panteones. ¿Y tú?

—Más o menos lo mismo, pero en las paredes.

—¿Ya regresó tu mujercita de…?, ¿adónde fue? ¿París?

—Frida y yo estamos separados, en trámite de divorcio. Mutuo acuerdo.

—Por ahí dicen que es lesbiana.

—Mejor que se entretenga, así no da lata, ¿verdad? —Soltó una carcajada y bebió el contenido de la copa—. Organizaré una fiesta para celebrar mi divorcio, en cuanto firme te aviso, quiero que vayas. —Volvió a servirse y observó a la que fuera su modelo—. Se rumora que andas triste, ahora compruebo que es verdad —dijo alargando el brazo para acariciar el de Carmen.

—Se me murió un amor.

—¡Ay, Carmencita linda! Es lo malo de querer solo a uno. Recuerdo que un día me dijiste que el amor es un enemigo fatal.

—Sí, y el dolor es una prueba de nuestra debilidad. La vida nos engaña y nosotros la adoramos, y creemos en ella. ¿Sabes por qué es engañosa? Porque nos lleva hacia la muerte. —Tras un profundo suspiro, añadió—: Esas ideas las escribí a los diez años y aún las sostengo. ¿Para qué vivir si nuestro destino es morir? Somos nuestro propio enemigo…

—No hay duda, las mujeres están hechas de otra materia. Ustedes son la humanidad, inteligentes y sensitivas; nosotros, una subespecie de animal, sin sentido ni sentidos.

Chocaron las copas, bebieron y las colmaron de nuevo.

—Quería verte, platicar e invitarte a la inauguración de una galería. La dirige Inés Amor. ¿La recuerdas?

—¿No es de su hermana Carolina?

—Caro se fue a Sudamérica en busca de material para una exposición que iba a patrocinar Rockefeller. Dejó a Inés encargada del negocio.

—¿Qué sabe Inés de arte? —peguntó Carmen con cierto desprecio.

—No tendrá grandes estudios, pero entiende el proceso creativo.

—¿Inaugura una galería o una exposición?

—La galería que tú conoces y que yo siempre he insistido en que se llame *Arte Mexicano*, se muda a una casona en la calle Milán —explicó Diego quitándose la chaqueta salpicada de pintura—. Yo mismo la encontré y convencí a Inés de rentarla. Es grande, porfiriana, con espacio suficiente para exhibir mis lienzos. Un austriaco organiza la exposición, será sobre arte surrealista.

—Esa amiguita tuya se me atraganta. Es una pelada.

—Pero vende nuestras obras.

—Las tuyas y las de Mérida. A mí solo me ha hecho groserías. El cabrón de Atl me la presentó hace años y la verdad…

—Dice que eres una gran pintora.

—Que aprecie mi obra no le quita lo majadera. Nomás falta que también invite al pinche maricón.

—¿A Rodríguez Lozano? —Diego soltó otra carcajada—. No, ese sí le cae en los huevos a Inés. Dice que cuando él va a la galería, hace rabietas porque sus cuadros y los de sus novios en turno no están colgados donde él quiere. Según ella, para Manuel Rodríguez no existen en el mundo más artistas que él y Picasso, todos los demás somos unos pendejos.

—Ese pobre imbécil, deleznable y soberbio maricón, lo que conoce de pintura se lo enseñé yo.

—Uno nunca sabe para quién trabaja.

Chocaron de nuevo las copas y apuraron el líquido que empezaba a relajar la resistencia de Nahui.

—Voy porque tú me lo pides, gordito. ¿Cuándo es?

—El 17 de enero.

Nahui Olin llegó con cierto retraso, no porque se le hiciera tarde, sino para llamar la atención. No lucía un vestido escotado ni muy corto, pero el esmeralda de la tela daba a sus ojos un realce y una luminosidad que seducía a quien la mirara. El cinturón le marcaba el talle; una flor coronaba su cabeza de rizos color miel; calzaba zapatos altos y los labios, purpúreos, pintados en forma de corazón. El negro que rodeaba sus párpados era demasiado grueso y había exagerado el rubor en sus mejillas, lo que motivó críticas y burlas de las señoras; en cambio a los hombres les resultaba extraordinaria.

A la entrada de la casona pendía una de las dos obras que Diego pintó para la exposición. Eran retratos de alguna mujer que Nahui no reconoció y que distaban mucho de ser surrealistas. *Pero Diego es el rey,* pensó al tomar la copa que le ofreció un mesero.

—«La belleza será convulsiva o no será».

Carmen se topó con Roberto Montenegro, cuyos ojos la recorrían de arriba abajo sin disimulo. El tapatío le besó la comisura de los labios y le mostró el catálogo donde aparecía la frase de André Breton.

—Se habrá inspirado en ti —agregó volviendo la vista hacia las piernas de Nahui.

Un fotógrafo los retrató, luego le pidió a Carmen que posara junto a Salvador Novo y Carlos Pellicer, pero como detrás colgaba una pintura de Frida Kahlo, Nahui se negó a aparecer con un *espantajo* de fondo. Prefirió saludar a Carlos Chávez y pedirle una cita; *debe oír mi sinfonía,* decidió mientras se dirigía a él. Al acercarse, descubrió que Carlos conversaba con Manuel Rodríguez Lozano. Perturbada, dio la vuelta y estirando el cuello buscó a la anfitriona para espetarle alguna arenga. *La muy hipócrita, ¿no que Manuel le resulta insufrible?* Abriéndose camino entre el gentío, sin que le importara ir derramando copas en su apremio, continuó el rastreo, «esto no se quedará así», dijo en voz alta.

—¡Nahui! ¿Qué pasa? —le preguntó alguien asiéndola de la muñeca.

—Estúpida, aduladora y farsante —gritó.

—¿Te has vuelto loca?

Carmen enfocó a la mujer que la inmovilizaba.

—¡Lola!

—Sí, la misma; y a ti, ¿qué insecto te picó? Pareces chiflada.

—Perdóname, te confundí con Inés.

Lola Álvarez Bravo liberó la muñeca de su amiga y lanzó una carcajada.

—¡Me confundiste! ¿Pues qué tomas? —preguntó al notar la copa vacía que Nahui aún sostenía—. Invítame una para que alucinemos juntas. ¿Ya viste quién está allá, junto a la escalera?

—¿No se ha muerto el miserable medicucho? Parece esqueleto con barba —dijo Carmen entornando los párpados.

El Doctor Atl, reclinado en una de las columnas de mármol, platicaba con Xavier Villaurrutia, Juan O'Gorman y la esposa.

—Hay tanta gente que ya me acaloré —dijo Lola poniéndose el vaso con hielos en la sien—. El que no se nos debe escapar es Alberto Misrachi.

—¿Conoces al galerista? ¡Preséntamelo!

—Nos presentamos solas, ¡faltaba más! Con tu belleza y mi verbo lo convencemos de vender nuestras obras. —Su mirada no cesaba de vagar entre la concurrencia—. ¡Allí está Alfonso Reyes! Es el chaparro que va delante de la grandota del sombrerito que, aunque no lo creas, es su señora. ¡Ay!, si no quieres toparte con Atl, date vuelta porque viene derechito para acá.

Carmen volteó y, olvidándose del reclamo que pensaba hacerle a la directora de la galería, se acercó al *Autorretrato* de Frida Kahlo.

—¡Horrendo! —gritó—. ¿Quién decidió que este adefesio es arte?

Dejó la copa encima del grueso marco de madera, le sacó la lengua a Frida, luego a Atl y se marchó.

—Amo respirar el olor del mar en el que nado con los rayos del sol entibiando mi cuerpo —dijo Carmen mientras contemplaba, desde el sofá, los pliegues de la cortina que el viento ondulaba, semejando el oleaje del océano.

En un sillón frente a ella, Raoul Fournier, vestido de traje y corbata, hojeaba el *Últimas Noticias*.

—Aquí hablan de ti.

—¿Quién?

—Un tal Rubén Salazar —respondió cruzando una pierna sobre la otra.

—Lee —pidió Carmen, volviendo la vista hacia su amigo.

—«Ayer, completamente sola y un poco cabizbaja, paseaba Nahui Olin por las calles de Bucareli. Es indudable que el nombre de Nahui es ya desconocido para muchos; pero hubo un tiempo en que fue ampliamente conocida y se le admiraba en esta metrópoli y gran parte del país. Nahui fue de las primeras mujeres que en México se atrevieron a invadir las actividades tradicionalmente dedicadas a los hombres…».

—¿Qué significa eso? —gritó enderezando la espalda—. ¿Me llama marimacha, a mí? No te quedes callado, ¡di algo!

—Aguarda, déjame seguir: «Pintaba y era conocida como pintora; pero fue de las pioneras, de las precursoras y, como casi siempre sucede, quedó arrollada».

—Ese tipo es un pendejo. ¡Arrollada! —Se levantó agrandando los ojos.

—Escucha —insistió Fournier—: «Es, por lo común, el destino de los precursores. Ellos abren la brecha para que otros triunfen. Piénsese, independientemente de merecimientos, en una Frida Kahlo o en una María Izquierdo: pudieron triunfar y han triunfado porque el camino ya había sido despejado. ¡Triste destino de los precursores!».

Furiosa, le arrebató el diario, lo tiró y lo pisoteó.

—A este imbécil no le bastó con lo de sola y cabizbaja, me llama machorra a mí, la más bella y femenina de México, y además, ¡Frida Kahlo! —gritó dándole un puntapié al periódico ya desgarrado—. Su nombre no puede ir cerca del mío. Mujerzuela más fea y peor pintora no hay en el mundo. Si no fuera porque se casó con Diego…

—No hagas caso. No vale la pena. Como bien dices, la mencionan

porque es la señora de Rivera. —Fournier aún tenía el cabello oscuro, sin canas; el peinado hacia atrás ampliaba su frente—. Veamos, Nahuita, por teléfono te quejaste de dolores, falta de sueño, y te rehúsas a ir al consultorio…

Carmen volvió a sentarse en el sofá y entrelazó los dedos sobre su regazo.

—¡Ay, Raoul! Además de la pena del alma, siento un dolor extraño en el cuello, en los hombros. A veces, al caminar, de pronto me sobresalto, atemorizada, pues siento que el siguiente paso lo daré en el vacío.

—Es pura angustia. Debes retomar tu rutina, distraerte…

Carmen apoyó la cabeza en el respaldo e inició un soliloquio sin pausas:

—No quiero, no quiero olvidar, pero las voces se disuelven mucho antes que el cuerpo, que la imagen. ¿Qué hacemos frente a la finitud del ser? Nos alimentamos de ficciones. La oscuridad nos hace tambalear…

Fournier la llamó para sacarla de aquel estado. Ella se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Hay ocasiones, Raoul, en las que me resulta difícil respirar; entonces me veo en la proa del barco, inhalando el aire fresco, salobre, y él, Eugenio, me canta muy cerca del oído, así, bajito, y nos mecemos… —Suspiró—. Pobre antídoto contra la tristeza y, sin embargo, me alivia. Sí, un dolor extraño serpentea entre mis costillas, hunde mi corazón y ni siquiera tengo una lápida donde dejarle flores.

—Ay, Nahuita, necesitas dar un paso adelante, después otro, no te quedes empantanada en el pasado. Mírate, aún eres joven, talentosa y bellísima…

—¿Joven? En julio cumplo cincuenta —dijo enfurruñada—. Y también me duele el cuerpo, siento una rigidez…

—Subiste de peso y no te mueves…

—¿Viniste a regañarme? —dijo en tono de reproche.

—Te disgusta oírlo —Su índice señaló las envolturas vacías de chocolates y las galletas que dos gatos ya estaban degustando—. Te recetaré unas cápsulas, pero camina, es el mejor ejercicio.

—Paseo en la Alameda, me lleno de sol y voy al cine. Me encantan las películas francesas. En el Del Prado suelen exhibirlas. Hay un director, Christian-Jaque, ¿lo conoces? Yo me carteo con él. Estuvo casado con una actriz… no recuerdo su nombre, Carol o algo así. Cuando estrenaron *Naná,* en el Metropolitan, corrí a verla, me urgía, pues quería mandarle mis comentarios al director. ¿Leíste el libro? —No esperó la respuesta—. Yo sí, en francés. Los libros deben leerse en su idioma original. La película no es mala, sale esa mujer, su esposa, casi desnuda, con botas doradas, ropa interior negra.

Se divorciaron poco después. —Un gato saltó hacia ella y se refugió sobre sus piernas—. Amo el cine. De niña, mi padre me llevaba. Vivíamos en París. Christian-Jaque también vive allí, 18 *rue de l'Assomption*. Papá me tomaba de la mano y nos íbamos los dos al *cinéma,* en Neuilly, una zona aristocrática. —Guardó silencio, sus pupilas parecían traspasar los muros.

Qué sola está, pensó Raoul, lamentando no poder visitarla con mayor frecuencia.

—El cine forma una especie de cápsula a nuestro alrededor; la pantalla es la ventana por la que veremos un reflejo ilusorio del mundo. —Pensativa, entornó los párpados—. Yo iba con papá y sabía ver las películas en la noche, en la oscuridad donde él estaba tan contento, cerca de mí, abusando de la noche, de la oscuridad del cine que todo el mundo mira… una hora de amor muy dulce, loca, que mece y acaricia la música en la noche, en la oscuridad… —Parpadeó, como si volviera al presente—. ¡Ay, la memoria traicionera! Intento traducirlo, pues ese verso lo escribí en francés hace… No sé, prefiero no hacer cuentas.

El médico, enternecido frente a esa amiga tan querida que parecía deslucirse semana a semana, optó por distraerla de su monólogo.

—En el teléfono mencionaste un cuadro —dijo frotándose las manos —. ¿Cuál deseas vender ahora?

Carmen le mostró un óleo donde aparecía el perfil de una anciana envuelta en un manto que surgía de la tierra. Al acercarse, Raoul descubrió que en esa especie de capa hecha en tonos de café y negro, Nahui había pintado unas cruces diminutas. *¡La arropa un cementerio!,* el descubrimiento lo pasmó. Luego observó la nariz alargada, el cabello blanco y la palidez de ese rostro que contrastaba con los azules del fondo y el color anaranjado sobre el que había un caserío y la cúpula de una iglesia.

—Este es distinto —comentó al levantarse—, y de mayores dimensiones —agregó, calculando la medida—: un metro de alto por… sesenta, no, setenta de ancho—. La cara, ¿es alguien en particular o solo una…?

—Mercedes Valseca.

—¿Tu madre?

Nahui asintió.

—¿Y quieres deshacerte de él? —preguntó él alzando las cejas.

—De ella.

Tras un rato de silencio, Raoul le preguntó la cantidad que pretendía recibir.

—Cinco mil pesos —respondió sin titubear.

—Nahui, Nahuita, te has vuelto loca. ¡Cinco mil!

—Tú mismo has dicho que es más grande y distinto que los otros. Además, necesito el dinero y tú siempre me ayudas —agregó inclinando la cabeza.

—Sí, pero esa suma… El año pasado, Bellas Artes compró *Las dos Fridas* en cuatro mil…

—¡Dale con la pinche Frida!

—Más treinta y seis pesos del marco. Y no las estoy comparando, solo quiero que te des idea de los precios.

—Sus pinturas son una mierda.

—Lo son —admitió para calmarla—, pero ese cuadro mide el doble que este.

—¡Pues aunque midiera diez veces más!

—El que me llevé el mes pasado no se ha vendido.

Carmen, pensativa, observó los labios gruesos de su amigo, el pequeño zafiro en el pisacorbata, la camisa impecable.

—¿Tres mil?

—Lo ofreceré en dos quinientos.

Ella respondió con una mueca. Le besó la mejilla y le dio las gracias.

Raoul abandonó la casa llevándose la obra. Buscó en el bolsillo las llaves de su auto, abrió la cajuela y, antes de cerrarla, contempló aquel óleo del que, intuyó, no podría desprenderse.

Carmen se observaba en el espejo del tocador: un mueble antiguo con tres lunas y, a un lado, dos cajones cuyo contenido los hacía tan pesados que prefería no abrirlos. Con el lápiz negro repasó, por tercera vez, el contorno de sus ojos; volvió a empolvarse la cara y con un labial muy gastado se pintó la boca de color sangre. Cepilló sus rizos e hizo un mohín al verificar que pronto tendría que teñirse las canas. Se puso un abrigo de terciopelo púrpura, un sombrero pasado de moda, cogió su bolsa y salió.

Al cerrar la puerta, descubrió que no tenía adónde ir.

Miró el cielo, luego a derecha e izquierda, esperando una señal para resolver qué rumbo tomar. No recibió ninguna; alzó los hombros y cual su costumbre, se dirigió al Centro.

La gente con la que se cruzaba en el camino la veía sin ocultar su desconcierto. «¡Qué señora tan rara!», exclamó un niño. Otro la llamó: «Vieja loca». Nahui no les prestaba oídos; su atención estaba en la carta que había recibido el día anterior. Desde Francia, su hermano Samuel le pedía ayuda:

«Hace más de ocho meses que estalló la guerra y nos urge algo de dinero; todo escasea…». En su mente, apareció aquel hermano al que apenas recordaba y del cual no había tenido noticias en muchos años. *¿Cuándo nos vimos por última vez?*, se preguntó sin hallar respuesta. «¿De dónde quieres que saque dinero? Con dificultades me alcanza para vivir», murmuró como si él estuviera ahí. Entonces se acordó de una mañana en la que su madre la llevó al jardín a cortar flores para ponerlas en la tumba de una sobrina. «Se fue al cielo», le dijo doña Mercedes, «la pobrecita era tan dulce, no como tú, Carmen, que dices cosas feas; ella ahora vive con Nuestro Señor». «¿Quién es ese?». Su madre abrió mucho los ojos. «¡Qué pregunta! Es Dios, el que nos hizo y al que todo le debemos». «Pues yo nací contra mi voluntad, así que nada le debo a ese señor». En vano trató de recordar cuál fue el castigo por semejante blasfemia.

Ensimismada y a pesar del calor de mayo, continuó su andar sin quitarse el abrigo. De pronto, oyó su nombre. Alzó la vista y, tras unos segundos, reconoció a la Modotti.

—Ay, Tina, ¿dónde andabas? ¡Envejeciste muchísimo!

La fotógrafa de cuarenta y cuatro años sonrió condescendiente.

—En Alemania, en la Unión Soviética, en España, en la guerra.

—¿La guerra? ¡Un horror!

—Más de lo que podemos imaginar.

—¡Qué gusto encontrarte!

—Regresé apenas —respondió la italiana—. ¿Nos tomamos un café?

Echaron a andar por la calle de Tacuba. Las dos figuras femeninas se reflejaban en los escaparates: una delgada, vestida de negro con el cabello restirado en un chongo de mujer vieja; la otra vestía tonos chillones y una maraña de rizos enmarcaba su cara redonda. Sobre los hombros y dentro, en el pecho, cada una cargaba su alforja de nostalgias y quebrantos, reservas y temores.

Las frutas cristalizadas y los bizcochos que se exhibían detrás de un cristal las detuvieron.

—Aquí sirven el mejor chocolate —dijo Nahui abriendo la puerta.

Mientras Tina bebía jugo de naranja y platicaba de su destierro, Carmen devoraba unas enchiladas jarochas, frijoles, flan y chocolate a la francesa. Entre un bocado y otro, cuando su amiga callaba, melancólica, Nahui le pedía que continuara.

Tina hablaba de Berlín, de París, pues no deseaba recordar aquellos días cuando la echaron de México, esposada. El desprecio. La incertidumbre. Preferiría hablar del pasado, de las fiestas, pero los diez años en el exilio seguían presentes.

—En Moscú trabajé en una agencia de fotógrafos proletarios —sonrió

con amargura—. Lo mío es el arte, y allí tenía que demostrar lo contrario… Muchas veces perdí el aliento…

—Da miedo morirse y que nadie se dé cuenta —interrumpió Nahui antes de sorber el chocolate.

—¿Perdón?

—Como los perros o los gatos. Y si está lloviendo, peor.

—¿De qué hablas? —Por un momento Tina creyó haber olvidado el español.

—La vida se escurre por un enorme embudo, ojalá la mía vaya directamente al mar —dijo observando los vitrales que decoraban el salón: una mujer dorada, desnuda, cuyas alas se confundían con su cabellera.

—Nahui, no entiendo —Tina frunció el entrecejo.

—Vamos a mi casa, así te enseño mis cuadros. Y te presentaré a Eugenio. ¿Verdad que quieres conocerlo?

Carmen se dirigió a la puerta. Los ojos de Tina, muy abiertos, la siguieron. Supuso que iba al baño, mas al verla salir del restaurante, comprendió su error. Pidió la cuenta, buscó en su bolsa. No llevaba dinero suficiente; dejó todo lo que traía y corrió tras Nahui.

Tardó en dar con su figura ya lejana. Gritó su nombre, pero su voz se perdió entre el gentío.

—¿Quién va a renacerme? —le preguntó Carmen al espejo donde estudiaba su rostro recién maquillado y con tanto polvo que sus labios, rojísimos, resaltaban con violencia. Se acercó un poco más y entonces, furiosa, descubrió un sinnúmero de canas. Cubrió el espejo con un chal—. ¡Traidor! —le gritó.

Se puso un vestido de tela satinada verde limón que le apretaba; en el escote, una enorme flor de papel color fucsia y, tras despedirse de cada uno de sus gatos, se marchó. Caminó hasta la avenida Constituyentes, en la esquina abordó un camión y se apeó casi enfrente de la Librería Juárez.

En cuanto atravesó la puerta, el dueño salió de detrás del mostrador a recibirla.

—¡Nahui Olin! ¡Qué gusto enorme!

—Gracias, Tomás.

—¿Qué tal el libro de Pavese?

—Me gustó la forma coloquial del poema «Los mares del sur». Me conmueven esos personajes solitarios que recorren calles vacías en busca del camino que los lleve de vuelta al pasado. ¿Te das cuenta, Tomás? Nuestro

único futuro son los recuerdos. «La vida no es más que un zumbido de silencio», escribe ese italiano que, si me lo topo aquí o donde sea, me lo llevo a mi casa y lo encadeno a mi cama.

—Querida Nahui, comparto tu opinión acerca del poema; en cuanto a topártelo, imposible, el hombre murió hace unos años. Pero háblame de *Mujeres apasionadas*, ¿qué te pareció?

—¡Ay! Siempre, de alguna u otra forma, el mar, la arena, las olas, cuerpos desnudos y crepúsculos ciñen mi existencia. Hace tiempo que no oigo los mensajes que emergen de sus profundidades. Es curioso cómo los seres humanos podemos sentirnos ajenos a la tierra. El mar —sus pupilas se extraviaron en la lejanía— nunca me avisó que sería tan cruel, imagínate, que aún me zarandea su vaivén, incluso mientras duermo.

Embebido en las palabras de Carmen, Tomás se había desentendido de los demás clientes. Cuando ella guardó silencio y su mirada regresó, el dueño le anunció que ya tenía su encargo. Tomó un libro del mueble y se lo mostró.

—*Masa y poder*, de Elías Canetti, ¿correcto?

Carmen lo vio, frunció la frente y dijo:

—No sé, creo que sí. Anótelo en mi cuenta. Ahora, si me consigues a este autor… —Rebuscó dentro de su bolsa, sacó un papel arrugado y leyó—: Michel Leiris. Recién me entero de que él se casó con la hijastra del marchante de Picasso. Yo conocí a Picasso, en París, ¿sabes?

—¿Qué título de Leiris buscas? —preguntó el hombre de cabellera y bigote blanco.

—No importa, pero que esté en francés. Y cuando venga a recogerlo, te platicaré de mi amistad con Picasso. Gracias y adiós, Tomás.

El hombre sabía que Nahui no iba a pagar y no le importaba. Le causaba gran satisfacción poder regalarle cualquier tomo. La consideraba inteligente, y su poesía le parecía profunda e íntima.

Con su libro bajo el brazo, Nahui caminó sin prisa hasta encontrar una sala de belleza. El lugar era un recoveco en la planta baja de un edificio que se hundía. «Como los barcos», dijo al entrar.

Dos horas después, ufana y erguida, salió con el cabello teñido de color naranja.

—La molesto, estimada Nahui, porque estoy haciendo un trabajo sobre el Doctor Atl y pensé…

—¿Pensó? Pues no piense, Manuel. De ese vejete no quiero saber nada

—declaró mientras jugueteaba con las perlas falsas de su collar.

—No se enoje, si no vamos a hablar de él, faltaba más, solo necesito saber si tiene usted alguna obra suya.

—¿Del medicucho? —Carmen dejó escapar una carcajada—. Ni loca. En esta casa no hay nada que ostente su nombre. Pero le mostraré algo muy interesante.

Abandonó la sala y, después de un rato, Nahui volvió con una pintura de más de un metro de alto. La reclinó en la pared y observó la reacción de Álvarez Bravo. Él contempló a la pareja que de perfil, abrazados, están a punto de unir sus bocas rojas, como el vestido de la mujer y los techos de las casitas que forman el paisaje. Ella rubia, él castaño; ojos enormes, entrecerrados, con largas pestañas. El fotógrafo se acercó. Abajo, del lado izquierdo, estaba la firma de Nahui Olin. Se rascó la cabeza sin comprender por qué le mostraba ese cuadro que nada tenía que ver con Atl.

—Muy hermoso —comentó al fin.

—¿Verdad que sí? —Carmen se paró junto a Manuel y permaneció un momento mirando las dos figuras representadas—. Es Acapulco, donde conocí a Lizardo. Era buen amante. Buenísimo. Hacíamos el amor en la playa, desnudos sobre la arena que parecía talco de tan suave. Hace tiempo que no voy al mar. Pero no hay como París. *Oh la lá*, París. Francia querida, tu inigualable idioma, tu exquisitez, tu elegancia —dijo entornando los párpados y balanceando el cuerpo, como si oyera alguna canción—. *D'amour de cerveau et de chair j'ai été faite, trois choses indéfinissables, incompréhensibles aux hommes, mon inconformité est le tourment qui m'isole et me déplace de la vie a laquelle la médiocrité limite une adaptation et trouve une conformité*. ¿Conoce usted París? —preguntó con seriedad—. Allá me espera Eugenio. Moriría si no vuelvo a pisar sus calles, sus puentes. Paraíso y palacio del arte y de la inteligencia. Nadie ha visto esa ciudad como yo, porque yo relajo la mirada y permito que su luz entre en mí. —Estiró los brazos echando la cabeza hacia atrás—. Usted y yo somos creadores, los creadores estamos apartados del mundo, de eso que llaman realidad. Vivimos la vida a través de nuestro arte. Manuel… ¡Cuántos Manueles se atraviesan en mi camino! —exclamó con el entrecejo fruncido, como si tratara de resolver un acertijo.

Manuel Álvarez tosió varias veces intentando hacerla regresar al presente, al motivo de su visita, pero Nahui andaba muy lejos.

—El dolor que anida en el corazón marchita el cuerpo —siguió con su monólogo—. Nada me resulta nuevo, he abusado en demasía de mi sensibilidad. ¡Qué ganas de correr desnuda y gritar! ¿A usted no le dan ganas de correr por una selva virgen? O en la playa. Mi mano desea transcribir mis pensamientos, porque el infinito puede resumirse en una frase. ¡Manelik! —

gritó de pronto—. ¿Dónde estás, Manelik? Ven, mi adorado, saluda al señor fotógrafo. —Se inclinó, tomó al gato entre sus brazos y lo acercó a su rostro.

Manuel la observaba con un sentimiento de compasión y ternura.

—Ah, quería usted saber si conservo alguna obra del vejestorio ese, ¿verdad? —dijo, soltando al felino.

Carmen le dio vuelta al cuadro reclinado en la pared. Sorprendido, Manuel descubrió un paisaje de Atl a espaldas de los enamorados en Acapulco. Se colocó los anteojos en la frente y se inclinó para confirmar que no se equivocaba en su juicio: en la esquina izquierda se encontraba la firma del vulcanólogo. Contrariado, observó que algunos brochazos embadurnaban las nubes y lo que suponía era un conjunto rocoso asomaba bajo una mancha de óleo blanco.

Al no hallar palabras, torció la boca.

—Allí tiene a su Atl —dijo ella cruzando los brazos.

—¿De qué fecha será? —preguntó Manuel con tristeza.

—De cuando envidiaba mi talento, de cuando estaba celoso porque mi espíritu es demasiado grande para un insecto como él. O de cuando se largó a ese viaje, sin despedirse, sin escribirme, seguramente con alguna fulana… —subió el tono de voz—. Porque ya sabrá usted que mi inteligencia resplandece en las profundidades del infinito, como un sol ante el cual todos bajan los ojos porque no resisten el reflejo. Medicucho cobarde. Yo iluminé su ingenio, el suyo y el del maricón aquel, por eso ellos estarán siempre en deuda conmigo. Bueno —agregó dirigiéndose a la puerta—, si no se le ofrece nada, ya puede retirarse. Venga otro día más temprano, porque llegó la hora de meter el sol y no puedo seguir entreteniéndome.

Carmen corrió las cortinas para darle paso al sol. Sobre la cama, tres gatos la miraron con parsimonia y volvieron a cerrar los ojos. Sabían que su dueña iba a entretenerse quitando la sábana en la que cada noche se envolvía, esa que llevaba pintado a un hombre fuerte de largas pestañas, la que colgaría con pinzas para que durante el día se aireara; que su ama iba a demorarse en llegar a la cocina y, antes de servirles leche, tocaría un rato el piano y luego se eternizaría frente al espejo, aplicándose polvos y cosméticos para después tomarse mucho tiempo cambiándose de ropa hasta decidir cuál vestir, porque últimamente compraba dos o tres faldas iguales, pero de diferente talla, por si bajaba o subía de peso.

Mientras se abotonaba una blusa roja, su mente voló hacia la noche

anterior, en la plaza Garibaldi. Había pasado la mañana en una zapatería probándose distintos modelos; al fin escogió unos botines, pero su monedero estaba vacío. Los dejó apartados. Volvió a casa y la recorrió intentando elegir qué vender. Finalmente, metió sus sombreros en un enorme costal y, de nuevo en el Centro, se dedicó a ofrecerlos sin que nadie los quisiera comprar. Fatigada tras un largo día de ires y venires, se sentó en un arriate de la plaza cuando un trozo de luna adornaba el cielo. De alguna cantina salió un señor que se detuvo a mirarla con curiosidad.

—En el costal no llevo un cadáver, tampoco las fotografías que me tomó Garduño desnuda hace treinta y cuatro años —espetó Carmen—, solo vendo unos hermosísimos sombreros. Ellos narran historias de colores y formas; cada uno me hace diferente, enmarcan mi rostro tan sabio como un ángel o demonio. De joven, les escribí un poema —sacó uno de fieltro azul rey con una pluma negra y, sosteniéndolo en su mano, se dirigió al objeto como si fuera su interlocutor—: ¿Te acuerdas de aquella fiesta en la que Tina se vistió de hombre? Y Frida, con sus enaguas y collares, tan ridícula. Varios se pusieron un capirote blanco que les cubría la cara…

—¿Puedo verlos? —preguntó el hombre.

—¿A quiénes?

—Los sombreros.

—¿Para qué?

—Soy director de teatro, quizá me sirvan para el vestuario de una obra.

Al día siguiente, arrepentida de haberlos vendido, con su blusa roja se dirigió de nuevo al Centro. Descendió del tranvía en la esquina de San Juan de Letrán y Artículo 123 y siguió derecho, a buen paso, hacia la plaza Garibaldi. Cruzó la calle para caminar del lado donde el sol caía a plomo. Se ajustó el sombrero de paño amarillo, el único que le quedaba de todos aquellos que fue guardando desde su juventud. Al llegar, se dio cuenta de que desconocía el nombre del comprador, ni siquiera recordaba su rostro. Con la esperanza de hallarlo entre las vecindades, recorrió el Callejón de la Amargura. A quien se cruzaba en su andar, le preguntaba si conocía a un señor que compraba sombreros; algunos la ignoraron, otros se burlaron. «Esa vieja está loca», decían sacándole la vuelta. Una anciana le preguntó por qué los había vendido si tanto los extrañaba.

—Me urgía el dinero.

—¿Cuánto le dio?

—Cinco pesos por cada uno —respondió torciendo los labios—. Estaba oscuro, era de noche.

Resignada y triste desanduvo el camino.

El sol viene de lejos para amarme, se consolaba, inmóvil, mirando el cielo entre gente apresurada que empujaba carretillas o cargaba bultos. Contempló el sol sin parpadear. «Soy como tú», le dijo, «lanzo sombras y soy infinita». Al bajar la vista, se topó con un hombre de barba larga, canosa y abundante; llevaba sombrero de paja y, en los labios, dos cigarrillos encendidos a medio consumir. El Doctor Atl se detuvo a unos pasos y, tan sorprendido como ella, la observó. Carmen supuso que era una imagen irreal: su otrora amante retornaba del mundo de los muertos para pedirle perdón.

—¡Nahui Olin! —pronunció despacio.

Carmen volvió a oír su nombre, dicho por él, años, mil años atrás, mientras ella se sumergía, desnuda, dentro de aquel depósito cuadrado en la azotea del exconvento de La Merced: «Nahui Olin, movimiento renovador de los ciclos del cosmos…». Sintió las gotas de agua escurriendo por su piel. Oyó los gritos de los vecinos. Un escalofrío la sacudió. Sus ojos se humedecieron.

Atl se escudó en el sombrero para evitar que la mujer notara el chasco que le había provocado su aspecto. *¡Qué mal te ha tratado la vida lejos de mí!,* pensó.

Entonces, solo entonces, ella notó las muletas.

—¡Te falta una pierna! —murmuró, pero el bullicio de la calle ahogó sus palabras—. Llevo prisa —se apresuró a decir, turbada ante aquella mutilación que convertía al fogoso amante en un pobre inválido—, tengo un compromiso ineludible —mintió sin ocultar la mala impresión que le causaba la vejez y la fragilidad de Gerardo Murillo.

Él se quitó los cigarros de la boca y se aclaró la garganta; una mezcla de compasión y regodeo había enronquecido su voz.

—Vamos a mi estudio y nos tomamos un whisky.

Los ojos verdes atravesaron el hueco donde antes había una pierna que sostenía al hombre por el que estuvo dispuesta a matar y a morir. Un hueco similar le hundió el pecho.

—Es muy cerca, sobre esta misma calle —agregó el vulcanólogo.

Caminaron sin hablarse. Nahui pensó en las escaleras del claustro de La Merced y se preguntó cómo haría Atl, en esas condiciones, para subir hasta la azotea. A su mente llegó la escena cuando, furiosa, corrió a aventar por la escalera a dos mujerzuelas que venían con él, quesque solo para ver la ciudad desde allí. Pero el nuevo estudio estaba en la planta baja de una vecindad.

Gerardo abrió la puerta metálica y se hizo a un lado para permitirle el paso. Lo primero que Nahui percibió fue el olor penetrante y familiar a resina, petróleo y tabaco que flotaba en el ambiente. Luego echó un vistazo a las dos estancias de techo bajo divididas por una mampara. Tres focos pendían de sendos cables polvosos. A la izquierda había un lavabo lleno de frascos con

pinceles y brochas. Dos ventanas sin cortina iluminaban una mesa alta y los muros desconchados donde colgaban cuadros y bocetos. Al fondo, entre caballetes, cubetas y huacales, había una cama rústica igual a la que compartieron años atrás.

Como dos extraños que evitan la cercanía, se quedaron de pie, sin pronunciar palabra; como dos viejos enemigos, eludían mirarse a los ojos. Carmen, escondiendo su gordura dentro de un abrigo de terciopelo color naranja, se acodó en la mesa y estudió las obras que la rodeaban: montañas nevadas, troncos, volcanes, cielo, nubes.

Atl, dieciocho años más viejo que ella, calvo y arrugado, apenas lograba que el cinturón detuviera la caída de sus pantalones. Sin hallarse lugar en su propio espacio, se reclinó en la pared y siguió con la vista el pleito que sostenían dos avispas sobre un plato con restos de comida.

—El paisaje es un fenómeno muy complejo que se manifestó cuando el hombre adquirió un conocimiento pleno de la naturaleza y un gran poder de concentración espiritual —dijo para desgarrar ese incómodo silencio.

Nahui se limitó a parpadear con parsimonia.

Arrepentido de haberla invitado, alcanzó la botella de whisky y sirvió dos vasos. Mientras, Carmen permitió que sus pupilas escudriñaran el trozo de tela remangada donde debía estar la pierna que ella había acariciado apasionadamente. *Un zapato, solo uno, y un calcetín*, pensó frunciendo el entrecejo, *¿qué hará con el par?*

Atl apuró su bebida de un trago y se sirvió de nuevo. Las avispas, concentradas en su lucha, zumbaban. Nahui giraba el vaso entre sus dedos, intentando adivinar cómo se había quedado cojo el medicucho. *¿Habrá enterrado la pierna con honores militares igual que Santa Anna?* Su ocurrencia la hizo reír. *O quizá la esconde debajo del catre y cada noche le platica sus tribulaciones.* La imagen la asqueó y su vista regresó a los lienzos que pendían a su alrededor.

—Escoge uno —dijo el vulcanólogo.

Ella señaló un paisaje en el que claroscuros formaban un mar de nubes sobre una serranía agreste; al fondo, lejano, un volcán al rojo vivo lanzaba una fumarola que a Carmen le semejó el espíritu de una serpiente. Atl descolgó ese y un dibujo del atardecer en el Popocatépetl.

—Te los regalo.

—No quiero tus cosas.

—Tómalos como recuerdo de nuestros amores.

Nahui estaba a punto de rechazarlos de nuevo, pero pensándolo bien, decidió aceptarlos.

—Espera —dijo él—, no te vayas.

El hombre desapareció unos segundos tras la mampara; volvió con dos cuadros y los colocó sobre la mesa. La mujer los vio arqueando las cejas. Se inclinó para comprobar lo que ya sabía.

—¡Son míos! —exclamó.

—Tú los pintaste, ahora me pertenecen.

—¡Me los robaste!

—No, los guardé. Si quieres, llévatelos.

Carmen tomó las cuatro obras.

—¿Y tu pierna? —preguntó al fin.

—Me la quitó el volcán. ¿No vas a terminarte tu copa?

Nahui se marchó sin responder.

Golpes continuos sacudían la puerta del estudio. A gritos, apoyándose en las muletas, Atl preguntó quién era y, ante el silencio del visitante, abrió malhumorado. Al ver a Nahui creyó alucinar. Como la semana anterior, cuando se encontraron en la calle, se miraron un largo rato en silencio, hasta que ella dio un paso adelante obligándolo a retroceder. Su cabello, recién teñido de color naranja, contrastaba con el fucsia del suéter que ella se había tejido.

—Aquí están tus cuadros. Me estorban —dijo depositando los de Atl sobre la mesa—. Nadie quiere comprar semejante bazofia.

Gerardo observó, sin disimulo, las medias rotas, los tacones pelados y la bastilla mal cosida del vestido. La imagen de aquella Nahui esbelta, rubia, ondulante y fulgorosa, aquella que incendió su espíritu, apareció por un momento ante él. Recordó las lágrimas de placer, las caricias interminables, las cartas, los muros donde ella le escribía frases exaltadas. ¡Era tan luminosa! Un coletazo de compasión lo espoleó a ofrecerle dinero por ambas obras.

—Acepto. Y los que yo pinté, también —afirmó sacándolos de un enorme morral y colocándolos al lado de los otros dos.

—Aunque te los regalé, voy a darte quinientos pesos por cada uno de los tuyos, y doscientos por los míos.

—Quinientos por cada uno. Son dos mil en total —aseveró clavando su mirada en la de él.

El hombre entornó los párpados. Las arrugas verticales que nacían de su entrecejo parecían profundizarse, y las manchas que salpicaban su cabeza calva resaltaban bajo la luz del foco.

—Está bien —dijo resignado.

Sin soltar las muletas, metió la mano al bolsillo de su pantalón. Ella apretó los billetes en su puño y, complacida, salió sin cerrar la puerta.

Tal como lo había planeado, se dirigió al Casino Español.

Tras la caminata, sudorosa y hambrienta, pero garbosa y segura de sí misma, atravesó el vestíbulo bajo el vitral y, en el restaurante, eligió una mesa sin esperar que se la asignaran. Ordenó chipirones al coñac, caldo gallego y crema catalana. Con cada bocado pensaba que las palabras no podían expresar el placer que le provocaba la blancura de los manteles, la elegancia y eficiencia de los meseros, la perfección lograda en esos manjares. Bebió vino tinto y, antes del primer sorbo, brindó por ella misma.

Al día siguiente, fuertes golpes interrumpieron la siesta de Gerardo. Desde su lecho, entre gruñidos, preguntó quién era. Una voz masculina le ordenó abrir. De mala gana, se montó en las muletas y llegó hasta la puerta. Dos policías invadieron su estudio. Detrás de ellos, entró Nahui Olin.

—Él me los robó —gritó señalando con el índice al hombre mutilado —. Miren, allí están, exactamente como se los describí. ¿Ven que no estoy loca? Ese y el de junto, el del volcán en erupción, y aquellos dos tan bonitos, revísenlos, llevan mi firma.

Incrédulo, el Doctor Atl pasó la vista de un policía a otro, del rostro pintarrajeado de Nahui al índice que apuntaba hacia los cuadros que el día anterior él le había comprado.

—¡Miente! —gritó con el rostro enrojecido—. ¡Está chiflada! ¡Sáquenla de aquí! ¡Llévensela! —continuó vociferando mientras los agentes se acercaban a las obras que Carmen señalaba—. Nada más mírenla, ¡qué fachas! Está loca, siempre lo ha estado.

—Tenemos la evidencia —dijo el uniformado con una de las pinturas de Carmen entre las manos—. Sí, aquí en la esquina se lee Nahui Olin, tal como dijo la señorita.

—Procederemos a levantar el acta correspondiente por robo —anunció su compañero.

—¡Qué robo ni qué la chingada! —gritó el Doctor Atl—. Si hay ladrón aquí, es esa mujer.

Los policías, que hasta ese momento habían ignorado los gritos del viejo, ahora amenazaban con arrestarlo.

Igual que casi cuarenta años atrás, el vulcanólogo sintió el impulso de arrastrar a Nahui y encerrarla en el baño, dejarla ahí, desnuda, un día entero,

¡dos! Pero no tenía la fuerza necesaria y, además, los oficiales le impedían el paso. Supuso que no lograría convencerlos de la verdad y entendía las intenciones de Nahui.

—Hagamos un trato —propuso entornando los párpados con desprecio —. Le compro los cuadros a la *señorita* y olvidamos el incidente.

Los policías interrogaron a Carmen. Ella aceptó. Atl volvió a pagar el mismo precio por las cuatro obras.

Es indomable, pensó, no sin cierta admiración cuando el eco de los tacones en el patio se desvaneció.

El recién erigido presidente de la República, Miguel Alemán, entró a su despacho, zafó el botón del ojal que mantenía su saco cerrado y tomó asiento. Sobre su escritorio se apilaban algunos documentos para su revisión y firma. Sabía que había varias personas esperándolo, que dentro de una hora y diez minutos se reuniría con el secretario de Salubridad y Asistencia, pero ciertos asuntos exigían su atención inmediata. Fatigado tras una mañana agobiante, cerró los ojos, pensaba descansar dos minutos, mas el teléfono que lo comunicaba con su secretario particular repiqueteó.

—Disculpe, señor presidente… Aquí está una señorita… —el hombre tartamudeó; el dignatario empezaba a molestarse—. Ella… se ha subido a mi escritorio e insiste en verlo —hablaba en voz baja por miedo y para que nadie a su alrededor lo escuchara, aunque ya bastante escándalo hacía ella zapateando sobre su mesa de trabajo.

—¿Quién demonios la dejó entrar? —gritó Miguel Alemán.

—Lo siento muchísimo, señor presidente, fue un error que debieron… —El secretario no se atrevió a confesar que la mujer había sido su amante y que lo amenazaba con decírselo a su esposa—. Estaba causando gran alboroto, de no ser así, no la hubiera…

—¿No es usted capaz de controlar a una señora? ¿Quién es?

—Se llama Nahui Olin.

Alemán reconoció el nombre, era aquella que, siendo candidato a la gubernatura de Veracruz, avistó en una banca del puerto, completamente ensimismada. Al preguntar, alguno de sus acompañantes le explicó que Nahui Olin, nombre inolvidable, era pintora, y él, curioso, ordenó que le consiguieran uno de sus cuadros. *Gatos amorosos* colgaba en su casa, en una pared blanca, donde resaltaban los tonos vivos de un gato (el otro era negro); el fondo estaba compuesto por la galería de una casona azul, macetas con

flores y, a la izquierda, las cúpulas color carmín de dos templos bajo un cielo encendido.

—Que pase —masculló sin poder imaginar la razón de su visita.

La imagen que el presidente guardaba de esa mujer poco tenía que ver con la que, sin pedir permiso, se sentó frente a él. En aquella lejana tarde, hacía diez, tal vez once años, apenas tuvo unos segundos para fijarse en ella, pero esos ojos permanecían grabados en su mente. Disimulando su decepción, le preguntó qué se le ofrecía.

—En primer lugar, señor presidente, quisiera decirle que mi padre fue, ni más ni menos, que el general Manuel Mondragón, experto en diseño de artillería, secretario de Guerra y Marina…

—Disculpe usted que la interrumpa, señorita, sé muy bien quién fue el general Mondragón. Dígame, y le ruego que sea breve —acentuó la última frase—, ¿a qué debo su inesperada visita?

Intentando ser discreto, Alemán observaba el vestido de raso azul deslavado que patentemente le apretaba, el escote en «V» por el que asomaba la unión de los senos, el cabello color naranja…

—Además de pintar, escribir y componer piezas musicales, desde 1925 soy maestra de dibujo en varias primarias. Ignoro si está usted al tanto del reducido salario que recibimos —hizo una pausa esperando la respuesta; no la hubo—. Así que vengo a pedirle que me consiga una beca.

El mandatario enarcó las cejas y apoyó las manos en el escritorio, listo para levantarse.

—Considerando mi entrega al trabajo, no es mucho lo que solicito.

—Una beca —repitió incrédulo—. ¿Realizará alguna investigación?

—Digamos que de productora de arte.

Digamos, repitió él para sus adentros. La urgencia de despedirla le aceleró el habla:

—Cuente usted con ella, señorita —accedió y se puso de pie señalándole la puerta.

—Ya que hice de su conocimiento mi trayectoria como artista, seguramente sentirá usted gran satisfacción y tranquilidad al haberme otorgado la beca. Muchas gracias —dijo ella dirigiéndose a la salida.

En la antesala, sin detenerse, le lanzó un beso al secretario particular del presidente.

Carmen despertó una mañana soleada que disolvía las voces de los fantasmas

nocturnos. Mientras ella y Manelik bostezaban, a su mente llegaron imágenes de un sueño extraño en el que aparecía Manuel, tal como se conocieron: joven, gallardo; bailaba con un tipo bajito cuya cara no le resultó familiar; también estaban Diego y la Rivas Mercado…

—¡Esa riquilla! —dijo en voz alta—, a la que el chofer paseaba en un Packard con cortinitas; la muy sonsa se enamoró de Manuel, sí, de ti, que no me serviste para marido. Antonieta, con su cara de *yo no fui*, se pasaba los días metida en tu estudio, coqueteándote, la muy pendeja. Ni porque Lupe Marín le advirtió que eres maricón se dio por vencida.

Carmen se levantó y, cual su costumbre, siguió hablando en voz alta:

—Sabes, Manelik, la Rivas Mercado quería que Tina fotografiara unas pinturas de Manuel, supongo que para ofrecérselas a algún cliente con gusto amargo, porque eso no lo negarás, Manuel pintaba cuadros muy sombríos, ¡tétricos!, grises, ocres. —Gesticulaba y movía los dedos como si estuviera narrando una escena de terror—. ¡Esa riquilla amadrinaba a quien se le pusiera enfrente! Metió a su casa a Andrés, un oaxaqueño guapetón trece años menor que yo, ¿son muchos? No tantos, ¿verdad? Mientras ella le enseñaba a hablar español, yo le enseñé a hacer el amor, pues aunque vivía en un burdel, el chamaco ignoraba las delicias del sexo. ¿No vas a comerte el pollito, Cheno? —le preguntó a un siamés de cabeza angulosa y ojos azules, al tiempo que recogía el plato con su nombre escrito con barniz de uñas—. ¿En qué me quedé?

El timbre del teléfono la sobresaltó, maldijo antes de contestar.

—Hola, Nahui, ¿ya leíste el periódico?

—Ya no me lo entregan, Lola. ¿Qué hay de interesante?

—Metieron a Manuel a Lecumberri.

—¡Soñé con él! Y justo le platicaba a Manelik de… ¿Encarcelaron a Manuel por mariquita?

—Parece que se robó unos grabados de Durero y de otro… el italiano… ¡Ay, se me escapa el nombre! ¡Guido Reni!

Carmen, divertida, le preguntó de dónde los había robado.

—De la Escuela Nacional de Bellas Artes —acentuó cada palabra—. Según él, que pasó de ser acusador a acusado.

—¡Uy, con tantísimos hombres se va a entretener!

—¡Ay, Nahui! Eres tremenda —soltó una risotada—, por eso me caes bien. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a la Alameda.

—¿Alguna cita romántica?

—Tengo que darles de comer a mis gatos. Seguro ya me esperan, así que te cuelgo.

Como si hubiera recordado una cita importante, corrió a maquillarse, se puso una falda amarilla, una blusa color púrpura, se ató una boa de plumas de avestruz al cuello, tomó su bolsa y salió rumbo al Centro.

Caminó sin prisa por Balderas y avenida Juárez. Al pisar la acera de la Alameda, de pronto aparecieron varios gatos. En la calle Ángela Peralta, como si aguardaran su presencia, surgieron más. Carmen, adelgazando la voz, les hablaba con ternura. Llamando a cada uno por su nombre, les preguntaba si habían pasado una mañana feliz al tiempo que de su bolsa iba sacando galletas y pellejos de pollo para alimentarlos. Si alguno le arrebataba el bocado a otro, lo regañaba con severidad. Luego de comer, los felinos se dispersaban.

La gente se alejaba de ella. Unos niños empezaron a lanzarle piedras y a gritarle *bruja*. Carmen, con los ojos abrasados de furia, recogió varias y se las devolvió con mal tino.

—¡Miren, es el fantasma del correo! —vociferó un adolescente.

—¿Fantasma? Vivita y coleando, y todavía puedo cogérmelos a todos.

Para huir de sus agresores, aceleró el paso. Un gato se aproximó.

—Se acabó —dijo sacudiendo la bolsa—. Mañana te apuras.

Continuó derecho por la avenida Juárez y cruzó hacia el cine Del Prado, sin importarle la marea de coches que pasaban a cierta velocidad y que, para esquivarla, debían frenar de golpe. Bocinazos, gritos e insultos la acompañaron hasta que atravesó la puerta bajo la marquesina con el anuncio: «Mis recuerdos».

El timbre volvió a sonar. Carmen, concentrada en la pieza que tocaba al piano, no lo oyó hasta que Sultán, cansado de ladrar junto al portón, entró a mordisquearle la falda. Haciendo muecas, Nahui fue abrir.

—¡Lola! ¡Qué gusto y qué sorpresa!

—¿Sorpresa? Tú nos invitaste.

—No me acuerdo, pero pásenle.

—Hola, Nahui —saludó el acompañante de Lola; aunque se conocían, al notar el desconcierto en su rostro, decidió presentarse—: Juan Soriano.

Ella asintió y sin más se dio la vuelta.

Ni Juan ni Lola disimularon la turbación que les provocaba el desaliño de Carmen, sus medias oscuras con agujeros, los zapatos roídos; el pasto sin podar, las plantas secas y el lodo que embadurnaba la fuente; y al entrar, el olor a orines de gato.

—Siéntense. No tengo nada que ofrecerles —dijo.

—No importa —respondió Lola.

Nahui tomó asiento junto a ella y la observó. Llevaba el cabello canoso recogido en un chongo alto, las cejas delgadas y algunas leves arrugas en las comisuras de los ojos; la blusa, abotonada hasta el cuello, le daba un aire severo.

—¡Ay, Lola! ¡Qué vieja estás!

—¿Vieja? Tú eres diez años mayor que yo.

—Te equivocas, Lola, si ni la inteligencia ni la pasión tienen edad, yo tampoco. Me conservo joven por mi novio que es marino, capitán de un gran barco trasatlántico; no un pinche navegante, no, ¡capitán! ¿Quieren conocerlo? Acompáñenme.

Juan y Lola se miraron e intrigados la siguieron por el pasillo hasta la recámara. Dentro, frente a la cama, descubrieron una sábana enorme que cubría una pared. Sobre aquella tela blanca estaba pintado un hombre muy fuerte en una de esas posturas que hacen los pugilistas para mostrar cuánto han desarrollado su musculatura. Vestía solo un calzón negro, tenía el cuerpo rosa, ojos grandes y verdes como los de Nahui, pestañas postizas y boca en forma de corazón.

Lo contemplaron mudos, atónitos, ignorando que las siguientes palabras de Carmen los dejarían aún más azorados:

—Les presento al capitán Eugenio Agacino. Cada noche lo descuelgo, me envuelvo en él y dormimos juntos y felices porque nos amamos, ¿verdad, Eugenio? Durante uno de nuestros paseos por el malecón en Veracruz, me dijo que ahí lo esperara, pues debía arreglar algunos asuntos en España, su tierra —pronunciaba las palabras enfáticamente; sus ojos recorrían aquella coloreada figura—. Me senté en una banca a esperarlo; como se demoraba y yo tenía que preparar varias exposiciones aquí, en México, me regresé. Pero él vendrá por mí para llevarme a España, me prometió que los reyes inaugurarán mi próxima exposición.

—Así que este es Eugenio —soltó Lola, recordando aquella vez en la que Nahui le había dicho que algunos cuadros no los vendía porque en ellos estaba el amor de su vida.

Juan asentía despacio, intentando mostrar naturalidad ante esa situación tan insólita. Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente, mientras Carmen continuaba:

—Yo percibo íntima e instintivamente todas mis obras, tanto las pinturas como mis textos. Cuanto realizo se lo agradezco al sol, mi amigo. —Y dirigiéndose a la ventana, fijó la vista en el cielo—. El sol me protege aquí, en mi casa, o donde- quiera que yo vaya. Me defiende de los que se burlan de mí, de los que me critican y de los escuincles que me lanzan piedras en la

Alameda. Él sale cada mañana, me busca para despertarme y acariciarme, se sienta en mi cama y platica conmigo.

La oían inmóviles, lanzándose miradas.

—Si el mundo existe todavía, es porque le he pedido al sol que no lo destruya.

—Bueno, vayamos a lo que vinimos —retumbó la voz de Lola.

Abandonaron la habitación. El lanudo estaba atravesado en el corredor, le pasaron encima y, ya en la sala, hallaron a tres gatos echados en el sofá. Lola los ahuyentó y dijo:

—Ándale, Juan, ¿no estuviste muele y muele que te trajera con Nahui?

Soriano tragó saliva y al fin se animó:

—Me comentaron que puedes prender un foco nada más tocándolo. ¿Es cierto?

Carmen cerró las cortinas. Desenroscó el foco de una lámpara, lo tomó de la base y en pocos segundos logró encenderlo, tenuemente, pero se encendió. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Juan; a Lola, que tampoco creía en ese cuento, se le erizó la piel. En aquella penumbra solo resplandecían el foco y los ojos de Nahui Olin.

—Ahora saben que es verdad —dijo Carmen y volvió a poner la bombilla en su sitio—. No sé por qué no me creen si mi nombre es cosmogónico, es la fuerza, el poder que tiene el sol de desplazar el conjunto que abarca su sistema. Soy como él, luz de conocimiento y foco de energía. Sin principio ni fin.

Sentada en el borde de una jardinera, con la vista fija en un punto impreciso y el rostro manchado de negro, Nahui acunaba en sus brazos el cadáver de un gato. A corta distancia, Carlos Pellicer frenó sus pasos y aguzó la mirada, incrédulo, deseando estar equivocado. Se adelantó. De cerca, la mujer parecía una estatua.

—¿Nahui? —pronunció en voz baja, temeroso de asustarla. Rozó su hombro, volvió a llamarla; no reaccionó.

Se sentó a su lado. Lenta y suavemente le acarició la espalda. «Nahui, Nahui», repitió varias veces recordando aquel día en Veracruz, hacía… ¿doce años?, cuando la encontró en el malecón, sola, en una actitud similar, desvaída, ausente; sus enormes ojos velados por una gasa oscura. Pero entonces aún era muy bella. *¡Qué cruel ha sido su transformación!,* pensó sin dejar de observarla. De pronto la oyó decir:

—Pobre de mi Tiburcio. —Las lágrimas le escurrían por su barbilla.

La mirada del poeta fue del rostro de Carmen al cadáver del animal. Tomó la mano de uñas rojas y maltratadas, tirando con suavidad para hacer que se levantara. Lo hizo. Era urgente conseguir un taxi. Cerca de la esquina, alzó el brazo hasta que uno se detuvo.

Durante el trayecto, Nahui acariciaba y le hablaba con ternura al gato.

¿Dónde quedó aquella mujer apasionada, hermosa y alegre?, se preguntó Pellicer, *¿qué será de ella con lo que le resta de vida?* Apenado, desvió la vista hacia la ciudad que desfilaba a través de la ventana.

Al llegar a la casa, Nahui le ofreció su bolsa para que sacara las llaves. Sintiendo que allanaba su intimidad, titubeó, pero al ver su semblante, decidió actuar. Contrariado, rebuscó entre papeles arrugados y bolsitas de plástico cuyo contenido le resultaba inexplicable: un arete, conchas revueltas con arena, una bala, croquetas para perro, un espejito, dos billetes de veinte francos, un lápiz labial sin tapa, lápices, trozos de galón que, supuso, pertenecieron a algún uniforme. Por fin, extrajo un llavero del que pendía una foto dentro de un marco redondo que había perdido su pátina dorada. La imagen, aunque algo borrosa, mostraba el rostro de una Nahui joven, retadora, en cuya mirada se mezclaban el misterio y la pasión.

Al abrir, se hizo a un lado para cederle el paso. Carmen ya no lloraba e incluso había recuperado cierto aplomo. Mientras lo guiaba a través del jardín, el hombre reparó en el pasto sin podar y las plantas secas, pajosas, olvidadas.

En la semipenumbra de la casa, Carmen le pidió que le sirviera agua. Carlos fue a la cocina. El piso estaba pegajoso; halló platos sucios en la encimera y un perro lamía alguna sustancia que había escurrido de un anaquel. Sirvió dos vasos, regresó y le tendió uno. Sin soltar al animal, la mujer señaló una mesa. Varios gatos aparecieron de la nada. Ella les habló con cariño, explicándoles que Tiburcio se había ido para siempre.

—Pero continuará con nosotros, ¿verdad, Manelik? Ven, minino hermoso, enseñémosle a nuestro amigo dónde pondremos a Tiburcio.

Pellicer asumió que saldrían al jardín y Nahui le pediría ayuda para enterrar al difunto; sin embargo, la mujer se encaminó a su recámara. Sorprendido y curioso, la siguió.

En cuanto puso un pie allí, quedó paralizado: frente a él colgaba una sábana enorme con la figura de un fortachón; el cuerpo, casi desnudo, era color de rosa, los ojos eran verdes y la boca en forma de corazón. El poeta tragó saliva y dio la vuelta para no ver aquel adefesio. Entonces su consternación aumentó al descubrir sobre la cama una colcha fabricada con pieles de gato, muchas con cabeza. El hombre se mordió los labios para evitar que algún comentario escapara de ellos. Nahui continuaba con su parloteo.

Carlos respiró hondo sin saber qué actitud tomar. Alzó la vista y se topó con varios gatos disecados sobre el tocador, el sofá y los entrepaños. *¡Nahui duerme rodeada de animales muertos!,* se dijo.

Tras un ataque de tos, se acercó a ella y lentamente tomó al felino entre sus manos.

—Será mejor que yo cargue a Tiburcio, tú acuéstate a descansar. Voy por el agua, ¿está bien?

Carmen asintió. Él depositó a Tiburcio sobre una silla, abrió un poco las cortinas para orientarse mejor y, al tomar el vaso, notó la mesa con arañazos, los dos sofás y los sillones con la tela raída y, en las paredes, recuadros descoloridos de pinturas inexistentes y los clavos, ya inútiles, como negras huellas de infortunio. Con sigilo entró a la recámara. Encontró a la dueña dormida en aquella cama, cubierta y rodeada de gatos, vivos y muertos.

Beatriz caminaba de prisa por la calle General Juan Cano. Aún faltaban dos cuadras para llegar a casa de su abuela y ya pasaban de las cinco. Iba con la vista en la acera, las raíces de los árboles la habían quebrado y temía tropezar. De pronto se topó, a medio metro de distancia, con una mujer que, absorta, veía el cielo. Beatriz se detuvo. Al notar una presencia cercana, la señora bajó la mirada. Algo en aquellos ojos enormes dejó pasmada a la joven. Eran verdes, azulados, con reflejos violeta. Profundos. El cabello color naranja enmarcaba un rostro blanquísimo; los labios pintados de rojo parecían besar el aire.

—¿Quién eres?

—Beatriz —respondió sin vacilar.

—Te conozco —afirmó Carmen frunciendo el ceño—. ¿A dónde vas? ¿Venías a buscarme?

Hechizada ante aquella mujer impetuosa y estrafalaria, negó con la cabeza.

—¿Quién te mandó? ¿María Luisa? ¿Benjamín?

Al oír el nombre de su abuela y de su padre, la joven abrió aún más los párpados.

—¡Nadie! Voy a su casa porque hoy es su cumpleaños.

—Soy hermana de tu abuela. Nunca me quisieron, dicen que soy la vergüenza de la familia. Me acusan de padecer locura psíquica y carnal. Te apuesto que ni saben qué es eso. Afortunadamente yo no los necesito. Soy independiente, como deberían ser todas las mujeres del planeta.

Beatriz no salía de su asombro. *¡Así que esta es la famosa tía loca de la que en ocasiones habla mi papá!* Divisó la falda tableada con la bastilla medio descosida, la blusa fucsia, los collares, las medias de red, volvió a mirar aquellos ojos delineados de negro y, fascinada, olvidó su prisa. Como si leyera su mente, Carmen le dijo:

—No te demores, se preocuparán. Si quieres, ven un día a saludarme, aquí vivo. —Dirigió la punta de la nariz hacia el portón.

—¿Aquí? —repitió mientras veía la madera ajada—. He pasado muchas veces, pero no sabía que usted…

—¡Nada de usted! Me tuteas, ¿oíste?

Beatriz asintió.

—¿Te gustan los gatos? ¡Qué bueno porque yo los adoro! Ahora vete.

Un día tardó Beatriz en presentarse en casa de su tía abuela. Tocó el timbre y aguardó contemplando la alfombra lila que las jacarandas habían tejido sobre la calle. Por fin, oyó una voz femenina averiguando quién era y a quién buscaba. Una señora con delantal de plástico la dejó pasar después de preguntarle a la dueña si podía abrirle a una chamaca que decía ser su sobrina.

Al atravesar el jardín, el pasto sin podar y las plantas secas le resultaron fenomenales. *Como la mansión embrujada,* pensó, y ansiosa por descubrir el interior, aceleró el paso. Dentro, embobada, miró los muebles que, a pesar de ser del mismo estilo que los de la casa de su abuela, lucían sombríos y rasguñados; los tapetes ya sin flecos, una silla coja, la cortina con una esquina desprendida de la varilla. Una capa de polvo cubría el piano. Del techo, altísimo, caía un candil opaco cubierto por una tela de araña. Olía a orines de gato. *Cual película de misterio,* se dijo mientras varios felinos ronroneaban a sus pies.

Carmen, despeinada y con los labios muy rojos, estaba sentada en el sofá con las piernas en un taburete cuya tela de brocado empezaba a rasgarse. Vestía una bata gris y pantuflas.

—Así que decidiste venir. ¡Bien por tu rebeldía! Siéntate.

La chica lo hizo sin titubear.

—¿Hay un estanquillo aquí? —Su índice apuntó hacia la entrada—. Nunca lo había notado, ¿es parte de tu casa?

—Sí, como ese cuartucho no lo uso y da a la calle, se lo rento a la Güerita, la que te abrió. A veces me trae galletas María. Saben rico si les untas cajeta, pero nunca hay, entonces les pongo mermelada o mantequilla. A tu tía, la que vive en la casa grande, le molesta el negocio porque atrae a los vagos. Eso me mandó decir con un mocito. A mí no me importa, el dinero me beneficia y las galletas también.

—Si se te antojan, puedo ir por varios paquetes.

—Gracias. No tengo hambre, comí en el Sorrento, *penne* a la arrabiata. En este país de mojigatos no ponen el nombre correcto, me refiero a *penne*, con doble ene, como se escribe en italiano. Aquí ponen «pasta corta». ¡Ridículo! ¿No te parece? Creerás que mi comida favorita es la italiana, pero prefiero la francesa, el cine francés, *soupe à l'oignon*, *crepes Suzette,* el Sena, navegar por el río… Navegar, ese fluir que conecta un mundo con otro, a un ser humano con otro. A dos amantes que solo desean estar juntos…

—¿Quién es? —preguntó la joven al tomar de la mesita una foto enmarcada.

—¡Cómo! ¿No lo reconoces? Rodolfo, el archiduque. Estoy enamorada de él y él de mí. Me visita con frecuencia, pero yo estoy con Eugenio. Me gusta mucho su uniforme. Lleva galones, medallas y una banda le atraviesa el pecho. Botonadura dorada. ¿Has visto fotografías de mi padre en uniforme? —hablaba sin hacer pausas—. Ambos usan bigote, alargado y retorcido hacia arriba. ¿Sabes por qué? Los bigotes son símbolo de masculinidad apreciable desde lejos. —Un gato brincó a su regazo, lo besó—. Entonces, ¿tú no me tienes miedo?

—¿Miedo? No, ¿por qué? Me encanta oírte.

—Llevas blusa roja —afirmó entornando los párpados—. Rojo es el color de la belleza. Antes, las novias se vestían de rojo, no de blanco. En este libro —señaló un tomo que permanecía a su lado— vive uno de mis héroes de juventud, D'Artagnan. Y en este otro habita un pedazo de mí misma —agregó mostrándole un libro viejo con las esquinas ajadas.

En la penumbra de la sala, la joven distinguió la imagen de la portada: una cara, dos ojos verdes, el esbozo de la nariz, unos labios discretos y sobre la frente pinceladas doradas. Debajo, con letras grandes de trazo infantil: *Óptica cerebral, poemas dinámicos*. A la izquierda: Nahui Olin, y con letras más pequeñas: Carmen Mondragón.

—Eres poeta —aseveró, admirada ante aquella mujer tan distinta a cualquier otra que hubiera conocido—. ¿Puedo verlo?

Sin prestar atención a la pregunta, Nahui lo abrió y empezó a leer:

—«Independiente fui, para no permitir pudrirme sin renovarme; hoy, independiente, pudriéndome me renuevo para vivir—. Los gusanos no me darán fin —son los grotescos destructores de materia sin savia, y vida dan, con devorar lo ya podrido del último despojo de mi renovación—. Y la madre tierra me parirá y naceré de nuevo, de nuevo ya para no morir…».

Cerró el libro y lo dejó caer en su regazo.

—«Sobre mi lápida». Lo escribí hace tantos años… —Suspiró—. Aquí —dijo dándole palmaditas al libro— hay poemas que me reflejan de joven, y otros, de vieja. Hablo de fulgor vertiginoso, desesperación de mayor vida,

hogueras, deseos, energía, sed insaciable; del poder creador, del tiempo y de tumbas; lo infinito, el cáncer… —Volvió a abrirlo, pasó unas páginas y leyó —: «… algunas mujeres con poca materia, con poco espíritu, crecen como flores de belleza frágil, sin savia, cultivadas en cuidados prados para ser trasplantadas en macetas…». —Echó la cabeza hacia atrás; miraba el techo como si algo fuera a aparecer.

Beatriz comprendió que Carmen necesitaba hablar con alguien y le pareció maravilloso ser ella la caja de resonancia.

—Tengo várices —continuó—. Son color púrpura, las preferiría azules, como el mar, pero son púrpura, la palabra es muy bonita, ¿no te parece? Ni creas que voy a ponerme de esas medias horribles que usan las ancianas, opacas, como vendajes de momia. Para colmo, las traen enroscadas a la altura de las rodillas. —Hizo un gesto despectivo—. ¡Imagínate estas piernas que irguieron miembros masculinos, que estremecieron corazones, las que aparecieron en retratos y pinturas, con un burdo aro de tela elástica! ¡Apocalíptico! ¿Cuántos años tienes? —preguntó inesperadamente.

—Diecisiete.

—Hoy me ves cansada porque caminé mucho. Diario voy a la Alameda, les doy de comer a mis gatos y, si hay alguna película francesa, entro al cine.

—Me gustaría acompañarte. —La emoción le iluminó la mirada.

—Y me invitas a comer. Ahora, ven conmigo a observar el sol. —Se dirigió a la ventana y abrió las cortinas—. No lo pierdas de vista; fíjate cómo desciende para ocultarse. ¿Lo ves? Shh… silencio, no hables, solo escucha, ¿lo oyes despedirse? Debes prestar atención, de lo contrario, quizá mañana se niegue a salir. Formo círculos con la cabeza para hundirlo en el horizonte. Yo lo hago trotar por las llanuras del cosmos; yo manejo los hilos. No cierres los párpados, aunque sea un dios, míralo de frente. Hermano del arcoíris; el sol es el ojo del cielo. El sol viene de lejos, y viene para amarme. ¡Cuántos rojos, naranjas y amarillos! Símbolo de vida que yo hago navegar por el firmamento. Cada tarde lo ayudo a descender —elevó el tono—: soy el quinto sol, divinidad de fuego. Cuando yo muera, temblará la tierra. Soy la fuerza que mueve a los astros, por eso, en cuanto desaparezca su luminiscencia, correré a sacar las estrellas. Ahora te agradecería que me dejes trabajar.

—¿En qué trabajas? —preguntó con curiosidad y sin ganas de marcharse.

—Soy maestra. Compongo música. Escribo. Ya casi no pinto. ¿Te acompaño o ya conoces el camino?

Beatriz salió como hipnotizada. *¡Qué mujer! ¿Loca? Loquísima y divertida.*

Buscó dentro de todas sus bolsas, revisó cada cajón. Aunque nunca guardaba billetes entre las páginas de los libros, hojeó muchos sin hallar nada. *Quizá, como en las películas, habré metido dinero en el frasco de la harina, del azúcar, en la caja de galletas, y lo olvidé.* Pero no encontró ni una moneda. «Ya no sé qué vender», dijo en voz alta y entonces recordó las fotografías.

Destapó el baúl; con cierta dificultad se sentó en el piso y empezó a revolver objetos hasta que entre sus manos quedó un sobre. En el anverso había escrito: «Hollywood, 1928». Al abrirlo se vio a sí misma desnuda, de tres cuartos de perfil, los ojos enormes, el brazo derecho levantado y el rostro vuelto hacia la cámara. Al pie de la imagen leyó: «Estudio artístico de desnudo de mujer, logrado por la Metro Goldwyn Mayer con el admirable modelo de nuestra hermosa compatriota, la artista Nahui Olin». Había varias copias de esa y, detrás, otras tantas en distintas poses.

—Siempre disfruté posar para la cámara. Ya no —le dijo al perro que se acercó a lamerle la rodilla—. Mi cuerpo era tan bello que no podía negarle a la humanidad el derecho a contemplarlo.

Dentro del sobre encontró algunos recortes de periódico. Uno de *Los Angeles Times* mostraba una caricatura de Matías Santoyo y, al lado, el rostro de Nahui de frente, con los ojos mirando hacia la izquierda y su cabello cubierto por un sombrero *cloche*. El artículo en inglés hablaba, sobre todo, del arte de Matías.

—El amor es una idea y la mente convence al corazón de creer en ella —continuó en voz alta—. Cuando fuimos a Hollywood, Matías me hizo suponer que la importante era yo.

Dejó las fotos y desdobló una página de *La Prensa, edición dominical*. Su rostro llenaba el recuadro. El artículo se refería a la exposición en el Hotel Regis.

> La talentosa pintora, poetisa y compositora musical, Nahui Olin, puso en nuestras manos anoche un libro de opiniones sobre su obra que nos ha dejado perplejos. ¿Por qué no ha sido en México profusamente conocida la obra de esta artista múltiple y excepcional, que tan elogiosos dictámenes ha merecido de críticos extranjeros? Esta fue la pregunta que se impuso a nuestro pensamiento después de complacernos leyendo detenidamente las encomiásticas opiniones.

—¡Una exposición! —Su vista atravesó la ventana, acarició la cabeza del perro —: Ahora que me acuerdo, los reyes de España quieren que exponga en

Madrid. Mañana revisaré cuántos cuadros me quedan, urge mandarlos a embalar. Catalogarlos, ponerles precio… Los marcos deben llegar sin un rasguño, aunque, seguramente, habrá quien los retoque. Allá sí entienden de arte, no como aquí. Será un gran evento, ¡los reyes inaugurarán la exposición! Ay, Sultán, ¿qué me pongo? —Torció los labios—. La fecha se aproxima. Tengo un vestido tan bonito. A mi capitán le fascina con la espalda descubierta, ajustado en la cintura y, como es de seda verde, dice que se enciende aún más el fuego de mi mirada. Eugenio va a acompañarme. Quiero en la entrada aquel óleo, el que titulé *Eugenio y Nahui en el Atlántico,* y será el que aparezca en el folleto. —Hizo una pausa y, cuando logró levantarse, agregó—: Es hora de meter el sol.

Al día siguiente guardó el sobre con las fotografías en su bolsa, recogió en la carnicería los pellejos para los gatos y se fue a la Alameda. Luego de alimentarlos y de saludar a cada uno por su nombre, se acomodó la flor de papel que llevaba en el escote, se pintó los labios y sacó las fotos. Eligió cuidadosamente a sus clientes: hombres más o menos bien vestidos y no muy viejos. Se les acercaba sonriente, con los retratos como abanico en una mano.

—¡Mire qué mujer! —les decía—. Única, ¿verdad? ¿No me reconoce? ¡Soy yo! Nahui Olin, la musa de Rivera, Montenegro, Charlot, Garduño, Weston… Se la vendo.

Hubo quienes sin dudar, admirados ante ese desnudo sensual, le entregaban diez, hasta veinte pesos. Algunos, los que regateaban, conseguían pagar solo tres o cuatro por una imagen inusual.

Contó el dinero. «¿Es posible tenerlo todo y al mismo tiempo ser profundamente feliz?», dijo en voz alta y se fue a comer al Casino Español.

De tiempo atrás, Nahui Olin sabe que ella, y solo ella, puede y debe sacar al sol cada mañana y ocultarlo por las tardes. Lo mira de frente, moviendo la cabeza en círculos. «Porque soy como tú», le dice, «luz de conocimiento y foco de energía. Mi nombre es azteca y no está registrado en ningún acta. No tiene número. Soy única. Además, ¿qué es un nombre? Un acta numerada carece de significado. Yo puedo bautizar a las cosas y a los hombres como me dé la gana. ¿Para qué recordar cómo se llaman los cobardes que se han cruzado en mi vida? Ellos, y quienes los engendraron, son máquinas sin voluntad. ¿Qué importa el apellido más excelso con títulos y abolengos, si el que los lleva cree que el ser solo existe en actas arbitrarias que los padres pagan al nacer sus hijos y permanecen llamándose con un apelativo que nada significa, mientras el

individuo no signifique por su inteligencia?».

Desde niña, recostada en su habitación, se ensimismaba observando los efectos de la luz que el sol le enviaba solo a ella: líneas luminosas atravesaban el cristal haciendo visibles las diminutas pelusillas que flotaban, tenues, ingrávidas. Contemplaba absorta los rectángulos que mudaban su forma cuando el sol los arrastraba por el piso para luego elevarlos, despacio, por los muros. Los destellos al incrustar sus rayos en la plata del alhajero, del peine, en la charolita donde descansaban horquillas y peinetas.

Doña Mercedes creía que encerrándola en un cuarto oscuro lograría aniquilar aquellos delirios que a su hija le gustaba componer. Esas palabras que ondeaban sobre el papel, pues no solía escribirlas en línea recta, sino arbitrariamente, como su carácter. «¡Desvergonzada!», susurraba doña Mercedes con el cuaderno vibrando en sus manos.

—Mi destino es morir de amor, lentamente —dijo aún de pie, junto a la ventana—, entre brumas blancas y olas que anuncian la catástrofe. ¡Ay, el mar! Lo veo bajo un sol radiante. Y allí, navegando, majestuoso, nuestro barco. Noches tibias, él y yo recostados, muy juntos, en la oscuridad. Y luego nos convertimos en vasijas de tristeza y flotamos a la deriva, persiguiendo aquel amor. Mi Eugenio, ¿dónde andarás?

Alejándose del ventanal y de los recuerdos, buscó en su bolsa y sacó un espejito que llevaba envuelto en un pañuelo de seda: redondo, negra la parte trasera en la que apenas se notaban los trazos de un árbol. Se miró en él largo rato.

—En cada flor había un diamante —dijo dirigiéndose al gato gris que había saltado sobre la mesa—, pero se han caído. Habrán rodado por el suelo buscando el mar, seguro yacen allí, en mi camarote, donde Eugenio me lo dio.

Antes de guardarlo, se pintó los labios, consultó el reloj y se puso un abrigo de brocado. Fue hasta la parada del camión; se apeó cerca del Zócalo y caminó a la peletería.

De las paredes, en gruesos ganchos, colgaban retazos de pieles; al centro, sobre un tablón, había tijeras enormes, varias herramientas y cajas llenas de guantes, monederos y estuches; a un lado, tres máquinas de coser y, al fondo, una cortina de donde surgió un hombre mayor con corbata y chaleco. Su rostro se iluminó al ver a Carmen. Se besaron en ambas mejillas y hablaron un rato en francés. Por fin, con evidente satisfacción, el hombre extendió sobre la mesa lo que parecía un tapete.

—No debía usted molestarse en venir hasta acá, doña Nahui, yo se lo hubiera llevado a su domicilio —dijo el peletero.

—No podía esperar un minuto más, ya quiero poner a Sultán en el centro de mi recámara. —Tomó el rollo en el que se había convertido el perro

lanudo que, tiempo atrás, había recogido en la calle.

Salió sonriente, abrazándolo.

—Güerita, ven a platicar conmigo —pidió al oír el rechinido de la puerta.

—¿Y quién atiende a los clientes? —dijo la mujer parándose en el umbral.

—Un ratito, ándale.

Tronando los labios, la mujer se acercó.

—Pos yo la veo muy ocupada.

Carmen se hallaba en el comedor, sentada a la cabecera con un lápiz en la mano; frente a ella había un cuaderno rayado de forma italiana y una máquina de escribir.

—Me puse a trabajar desde temprano, pero ya me cansé.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la inquilina, dejándose caer en una silla.

—Un libro sobre el más allá de los gatos.

La mujer asintió despacio. Nahui soltó el lápiz y se reclinó en el respaldo.

—A mi padre le gustará mucho. El epígrafe será el poema que titulé «Muy negro». Lo escribí hace años. Está publicado allí —señaló un ejemplar bastante estropeado que tenía a su izquierda—. Mira, en la portada, sobre el título, *Câlinement je suis dedans*, bueno, tú no hablas francés, significa *tierna soy en el interior*. Son poemas, Güerita, ¿te gustan los poemas?

—Pos la verdad no sé de eso, doña. Mejor voy a abrir mi tiendita…

—El primer poema se llama «Tierna» —continuó—, y este, «Muy negro». Fíjate, lo escribí hace… verticalmente, casi una palabra por línea, escucha:

> Muy negro y sobre todo en la noche es mi gato negro que tiene para ver
> dos piedras preciosas que desprenden una luz sobre el negro de sus pelos en
> la noche en el día es una luz verde que sale de MANELIK mi gato negro para
> verme adoro la luz que sale del negro en la noche en el día de mi amigo
> que piensa siempre en voz baja en el día en la noche en sus pelos negros de
> donde sale una luz que ilumina Todo ilustrado como está con sus viajes él
> ha aprendido a ser sabio y como él viene de un pueblo donde se ve el mar
> él tiene unos grandes ojos abiertos para verlo tan grande y profundo como

es y sus ojos han tomado la luz el color de un mar él ha nacido en SAN SEBASTIÁN y conoce muy bien a papá que me escribe todas las veces para saludar a mi gato inteligente tan distante tan negro en la noche que él ya no puede ver y el adorable Manelik llora conmigo y nosotros recordamos a mamá a papá que nos hacen sufrir y Mimi su hermana dejó a mi pequeño gato que va a llorar de escuchar hablar de sus pelos de luto negro en la noche sobre todo muy negro…

La Güerita la miraba con el ceño y los labios fruncidos, pensando en cómo retirarse sin hacer enojar a doña Nahui, por la que sentía un poco de lástima.

—Sin duda le gustará a papá. Me ocuparé de los trámites necesarios para publicarlo en Francia con el título «*L'au-delà des chats*».

—¿Lau qué?

—Manelik, ven.

El gato negro salió de la cocina con su larga cola levantada y sus ojos, como había escrito Nahui en el texto, parecían haber «tomado la luz» de la Vía Láctea.

—Hay muchos Manelik y uno solo, porque los gatos y yo tenemos siete vidas. —Cargó al animal y lo puso en su regazo—. Los egipcios los momificaban para que en los hipogeos acompañaran a los humanos ya momificados. Son seductores y diabólicos —dijo acariciándolo—. Los chinos pueden saber la hora con solo verles los ojos, pues según cambie la luz del sol, las pupilas de los felinos crecen o disminuyen notoriamente. —De pronto, tomó el lápiz y reanudó su escritura.

La Güerita estaba boquiabierta ante la sabiduría de Nahui. Después de haberla oído varias veces amenazando de muerte a los vecinos porque le gritaban: «Vieja loca», de verla hablándole al sol mientras movía la cabeza, jamás imaginó que fuera tan inteligente. *Y yo vendiendo cacahuates,* pensó.

—¡Ay, doña, ojalá tuviera un tiempecito pa'enseñarme tanta cosa!

—¿No te das cuenta de lo ocupada que estoy? —respondió posando una mano sobre las de su arrendataria—: Quiero que mi padre lo lea —agregó señalando con la barbilla la máquina de escribir—. Debo enviárselo de inmediato, porque no se ha sentido bien últimamente. Pero no recuerdo la dirección… Ve a mi recámara, sobre el mueble hay una libreta, tráemela. Y después me acompañas al correo.

La mujer, aún pasmada, obedeció. Entró a la habitación y entonces su pasmo se convirtió en risa al ver la enorme sábana que colgaba en la pared con el fortachón pintado. Se quedó un momento observándolo; luego, sus pupilas recorrieron la colección de gatos disecados y la colcha de pieles y cabezas

felinas. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y un revoltijo de prendas se desbordaba de cada uno. Medias enredadas con tirantes de camisones; los dedos negros de un guante emergían entre encajes rotos, como pidiendo auxilio; mangas desfallecidas caían de ambos lados; bufandas trenzadas con cinturones. Al ver aquello, se estremeció y olvidó el motivo por el que había ido a ese cuarto.

—Ay, doñita, en vez de tanto gato muerto, usted debería tener un novio que la cuide —dijo regresando al comedor.

—¡Novios me sobran, Güerita! Y ya ponte a trabajar, que no me dejas concentrarme.

Torciendo la boca, la mujer se marchó con ganas de abrazar a esa pobrecita *que ni hijos tuvo y a la que nadie quiere,* decidió.

Carmen iba de prisa rumbo al Centro. Necesitaba distraer la furia que recién le había provocado ese imbécil, el aprendiz de poeta que no sabe ni encadenar una oración. *Maldito…* No lograba recordar su nombre, pues el enojo, como ácido efervescente, le abrasaba la memoria. «Quiere robarme el sol para él guardarlo», vociferó, «pero no se lo permitiré, ¡jamás! Solo yo puedo hundirlo en el horizonte. Si me roba el sol, lo mato con la fuerza de mis rayos».

Su corazón palpitaba con tanta fuerza que, a disgusto, debió disminuir la velocidad. En la esquina de Bucareli y Morelos, mientras esperaba el cambio de la luz del semáforo, algo sobre su cabeza llamó su atención. Alzó la vista y contempló el letrero del café La Habana. Su mirada se sumergió en cada letra. H a b a n a. «Nuestro barco», dijo en voz alta. Oyó la sirena; percibió el humo de las chimeneas alcanzando el cielo; las olas estrellándose en el malecón. Suspiró y, al voltear, vio a Eugenio con su uniforme, la gorra apenas cubriéndole las cejas oscuras. Las lágrimas distorsionaron la imagen.

—Eres tú, ¡Eugenio! —gritó abriendo los brazos.

El uniformado retrocedió.

—¡Soy Nahui!, ¿no me reconoces? —preguntó sorprendida y alargó el cuello para que él la viera mejor.

—Se equivoca, señito, yo me llamo Melquiades, soy el vigilante.

Carmen volvió la vista al letrero. «Habana», pronunció despacio. Sintiendo el vaivén del barco, un poco mareada, buscó dónde sostenerse. Al no hallar una baranda, se reclinó en la vidriera del restaurante y un rato después, olvidando el motivo del mareo, recordó que en ese sitio solían reunirse políticos, periodistas e intelectuales; desventurados y avarientos que,

frente a una taza de café, pasaban horas presumiendo ser lo que nunca serían. Según los rumores, allí comieron Fidel Castro y el Che Guevara y, aunque habían transcurrido diez o doce años desde aquel encuentro, ella ingresó con ganas de saludarlos.

Desde la puerta, inspeccionó el interior: de aquellos comandantes solo quedaba una fotografía sobre la barra.

A la izquierda del local, una mujer canosa, con lentes gruesos y una bufanda sucia enrollada en el cuello, ofrecía un abanico de acuarelas a un trío de señores que, acostumbrados a sus desequilibrios, la ignoraban. Desesperada, arrojó las cartulinas al piso y se abalanzó contra uno de ellos, amenazándolo con el índice nudoso y deforme. Un mesero, también habituado a las escenas que la vieja hacía de vez en cuando, la jaló del brazo. Los comensales desviaron la mirada hacia la figura que acababa de entrar: impetuosa, con la cabellera color azafrán, las medias de red, el abrigo de terciopelo y la luminiscencia de unos ojos grandes delineados de negro.

—Se juntaron dos locas —dijo un mesero a otro.

La algarabía enmudeció mientras Carmen se adelantaba en busca de una mesa. Todas estaban ocupadas. Bajo el hechizo de sus pupilas, un muchacho se levantó ofreciéndole el espacio libre. Nahui tomó asiento. Al reconocer a la señora de la bufanda, que se enderezaba tras recoger las acuarelas del piso, la llamó.

—Oye, Pereza, ¿qué haces? Ven, acompáñame, quiero platicar, yo invito.

La mujer, sonriente, obedeció. Carmen ordenó un vaso de agua. El bullicio volvió a llenar el ambiente; ciertas miradas continuaban sobre la recién llegada.

—Es la loca de la Alameda —susurró alguien en una mesa.

—Sí, la he visto dándoles de comer a los gatos.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Carmen señalando las tarjetas.

—Las acuarelas de mi hijo. ¿Quieres una?

El mesero dejó el vaso sobre la mesa y preguntó si ordenarían algo más.

—Compartiremos esta agüita, ¿verdad, Pereza?

La madre del artista Juan Pérez asintió.

—¿Vendiste alguna?

—No.

—¡Qué tipos tan avaros! —exclamó Nahui—. Como la mayoría de los hombres, esos también se esconden tras desastradas caretas.

—Mi hijo pinta rete bonito —presumió la señora.

—Estoy cansada —declaró Carmen entornando los párpados—. Las várices me descomponen las piernas.

—Tiene un cuadrote que, si lo vende, nos hacemos millonarios.

—Vine solo un ratito. —Dio un sorbo al agua—. Llevo prisa, alguien me espera en Veracruz.

—Veracruuuz, ay, mi Veracruuuz —cantó la señora Pérez meciendo el cuerpo—. Se me antojó un pescadito a la veracruzana, con arroz y chicharitos. Aunque me duelen los riñones —agregó y, a su vez, tomó un trago del líquido que compartían—. También las manos, cada dedo, ¿será artritis?

—A mí me duelen los pies de pura fatiga. Nomás descanso y me voy a echar la red para que el mar me devuelva lo que me quitó.

—Dicen que hay un tecito muy bueno para la artritis.

—Yo no sé de eso, pero el romero evita la caída del cabello.

—Tú tienes mucho, yo no —afirmó la vieja inclinando la cabeza hacia delante para demostrarlo.

—Por eso, cuando me muera, me convertiré en árbol —agregó Carmen muy seria—; seguiré respirando, tendré varias cortezas veteadas de verde y muchas hojas, como ojos. Y el sol saldrá por mí y por mí desaparecerá cada noche. Perecita, te dejo. Es hora de guardarlo y sacar las estrellas.

Nahui Olin caminaba sobre Paseo de la Reforma, sola, o tal vez con Carmen Mondragón o con el Doctor Atl, pues iba discutiendo en voz alta mientras esgrimía un paraguas viejo, con dos varillas torcidas y un trozo de tela rasgada. Hacía calor y aun así llevaba el abrigo de terciopelo amarillo abotonado hasta el cuello. Sus palabras se quedaban flotando, como la estela de un barco: espumosas y saladas, impregnadas de recuerdos. O quizá, al ver a tantos hombres de uniforme que en el camellón, sobre sus pedestales, la miraban con ojos broncíneos, estuviera hablándole al general Mondragón. O a ambos: a su padre y a aquella que fue la hija favorita, la que, sentada en las piernas de don Manuel, recibía deliciosas caricias que inauguraban su piel dorada y su imaginación sin límites.

Al pasar junto a ella, un joven aminoró el paso; no le temía a esa mujer con fama de loca, pues se la había topado otras veces vagando por ahí, provocadora, exaltada e inofensiva. Pero Nahui, creyendo que la espiaba, lo amenazó con el paraguas, blandiéndolo cual espada.

—¡Largo, escuincle mugroso, apártate de mi camino!

Él le sonrió, indulgente, dejándola pasar. Ella continuó lidiando con algún fantasma o, acaso, peleaba con la vejez, ladrona de su lozanía y su figura, mas no de su turbadora mirada.

Prosiguió hasta la glorieta del Ángel de la Independencia, donde el sol se había detenido para arrancarle destellos al oro que recubría a la Victoria Alada. Nahui alzó la vista y, convencida de recibir un mensaje del más allá, dio la vuelta en Río Tíber. Se metió a un local, y el que la seguía, estupefacto, atestiguó cómo un hombre de anteojos y traje color mamey, al verla entrar, gritó fuera de sí:

—¡Saquen a esa vieja loca de mi galería, es capaz de destruirla!

Nahui se acercó al dueño. Su mirada lo aterró más que el floreo del paraguas. La secretaria, inmóvil, se tapó la boca al observar a la mujer clavando la punta de su arma en el estómago del galerista.

—Tú, amargado pisaquedito que no aceptaste vender mi arte, no puedes echarme. Me voy porque se me da la gana, pero algo de mí siempre permanece.

Se dirigió a la puerta con la vista fija en un cuadro que de pronto, sin razón aparente, cayó al piso. El vidrio se hizo añicos.

Nahui salió sacudiéndose astillas inexistentes de las solapas del abrigo y continuó su vagabundeo por las calles, hablándole al viento o quizá a algún amante:

—Siempre he sabido que los hombres se esconden detrás de gruesas máscaras, y cuando se las arrancan, no queda más que el vacío. Pero llegará el día en que yo destruya tanta nadería. Secaré ríos y lagos, impediré la caída de lluvia y las tinieblas descenderán sobre la tierra. Sí, eso merecen y lo haré; hoy no, mañana será.

Enzarzada en su soliloquio, atravesó avenidas, pasajes; recorrió callejuelas sin darse cuenta. En un terraplén, entre casas ruinosas y muros demolidos, una banda de adolescentes haraganes la rodearon; señalándola, le gritaban: «Bruja», «Vieja loca», «¡Se escapó del manicomio!». Muertos de risa, le lanzaban piedras. Uno a otro se daban ánimos para eternizar el ataque. Incitado por la barahúnda, un perro sucio se acercó, sus ladridos se sumaron al griterío; a unos centímetros de Nahui, le enseñó los dientes. Al verlos brillar, Carmen se cubrió la cara con un brazo. Trastabilló. Se derrumbó. Sus ojos cerrados no repararon en el charco. Por la piel desgastada de sus zapatos, la humedad llegó a la otra piel, a la suya, pero el miedo y el dolor no le permitieron notarlo hasta mucho después. Encogida, mientras las lágrimas le mojaban el rostro, le rogaba al sol que la protegiera de aquel feroz ataque.

De pronto, las carcajadas se extinguieron.

Temblorosa, no se atrevía a bajar el brazo. Entonces oyó la voz de Eugenio. ¿O la de su padre? *Estoy muerta,* pensó, *pero no, no puedo morir porque no pertenezco a esta tierra.*

—Señora —la voz insistió.

Una sombra se interpuso entre ella y los rayos luminosos. Abrió los párpados.

—¿Está usted bien? —Una cara de rasgos amables apareció frente a la suya.

—¿Quién eres? El sol viene a salvarme y tú te atraviesas en su camino.

—Permítame ayudarla.

De un tirón, el joven logró enderezarla. Nahui quedó sentada sobre el cascajo. Él, en cuclillas, contempló su rostro: manchas negras rodeaban los ojos más hermosos que había visto en su vida; negras líneas surcaban sus mejillas contrastando con una piel blanquísima y unos labios con la pintura roja extendida más allá de las comisuras. Tenía el cabello naranja, pajizo. El abrigo estaba enlodado y por sus piernas, entre los agujeros de las medias, escurrían hilos de sangre.

—Señora…

—¿Quién eres? ¿Sombra de mi sombra? ¿Ángel o demonio?

De repente, sintió entumecidos los dedos con los que todavía apretaba el paraguas. Aturdida, lo dejó caer y se limpió una lágrima con el dorso de la otra mano.

—¿Puede caminar? ¿La acompaño a su casa?

—Yo vivo en una plataforma entre el cielo y los hombres. Últimamente, Dios ha andado muy perezoso, por eso yo le ayudo a sostener la armonía y la continuidad del universo. La vida es una tiranía que nos somete a lastimosos tormentos. A mi hijo no le permito bajar del cielo, porque el mundo está cubierto de inmundicias.

El extraño, conmovido, no osaba interrumpirla, pues parecía una sonámbula y le habían dicho que era peligroso despertarlos. De su bolsillo sacó un pañuelo, se lo ofreció. Carmen se quedó un momento con la vista encajada en aquel trozo de tela que sostenía una mano grande, de dedos toscos; frunció el entrecejo.

—Ese paliacate pertenece a mi amigo Diego Rivera. Usted se lo robó, ¿verdad? ¡Sinvergüenza! Bien haría en devolvérselo.

Le arrebató el pañuelo, lo guardó en su escote y estiró ambos brazos para que aquel extraño la ayudara a levantarse. Ya de pie, Nahui recogió el paraguas, dio media vuelta y se alejó.

En ese momento notó sus pies mojados. La sangre se adhería a las medias, dándole tironcitos a sus piernas doloridas. Penosamente, escaló una montaña de cascajo; se detuvo en la cima y elevó la vista a una confusa inmensidad. Inhaló una, dos veces, para calmar la agitación de su pecho. Se apoyó en el paraguas y luego, entornando los párpados para enfocar mejor, alcanzó a ver el mar azul y cristalino. Allí, navegando, el Habana se acercaba

poco a poco. Nahui sonrió. Alzó el brazo, lo sacudió. «¡Ya voy!», gritó, «¡Eugenio, espérame!» Quiso correr. Su mirada iba del barco a la superficie inestable sobre la que emprendió la carrera y de nuevo al barco. Sus pies se hundían en el agua, los guijarros le arañaban las piernas, peces diminutos le acariciaban la piel. Sus zapatos de medio tacón pisaban los escombros que, movedizos, la hacían tropezar. Las suelas, desgastadas, no evitaban que las piedras le lastimaran las plantas. Los tobillos se le arqueaban hacia afuera; un pie se atascó, imposible liberarlo. No obstante, la impaciencia le dio el ímpetu para zafarlo. Entonces perdió el equilibrio.

El teléfono suena varias veces, nadie contesta. Vuelve a sonar, su insistencia obliga a la Güerita a atender.

—Bueno. Sí, la conozco… sí, aquí vive… ¿Dónde dice usted? ¡Válgame Dios! Déjeme ver cómo le hago —dice antes de colgar.

Parada en el vestíbulo se lleva un puño a la boca. Aunque sabe que no camina, consulta el reloj de péndulo que, como una estatua, se empolva junto al piano. «He detenido el tiempo», le había dicho Carmen alguna vez, muy seria. «Y ora, ¿cómo le hago?», repite la mujer con una angustia que, cual hueso de durazno, se le atora en la garganta. *Ni modo,* decide, dirigiéndose a la salida, *aunque me desprecien y me den con la puerta en las narices.*

Camina aprisa hasta el número 107 de la misma calle, General Juan Cano. El timbre es una chicharra que la sobresalta.

—¿Quién es?

La Güerita titubea, ¿qué responder para que le hagan caso?

—Me urge hablar con la señora.

—¿De parte de quién?

—Nomás dígale que su hermana tuvo un accidente.

Oye los pasos alejándose. Después de un rato largo, un jovencito abre el portón. Sin decir palabra, cierra y se encamina por un corredor, pero la dueña del estanquillo no tiene que avanzar mucho, pues María Luisa aparece frente a ella.

—¿Qué se te perdió por aquí? —pregunta con suspicacia.

—Disculpe mi atrevimiento, doña. —Se muerde los labios—. ¿Es usted hermana de la señora Nahui?

María Luisa asiente despacio, sin notar que su nieta Beatriz está a unos metros escuchando.

—Llamaron de un hospital para avisar que ahí la tienen, que si algún

familiar puede ir.

—¿Qué le pasó?

—No sé, solo eso me dijeron.

—¿Qué hospital? ¿Preguntaste? —cuestiona con un dejo de preocupación en la voz.

—Jardín Balbuena.

La menor de las hijas del general Mondragón le da las gracias y le hace una seña al mocito para que la acompañe a la calle. En cuanto da la vuelta descubre a su nieta que, con los párpados muy abiertos, la mira expectante.

—Abuela, vamos por ella.

Una mezcla de recuerdos y sentimientos la dejan estática y sorda a las palabras de la joven. De pronto, aparece ante ella una imagen: tendría siete u ocho años cuando una tarde halló a Carmen en un cuartito del fondo, cerca de las caballerizas. Mezclaba hierbas y líquidos en varios frascos; a un lado había un mortero. Al verla asomándose, Carmen pegó el índice a sus labios para que guardara silencio. En voz baja, la menor le preguntó qué hacía.

—Una pócima.

—¿Qué es pócima?

—Un brebaje —respondió mientras lo revolvía con una cuchara.

—¿Para qué?

—Te lo digo si prometes no repetirlo nunca a nadie.

—Lo prometo.

—Es para tener a los hombres embrujados y a todo mundo a mis pies.

María Luisa había bajado la vista para ver los zapatos de esa hermana a la que idolatraba.

—¿A tus pies?

—Repite después de mí —ordenó Carmen—: San Martín Caballero, tráeme al hombre que yo quiero. —Bebió, luego le tendió el vaso casi vacío—. Ahora tú.

Muy seria, María Luisa se terminó el resto. Recuerda que, a pesar del sabor amargo y repugnante, no hizo ningún gesto para no decepcionarla.

—¿Abuela? Tenemos que ir.

La voz de Beatriz le arrebata aquel recuerdo sepultado por años en algún rincón de su memoria.

—Tú estás muy niña para decirme qué debo hacer.

—Conocí a tu hermana hace unos meses, estaba afuera de su casa. No me atreví a contarte porque no quería que te enojaras conmigo.

—Ay, Beatricita, a ti también te embrujó.

—No es bruja, es divertida y muy inteligente.

—Ándale, vámonos, quién sabe qué le habrá pasado —dice la abuela

tomando su bolsa y un suéter.

En el trayecto al sanatorio, en un taxi con olor a vainilla, la anciana vuelve a extraviarse en el pasado, a últimas fechas más presente que el presente. Carmen siempre leyendo, a menudo con un cuaderno y una pluma junto a ella, «¿a quién le escribes?», le preguntaba, pues de los hermanos, solo a ella le permitía entrar a su recámara. «A nadie y a todos», respondía invariablemente.

—Carmen era la consentida de mi padre —dice con tristeza, dándose cuenta de los muchos años que han pasado separadas.

—¿Te sentías celosa? —pregunta Beatriz.

—Sí, me dolía esa preferencia tan evidente. De los ocho hijos, solo la voz de ella contaba para él. De las mujeres, ni Lola ni yo le importábamos gran cosa. Yo admiraba su rebeldía, pero mi madre se encargó de sembrar en mí la semilla del desprecio. No se cansaba de repetirnos que Carmen se iría al infierno por desobediente. La encerraba horas enteras en un cuarto sin ventanas. A veces, si mamá se distraía, yo me acercaba a la puerta para platicarle y que se le pasara más rápido el castigo.

—¿Nunca se casó?

La respuesta se demora, pues la imagen de Carmen vestida de novia aparece, como en una pantalla, en la ventanilla del coche. *¡Y Manuel! ¡Qué guapo era!* La primera vez que María Luisa lo vio, se quedó clavada en el piso deseando que, si su hermana se arrepentía, quizá ese joven se interesaría en ella.

—No, nunca se casó —miente, negándose a entrar en detalles.

El coche se detiene frente a las puertas del hospital.

—La fractura de clavícula es frecuente —informa el médico en la sala de urgencias—. En la mayoría de los pacientes sana aplicando hielo, tomando analgésicos y, como le explicaba a la señora Mondragón, no debe quitarse el cabestrillo…

—Disculpe, doctor, pero no sabemos qué le pasó, alguien llamó para avisarnos que mi hermana está aquí… —interrumpe María Luisa.

—Se cayó; venía muy lastimada. La buena noticia es que un señor la trajo para acá. Sospechamos que se golpeó la cabeza: habla atropelladamente y con ciertas incongruencias.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, en su identificación aparece el nombre —consulta las páginas

que sostiene en la mano—: María del Carmen Mondragón Valseca, pero según insiste, se llama —vuelve a leer—: Nahui Olin. Dice tener setenta años y en su credencial aparece la fecha de nacimiento… —Su dedo señala el papel —: Julio 8 de 1893, por lo tanto tiene ochenta y cuatro. Le hemos practicado algunos estudios y me temo que el problema no es la fractura —continúa, ajustándose los lentes—; la señora padece de úlcera gastroduodenal perforada y es necesario operar.

El hombre guarda silencio en espera de que ambas mujeres digieran sus palabras. Beatriz alza las cejas. Su abuela abre la boca pero no habla. Entonces el galeno se aclara la garganta:

—¿Ha sufrido la señora Mondragón de vómitos, dolor en el epigastrio…?

María Luisa vuelve a interrumpir:

—Me apena mucho decirle, doctor, que ignoro las respuestas. Mi hermana es bastante… hermética y como vive sola…

—Entiendo. Se lo pregunto porque ella niega cualquier síntoma e insiste en que solo se dejará atender por su médico, sin embargo, no nos ha querido dar el nombre. ¿Ustedes saben con quién se atiende?

—No —admite la anciana con cierta vergüenza.

—¿Podemos verla? Seguro a nosotras nos da el dato —interviene la más joven.

—Está sedada, pero pasen, le hará bien ver caras conocidas —accede el doctor—. Si gustan seguirme.

—Un momento…

María Luisa titubea considerando que posiblemente a su hermana no le haga gracia el reencuentro. *¿Y si arma una escena?* De varias bocas ha oído que Carmen enloqueció, quizá lo mejor será que una enfermera la anuncie.

—Vamos, abuela, ¿o prefieres ir sola?

—No, mejor ve tú, avísale que aquí estoy.

Detrás del facultativo, Beatriz camina decidida por un corredor donde se hallan varias camas separadas por cortinas blancas. El médico le hace una seña. La joven se acerca. Contempla el rostro limpio, sin maquillaje ni lápiz labial; el cutis es suave y pálido. Está despeinada y el cabestrillo, azul oscuro, resalta sobre la blancura de la sábana.

Tras un momento, al percibir una presencia, Nahui parpadea, se lamenta y luego mira fijamente a su sobrina.

—Más vale que hayas venido a sacarme de aquí.

Beatriz sonríe. Por un instante mira al doctor y dice:

—Claro, en cuanto mejores.

—Mejor no puedo estar —habla despacio, como si un agotamiento de

años se hubiera acumulado dentro de ella. Cierra los ojos.

—Nahui —susurra la joven—, ¿quién es tu médico?

La enferma no responde.

—Mi abuela te quiere saludar.

Carmen encoge un solo hombro, el sano.

Los dolores en el abdomen aumentan. Su respiración es irregular. Tiene los músculos contraídos. En cuanto algún clínico roza su vientre, Carmen gime y su rostro se crispa. María Luisa firma como responsable y su hermana entra a sala de cirugía.

Tras la operación, María Luisa y Beatriz la visitan en un cuarto que comparte con otra enferma. Carmen se queja poco, pero su palidez, sus gestos y su mutismo son indicio de su malestar. Cuando después de seis días le retiran la mayoría de los tubos que tenía insertados en el cuerpo decide hablar con su hermana, quien a diario pasa unos minutos a saludarla.

—A pesar de la distancia que nos separa quiero pedirte algo. Si te niegas, no te preocupes, sabré comprender.

Un silencio con olor a desinfectantes flota entre ellas. María Luisa traga saliva. Quiere adivinar de qué se trata, pero una nube le enturbia el pensamiento. A últimas fechas le sucede con cierta frecuencia. Luego de que los altavoces dejan de repetir nombres de médicos que deben presentarse quién sabe dónde, Nahui continúa:

—Aunque no le temo a la muerte prefiero no morir sola. Estoy cansada de arrastrar mis pérdidas suspirando entre muros vacíos y ecos fantasmales.

—¿Morir? ¿De qué hablas? Mala hierba nunca muere —titubea su hermana antes de agregar—: Una clavícula rota no es letal.

—La muerte se aproxima, lo sé porque he visto imágenes deshilvanadas de mi pasado. Siento en la piel el contacto de sus dedos, de su boca, cuya sonrisa alarga un bigote de puntas levantadas. Los difuntos siempre anuncian cuando el fin se acerca. Además, las nubes cuelgan del cielo como si quisieran llorar. Asómate.

Un espasmo sacude el cuerpo de María Luisa; se muerde los labios y baja la vista.

—Esas imágenes son consecuencia de la anestesia —atina a decir.

Carmen continúa como si no hubiera oído aquella frase:

—Quiero morir en mi recámara, en la casa grande, bajo el techo donde nací.

La hermana menor no titubea:

—Será como tú quieres.

Con pasos lentos, Carmen Mondragón entra a su antiguo hogar. Va despacio porque sus piernas no le permiten ir más aprisa y porque quiere introducirse a su pasado paulatinamente: reconocer el patio, el barandal que lo rodea, las macetas, la fuente y los dos árboles que ahora riegan su sombra como un par de gigantes. Se detiene en el vestíbulo y voltea a la izquierda para cerciorarse de que la pintura de Príapo, el dios griego mostrando un enorme falo, continúe ahí. Aunque empieza a desvanecerse, aún se aprecia. Del lado derecho permanece, casi intacto, el ángel sobre fondo oscuro.

Escoltada muy de cerca por Beatriz, sube los tres escalones que conducen al corredor cuyos muros están pintados con escenas tan disímiles como familiares para ella: un enorme buque en altamar, unas montañas detrás de un caserío, un pueblo típicamente holandés con sus molinos. Entre las imágenes, se intercalan varias puertas cerradas. Carmen sabe lo que hay detrás de cada una y los secretos que encierran. Ve a su padre con la casaca llena de medallas y la copa de jerez sobre el escritorio, estira el brazo para rozarle los labios entreabiertos. «Carmen, tu nombre en latín significa canto, poema. En árabe, *karm,* viña, jardín, huerto; y en hebreo *karmel,* viña del Señor. Inquieta e independiente, según leí. Música, conjuro, hechizo». Sonríe y se dirige a su habitación.

—La recordaba más grande —murmura.

Se deja caer en la cama angosta donde pasó tantas noches aguardando a que su padre regresara de viajes y misiones especiales. Allí donde leía hasta que le ardían los ojos y escribía palabras que su madre calificaba de obscenas.

La sobrina, de pie en el umbral, espera que su tía se acomode.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

—Sí. Ve a mi casa y tráeme mi colcha, la de pieles de gato.

La joven obedece. Carmen observa el buró con la madera opaca, la jaladera ennegrecida y el quinqué *art nouveau.* En el techo, la tela —antaño verde agua, ahora gris con manchas oscuras— se recoge al centro, de donde cuelga una lámpara cuyos prismas nadie ha limpiado en varios lustros. Hasta

ese momento nota el olor del aire encerrado. Sobre la cajonera está el tocadiscos que, antes de salir del sanatorio, le había pedido a María Luisa que mandara recoger de su casa.

Una sirvienta se asoma. Con evidente temor pide permiso de entrar.

—¿Para qué?

—Le traigo una jarrita con agua.

—Pasa y de una vez abre la ventana, que aquí huele a rancio —ordena.

Se quita las pantuflas, la bata y se recuesta. Al poco rato, Beatriz regresa con la colcha. Carmen se cubre.

—Necesito que vayas por la fotografía del príncipe Rodolfo, la sábana donde estoy con Eugenio y le dices a la Güerita que no deje de alimentar a mis gatos.

Beatriz pestañea, baja la mirada y asiente despacio. *¿Cómo le explico que sus gatos abandonaron la casa la misma noche que ella no llegó a dormir?* Eso le había dicho la Güerita, muy preocupada, cuando fue a recoger la colcha. Decide callar para no angustiarla y, en cuanto desaparece, Carmen cierra los ojos.

Al volver, la joven toca la puerta varias veces. Pega la oreja a la madera, pero solo hay silencio. De su brazo cuelga la sábana que debió doblar para no arrastrarla. Llama de nuevo. Decide entrar.

—Ah, eres tú —Carmen voltea a verla—. Siéntate.

Beatriz coloca la fotografía y la sábana sobre la cómoda y toma asiento en la única silla.

—Hace años, en este mismo lecho, oí los pasos de mi padre encaminándose a las caballerizas. A pesar de la distancia, oí los portones abriéndose y en seguida el galope de su yegua. Me asomé por esa ventana —dice, señalándola—, estaba oscuro y hacía frío. Vi clarito a papá ordenando el montaje de la artillería. Poco después, unas detonaciones me sobresaltaron; luego, el silencio fue más profundo. Me senté ahí, en el alféizar, resuelta a no moverme hasta verlo regresar. A las cinco, la ciudad empezó a despertar. En aquel entonces se oían los pregones de los vendedores de pulque, de leche, y el trotar de caballos y mulas. Querían derrocar a Madero. Los cañonazos retumbaban.

Beatriz, inmóvil, piensa en las clases de Historia, en el asesinato del presidente, de su hermano, mas ignora la relación de su bisabuelo con todo aquello. El que ordenó el magnicidio, según recuerda, fue Huerta. Pero su tía

reanuda el relato y no quiere perderse ni una palabra.

—Nos fuimos a París toda la familia. La guerra nos obligó a instalarnos en España. Volvimos a México; papá, no; él murió allá, lejos de mí. —Hace una breve pausa—. Hay amores tan definitivos como la muerte. En los espejos lo veo convertido en niebla, luego aparece un torbellino de espuma oxidada. —Suspira—. La espuma, blanca y alegre, se pegaba a mi cuerpo joven, modelo de artistas, pintores y fotógrafos. En aquel viaje a Nautla, el mar me acariciaba, desnuda, sobre la arena; mar maldito, traidor, mar de invierno con grietas negras.

El lecho cruje con cada movimiento.

—Aquí viví de niña, en esta cama dormí durante años, oyendo los pasos de mi padre en el corredor, su voz llamándome, nuestros murmullos, palabras invisibles en oscuros rincones. Mi mano dentro de la suya, dedos largos infiltrándose en mi cabellera. Nuestras miradas cómplices, entrelazándose… Murió porque los héroes también nos dejan. —Parpadea varias veces, intentando cambiar la imagen—. ¿Sabes?, mi casa es tan fría que ni siquiera necesito refrigerador. A veces me pregunto si puede tener frío la mujer que solo con su presencia provocaba chispas, fuego. La mujer que cada mañana saca el sol y lo guarda por las noches. El frío de la agonía se atenuará en esta habitación, cálida y llena de presencias que me conducirán al más allá. Me gusta el calor ambarino que se desprende de estas paredes y me cobija. La tela del techo aún guarda mis suspiros.

En ese momento, un rayo solar se cuela por la ventana abierta y un cono de luz dorada ilumina el rostro de Carmen. Solo sus ojos brillan en aquel cuarto.

—Como la pasión y la inteligencia, yo tampoco tengo edad, ni pertenezco a esta tierra —asevera moviendo la cabeza, una mano acaricia la piel de los felinos que tapa su cuerpo fatigado, la otra permanece oculta—. Vivo sobre una peana entre Dios y los seres humanos. Porque Dios me pidió que le ayude a conservar la armonía del universo. Aunque algunos me han llamado libertina, nunca viví con la angustia de que al fallecer fuera yo a rodar hacia los círculos del infierno. Somos un enigma; a veces hasta para nosotros mismos; sí, todos tenemos un lado tenebroso. Victor Hugo dijo que la muerte es la libertad en lo infinito.

Se incorpora, toma el vaso y, a través de él, mira hacia la ventana.

—¿Se te ofrece algo? —pregunta Beatriz con el único propósito de romper el silencio.

—Ahí encima hay un tocadiscos, enciéndelo —dice tras poner el vaso en su sitio—. Quiero escuchar música mientras me voy al más allá. Me lo regaló mi amigo Raoul Fournier, ese aparato y unas botellitas *recogelágrimas*,

«pero no voy a llorar», le dije, «mejor dáselas a quien sí las necesite».

La sobrina se pone de pie.

—El disco ya está colocado. Solo oprime el botón rojo e iniciará *La mer* —dice en francés—. Debussy percibía una conexión mística entre el mar y el alma humana. —Las notas empiezan a brotar—. Tres movimientos: «Del alba al mediodía sobre el mar», «Juego de olas», «Diálogo del viento y el mar». Él y yo, mi capitán. ¿Lo ves? ¿Escuchas? A Debussy le apasionaban el mar y los crepúsculos. Contemplación. Éxtasis. Allí está la portada del disco. Mira la ola enorme que se eleva y me lo arrebata, lo engulle. ¿Escuchas el corno inglés y la trompeta? Ese es el momento. Se lo lleva. Mi Eugenio. Del alba al mediodía me sentaba en una banca del malecón a esperarlo. Tiempo encallado. Solo mareas de dolor. Oscuras sonoridades. *Scherzo*, escarceo, ¡una broma del destino! Eso fue. Las escalas van y vienen, como el oleaje. Los colores son el alma de la pintura y los sonidos de la música. ¿Oyes los violonchelos?

Guarda silencio.

El rayo de sol sigue sobre su cara. Carmen disfruta de su calidez, pero a su sobrina la recorre un escalofrío. Seguramente Nahui Olin atrae la luz hacia ese cuarto que fue suyo, donde, además de las presencias, también se acurrucan sus recuerdos.

—Por favor, desdobla la sábana y arrópame con ella. Gracias —tras un momento, continúa—: Aún quedan unas horas de sol para llorar y ver cómo mis lágrimas mojan el pañuelo en cuya esquina resaltan sus iniciales. Eugenio Agacino. Muero tranquila en esta tercera vida a la que nací cuando lo encontré. Muero extasiada de experiencias, dolor y soledad. Amando a mi capitán; cada noche lo abrazo, pues teniéndolo a él, no necesito nada más. Allá va el barco separando las aguas, llevándome a aquella isla donde él me espera. «Y naceré de nuevo, de nuevo ya para no morir…». Las cintas que ciñen el traje negro de la noche caerán lentamente y darán paso a los rayos solares que me acariciarán por última vez en este mundo.

Hace una pausa. Sonríe.

—El disco girará sin fin. Cuarto movimiento del sol, movimiento renovador de los ciclos cósmicos. Termina una era, otra inicia, así mi nombre.

Cierra los ojos.

Beatriz, asustada, se acerca a ella.

—Gracias por venir —dice Nahui Olin sin cambiar el tono de voz.

La joven quiere seguir escuchando a aquella mujer que la cautiva. No cree que vaya a fallecer, no una señora como ella, tan viva. Su vista va del rostro viejo y arrugado a los dedos que juegan con la piel de los gatos muertos. De pronto, Carmen dice:

—Vete, necesito descansar.

Dudando si será pertinente dejarla sola, decide quedarse en el corredor, pendiente de que su tía la llame. *No te mueras,* le pide en silencio.

—Estaré cerca por si me necesitas —atina a decir.

—Cierra la puerta, quiero oír el mar.

Nahui Olin murió el 23 de enero de 1978, al extinguirse el último rayo de sol.

Ciudad de México, 2019

Acerca del autor

Sandra Frid Estudió la licenciatura en Diseño Gráfico en la Ciudad de México. Ha realizado estudios de Filosofía en la Universidad Anáhuac y en el ICS; en la Universidad Iberoamericana estudió los diplomados en Novela Histórica, Literatura Israelí y Literatura Latinoamericana; y en la UNAM, Mujeres en la literatura.

Ha publicado *Viaje fugaz* (1995), *Luz entre cenizas (*Planeta, 2011), *A través de su mirada* (2003) y *Mujer sin nombre* (Planeta, 2012), con la que obtuvo el Premio de Novela del Grupo Editorial Vid, publicada por primera vez en 2007. Es coautora de la trilogía de cuentos: *Las revoltosas* (2010), *Los revoltosos y algunas metiches* (2010) y *Los revoltosos* (2011).

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: Antonio Garduño

© 2019, Sandra Frid

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6274-1

Primera edición en formato epub: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6273-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE